

nueva  
época  
**Nº 85**

# Nuestra Bandera



# Nuestra Bandera

Consejo de Redacción:  
Manuel Azcárate (Director)  
C. Alonso Zaldívar  
Manuel Ballestero  
Jaime Ballesteros  
Emerit Bono  
Valeriano Bozal  
Pilar Brabo  
M.<sup>a</sup> Antonia Calvo  
(Secretaria de Redacción)  
C. Castilla del Pino  
Alberto Corazón (Diseño)  
Enrique Curiel  
J. Izcaray  
Ricardo Lovelace  
Máximo Loizu  
Manuel Sacristán  
J. Sempere  
A. Sánchez Vázquez  
Nicolás Sartorius  
Ramón Tamames  
Eugenio Triana  
Juan Trías

*Entrevista a F. Idiaquez.*

*Lucha ideológica y cultura popular, V. Bozal.*

*¿Por dónde empezar?, Antonio Guardiola.*

*Crítica de libros.*

M. Albert Coninck  
37, Jan Verbertlef  
Edegem - Bélgica  
**Nueva época. Núm. 85**

Precio: núm. suelto, 125 ptas.  
Suscripción a seis núms. 600 ptas.

## INDICE

*Nuestra Bandera, hoy.* Editorial, M. A.

*La política de alianzas del Partido,* Simón Sánchez Montero.

*El Partido Comunista en los umbrales de la democracia,* Jaime Ballesteros.

*Las elecciones son una batalla extraordinaria por la democracia.* Mesa redonda con la participación de Santiago Alvarez, Manuel Azcárate, Jaime Ballesteros, Pilar Bravo, V. Díaz Cardiel, Ramón Ormazábal y Simón Sánchez Montero.

*Sobre la militancia de los cristianos en el Partido. Hacia un estado de la cuestión,* A. C. Comín.

*Movimientos urbanos. Cuestión municipal y democracia avanzada. Tres notas,* Jordi Borja, Marçal Tarrago, Ricard Boix.





## Nuestra Bandera, hoy. Manuel Azcárate

# Nuestra Bandera hoy. Manuel Azcárate

El presente número de *Nuestra Bandera* abre una nueva etapa en la vida de nuestra revista. Y no sólo por el cambio en las condiciones de su publicación.

El marco político e ideológico en que nos movemos es otro. Los temas a debatir, a investigar, se modifican en función de la actual coyuntura.

Intentamos destacar algunos de estos cambios.

1. En el plano *político*, estamos en plena batalla por lograr dos cosas que se presentan objetivamente entremezcladas entre sí:

a) la legalización de todos los partidos políticos, la libertad para su funcionamiento efectivo; b) la realización de unas elecciones en condiciones democráticas (al menos en un cierto grado) que permitan dismantlar lo que queda del régimen franquista y dotar al parlamento que se elija de un carácter constituyente.

El que esos dos aspectos aparezcan casi simultáneamente es, sin duda, uno de los rasgos más originales —quizá sin precedentes— del actual momento español. Vale la pena reflexionar sobre las causas que lo han determinado:

El P.C.E. ha definido su política para el tránsito de la dictadura franquista a la democracia política con el concepto de "pacto para la libertad". Este supone un acuerdo, una *convergencia* —pasajera, pero de una duración más o menos lar-

ga— entre la clase obrera y otros sectores populares, y una parte considerable del capitalismo español en torno a un objetivo concreto común: establecer en España un sistema político democrático, pluralista, más o menos homologable como los de otros países de Europa occidental.

La práctica, los hechos, están confirmando el acierto, la vigencia de esa política de "pacto para la libertad". Durante mucho tiempo se nos dijo desde posiciones verbalmente de izquierda: "es pura utopía creer que el capitalismo va a renunciar al sistema dictatorial fascista..." Hoy, ¿puede alguien dudar, en serio, que el capitalismo acepta (y más exactamente *está obligado* a aceptar) un sistema político basado en el juego de los partidos y las elecciones?

La práctica está confirmando, en su contenido esencial, la política de "pacto para la libertad". En cambio, su plasmación concreta, sus formas, se perfilan de una manera diferente a como las habíamos previsto. Como suele ocurrir, la historia es mucho más rica que las concepciones elaboradas de antemano.

Habíamos partido de la hipótesis de un agrupamiento de fuerzas obreras, populares y capitalistas, *frente* a un sistema estatal franquista cada vez más aislado de la sociedad, descompuesto y debilitado. Ello debía conducir a la derrota de este sistema y al surgi-

INDICE

Nuestra Bandera, hoy. Editor: Manuel M. A.

La política de alianzas del Partido, Simón Sánchez Montero.

Partido Comunista en la práctica de la democracia.

La práctica política de la izquierda.

El P.C.E. y la práctica política.

El P.C.E. y la práctica política.

El P.C.E. y la práctica política.

El P.C.E. y la práctica política.

El P.C.E. y la práctica política.

miento de un poder provisional *nuevo* que establecería las libertades y convocaría *luego* elecciones.

La primera mitad de 1976 seguía más o menos por los carriles previstos: el reformismo Arias-Fraga aparecía como puro continuismo; el país le repudiaba y le aislaba; la unidad de la oposición se ampliaba, principalmente en Coordinación Democrática, *frente a* y para derribar al neofranquismo.

El gobierno Suárez ha introducido un factor en cierto modo imprevisto, sorprendente, a partir, sobre todo, de una correlación de fuerzas, *nueva* en el seno del bloque dominante: un debilitamiento muy radical, muy brusco del continuismo franquista propiamente dicho, incluso en el aparato estatal, y muy especialmente en el Ejército. Y la aparición, *desde dentro* del sistema estatal y del bloque exfranquista, de un proyecto verdaderamente *reformista*, con un porcentaje reducido de "continuismo", y que tiende a establecer, con el mínimo de ruptura, un sistema político pluralista, con partidos y elecciones, si bien recortando en todo lo posible la democracia y privilegiando a los sectores de derecha, con el objetivo de conservar, en otro marco político, la dominación de los monopolios capitalistas.

El proceso en la segunda mitad de 1976 ha modificado profundamente el carácter de las contradicciones esenciales que definen la lucha política. El choque no se presenta ya entre dictadura o libertad, entre franquismo o democracia. *El franquismo ya no existe. La democracia no es una realidad todavía. Estamos en plena transición.* La contradicción que se trata de resolver, la opción ante el país se presenta de este modo: entre una democracia plena en la que la clase obrera y el pueblo gocen de todas las libertades y puedan hacer sentir su peso en la vida nacional, o una democracia cercenada, en la que los trabajadores estén marginados del juego político.

En esta coyuntura, el problema de la legalización del Partido Comunista adquiere una importancia decisiva no sólo para los comunistas, para la vanguardia, sino para toda la sociedad, para definir la autenticidad, o no, de la democracia que está naciendo. Después del pleno del C.C., de Roma, en el ve-

rano de 1976, el P.C.E. ha ido imponiendo su presencia pública. A finales de 1976, después de una breve detención, se ha logrado la legalidad para Santiago Carrillo, mediante movilizaciones de masas impresionantes y gracias a un apoyo nacional e internacional amplísimo. Una serie de hechos indican que el proyecto reformista inicial está sometido a la enorme presión que representa el movimiento popular y democrático; éste arranca pedazos de libertad cada vez más serios; el avance no es lineal, hay retrocesos y contragolpes; pero el proceso refleja la *capacidad creciente* de las fuerzas democráticas de modificar el carácter mismo del proyecto reformista, de introducir en su seno momentos de ruptura, de imponer progresos esenciales hacia la democracia auténtica.

Algunos consideran que participar en las elecciones anunciadas por el Gobierno es reconocer un fracaso de la oposición; es aceptar que el bloque gobernante ha recuperado la iniciativa. Creemos que tales opiniones son superficiales y erróneas. Los éxitos políticos que el gobierno Suárez ha logrado (y que sería absurdo negarle) han sido principalmente a costa de los ultras, golpeando y reduciendo casi a la nada, como opción política, a los continuistas del franquismo.

Pero la *iniciativa histórica* sigue estando del lado de la oposición democrática y, principalmente, de las fuerzas obreras y populares.

Teóricamente, el Gobierno ha tenido que hacer suyos algunos de los principales objetivos de la oposición, como la devolución de la soberanía al pueblo. Ha prometido ampliar la amnistía, etc.

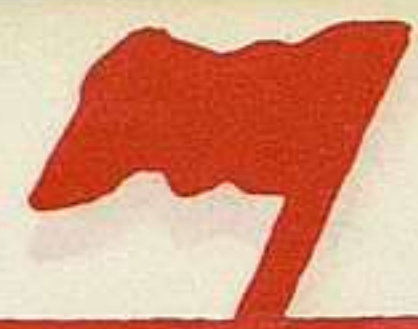
A la vez, y a pesar de que ha hecho serias concesiones, el Gobierno no ha logrado romper la unidad de la oposición. En vísperas del proceso electoral, las principales fuerzas burguesas exigen la legalización de *todos* los partidos. En la comisión encargada de negociar con el Gobierno en nombre de la oposición, están fuerzas que jamás habían aceptado, hasta ahora, figurar al lado del Partido Comunista.

El Gobierno ha tenido que sentarse en la mesa de negociaciones con la oposición. Esta ha definido públicamente que sus objetivos en esa negociación son, de forma

prioritaria, la amnistía total y el reconocimiento de todos los partidos sin excepción. El Gobierno está a la defensiva en ese terreno. Todo indica que la piedra angular del reformismo (que ha sido, ya desde Fraga, marginar a la clase obrera, no legalizar al P.C.E.) se está quebrando.

Para las fuerzas más progresistas de la sociedad, acertar en la táctica en estos momentos reviste particular importancia. Ello requiere, sobre todo, captar lo original, lo imprevisto, no atenerse a rutinas. Y, a la vez, tener presentes los objetivos.

Sin haber desaparecido en sí el régimen franquista y su esqueleto estatal y jurídico se abren paso, entremezclándose incluso con restos del pasado, brotes pujantes de libertad, zonas de democracia, conquistas populares de gran alcance. Esta peculiar correlación de fuerzas es la que coloca objetivamente en un mismo terreno de batalla la lucha por imponer las libertades y el inicio de la contienda electoral. Si los comunistas tomásemos una actitud "a la antigua", exigiendo *previamente* que se liquiden los restos del franquismo y se garanticen las libertades *antes de* lanzarnos a las elecciones, perderíamos el tren de la realidad. Esos objetivos los vamos a lograr sobre la marcha, a través de nuestra lucha, de la lucha del pueblo, en el proceso electoral y del resultado de las elecciones mismas.



A *Nuestra Bandera* corresponderá, en esta nueva perspectiva política que se abre ante el movimiento revolucionario español, realizar y promover una reflexión que ayude a afrontar situaciones y tareas en gran medida nuevas, como son la lucha legal, la contienda electoral, el papel del parlamento, su engarce con la lucha de masas, etc.

Una cuestión de fondo que se plantea es si la política de "pacto para la libertad" ha quedado ya superada. El hecho de que los diversos partidos se dispongan a afrontar las elecciones con candidaturas propias (al menos en las del Congreso, donde regirá una proporcional) puede dar una sensación externa de caducidad del anterior proceso unitario. Pero la realidad política es otra. Nunca el "pacto para la libertad" ha sido concedido como una alianza electoral. Se trata (como ya hemos dicho) de una convergencia entre la clase obrera y sectores capitalistas, entre fuerzas democráticas de derecha, centro e izquierda, incluso con sectores reformistas, con el objetivo concreto de establecer la democracia.

Frente a los ataques y provocaciones del terrorismo manipulado por la ultraderecha para cortar el proceso democratizador y producir una involución hacia los métodos dictatoriales, se hace todavía más necesario un acuerdo, una coincidencia entre el pueblo y los sectores razonables de las fuerzas armadas para asegurar un clima de serenidad, orden, distensión, desarmar el terrorismo, garantizar la realización de elecciones libres.

Además de esta cuestión, en cierto modo previa, creemos que en la etapa que se está iniciando subsisten aún tres zonas, al menos, para que la política de "pacto para la libertad" tenga una vigencia:

- 1) La lucha por imponer unas plenas libertades políticas. Quizás esto no se alcance del todo en las primeras elecciones. Pero además hace falta crear —para que la democracia impregne todo el tejido del país— un clima de tolerancia y respeto mutuo, de debate democrático civilizado, de convivencia entre los ciudadanos por encima de las diferencias de opinión, de seguridad y sosiego. El P.C.E. hará su campaña electoral teniendo muy presente este objetivo, evitando los

extremismos conceptuales o verbales, mirando, sobre todo, el futuro, marginando los dramatismos.

- 2) La lucha para dotar a España de una Constitución democrática. Esta no podrá ser obra de la clase obrera ni de las izquierdas. Tendrá que nacer de un amplio consenso y con la presencia de sectores burgueses.

- 3) Una política económica que, salvaguardando los intereses de los trabajadores, ofrezca al país, a la economía española en su conjunto, vías efectivas para afrontar la solución de la crisis. Lo que surge no es el llamado "pacto social" (que significa frenar las luchas obreras); es el *pacto político*. Pero éste debe tener una componente económico-social. No somos partidarios del todo o nada. La clase obrera —en la medida en que imponga su presencia en el juego político sin discriminaciones— demostrará su capacidad y responsabilidad para asumir los intereses reales del país. La salida de la crisis exige, sin duda, un conjunto de medidas a aplicar en un plazo de cuatro o cinco años. La clase obrera, sus organizaciones políticas y sindicales, están dispuestas a examinar ese problema con los otros sectores del país. En ese terreno creemos que es aún posible un acuerdo, si las clases dirigentes comprenden que se ha acabado el período de su dominación exclusiva y sin frenos.

2. Los rasgos de la situación política —que acabamos de esbozar— indican claramente que las *novedades*, ante las que *Nuestra Bandera* tiene que situarse hoy, superan el techo de la política inmediata. Se trata, en realidad, de que tenemos que desenvolvemos en un *marco ideológico* nuevo.

Las personas que vivieron en 1931 recuerdan que la victoria republicana puso de moda ideas y modas de la Revolución Francesa.

Hoy la libertad es marxista. ¿A qué atribuir el peso extraordinario que tiene la teoría marxista, incluso a través de interpretaciones con frecuencia discutibles, en esta "explosión ideológica" que acompaña a la conquista de la libertad política?

Hace unos veinte años, en la enseñanza universitaria de la mayor parte de los países, el marxismo era considerado como una teoría cadu-

ca, que había que estudiar como un fenómeno del siglo XIX, pero cuyas tesis habían sido desmentidas por los hechos.

El cuadro es hoy diametralmente diferente. El marxismo, el método marxista, se convierte en punto de referencia fundamental para el conjunto de las ciencias sociales.

La causa —raíz de esta colocación del marxismo en el centro de la vida teórica contemporánea— se debe, sin duda, a dos hechos objetivos: a) el cambio histórico que el marxismo postula desde hace unos ciento treinta años, el paso de una sociedad basada en la explotación a una sociedad socialista, se convierte cada vez más en una necesidad evidente, no sólo para los explotados, sino para sectores crecientes de la sociedad. Ante la podredumbre del viejo sistema y los peligros que provoca, el socialismo deviene casi una "exigencia objetiva" para el desarrollo de la humanidad. Vivimos así una época de supermaduración de las condiciones objetivas para el paso al socialismo. b) En el mundo de hoy, que atraviesa la revolución científico-técnica y cultural más profunda de la historia, la necesidad de abordar la conducta de los hombres, su existencia, su historia, con un método racional, científico, se impone también como algo objetivo. Y tal ha sido precisamente la revolución que el marxismo ha representado en la historia del pensamiento: no es una doctrina sobre cómo "sería deseable", o "sería bueno", o "sería justo"... que cambiase el mundo. Es la primera teoría que intenta, de una forma científica, analizar la historia humana, y transformar la suerte del hombre.

El marxismo es la ciencia de la liberación del hombre. Y se convierte en el instrumento de pensamiento, de análisis, ¡y de acción! para las grandes masas humanas que aspiran a sacudir la explotación capitalista, que toman conciencia de la necesidad de que una nueva civilización sustituya al capitalismo en descomposición.

Por su propio carácter, el marxismo necesita desarrollarse como una ciencia, en una confrontación directa con la realidad, en una relación de doble sentido de teoría a la práctica y de la práctica a la teoría.

Aquí reside, probablemente, una originalidad que debe caracterizar a

*Nuestra Bandera* con respecto a otras revistas marxistas.

El marxismo puede vaciarse de su contenido esencial si se le convierte en un simple instrumento de especulación intelectual o si se le encierra en la pura glosa de sus textos fundamentales (con toda la gama de conflictos que de ahí se derivan: "textos de juventud" contra "textos de madurez", Marx solo a binomio Marx-Lenin, sólo Marx-Lenin o además Marx-Lenin-Stalin, etcétera).

En realidad, el método de conocimiento que el marxismo implica no es el mismo que el de las ciencias naturales. Exige una relación *especial* con la práctica viva, en movimiento, de la lucha de clases, de la historia. El marxismo produce una especie de conocimiento de la historia que transforma la historia. Pero necesita integrar esa transformación de la historia en su propio método de conocimiento.

Marx escribe en su 2.<sup>a</sup> Tesis sobre Fenerbach: "La cuestión de saber si el pensamiento humano puede alcanzar una verdad objetiva no es una cuestión teórica, sino una cuestión práctica. Es en la práctica en la que el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad, el más allá de su pensamiento."

Marx ha creado la teoría científica, el método que nos permita analizar la historia y *transformar la historia*, pasando del capitalismo al socialismo. La aportación de Lenin ha sido gigantesca. La Revolución Rusa ha sido el inicio del gran cambio que lleva la humanidad hacia el socialismo y el comunismo, pero sería erróneo dar un valor universal a todas las ideas de Lenin; en una medida apreciable estuvieron determinadas por las circunstancias rusas y por la polémica de su época, si bien muchas ideas de Lenin tienen aún hoy un valor enorme para nosotros, para todos los revolucionarios.

*Nuestra Bandera* es, quiere ser, una revista marxista. Pero es a la vez órgano teórico y político del Partido Comunista. Y eso le confiere un lugar particular en la relación conocimiento-práctica, teoría-lucha de clases.

¿Significa esto, acaso, que el Partido Comunista, por ser fuerza dirigente en la lucha por el socialismo, *dirige*, orienta, determina

también el desarrollo del marxismo? ¿Que hay un marxismo verdadero *dentro* del Partido y un marxismo falso fuera de él?

Evidentemente, no. Esa posición es la de numerosos partidos comunistas, principalmente los que detestan el poder, en la U.R.S.S., en China, etc. Lo que, en este orden, nos diferencia y separa profundamente de esos partidos es que hemos superado, rechazado el dogmatismo, el integrismo marxista. En realidad, pseudo-marxista. Ese dogmatismo consiste en establecer una especie de decálogo de verdades absolutas, escritas en el lenguaje y con citas seleccionadas de Marx y Lenin. Eso llevó, en el período de Stalin, a que el partido decretase "falsa" una tesis científica por no ajustarse a la "verdad marxista"; en biología, fue el famoso caso Lyssenko. En el terreno de las ciencias naturales, ese tipo de degeneración, que causó gravísimos retrasos en ramas de la economía de la U.R.S.S., ya no se produce.

Pero un tipo de degeneración muy semejante perdura en el terreno de la ideología y de las ciencias sociales. El Partido y el Estado se reservan el derecho de decir soberanamente lo que es *científicamente* verdad.

El "marxismo-leninismo" se convierte en ideología "de Estado". Se le enseña en escuelas y universidades como un catecismo, con lo cual acaba teniendo una ínfima capacidad de penetración en las mentalidades juveniles. El marxismo tiene un peso real mucho mayor en países capitalistas, donde existe un fuerte movimiento obrero y un debate teórico vivo en torno al marxismo, que no en países donde es "ideología oficial". La degradación teórica a la que está sometido por ser "ideología estatal" y además de sistemas políticos autoritarios, donde las decisiones se toman por un núcleo reducido de personas es gravísima. Leer libros soviéticos de historia contemporánea es un ejercicio intelectualmente muy doloroso: en función de intereses coyunturales aparecen o desaparecen personajes del estado, se dan interpretaciones de una u otra forma, etcétera. ¿Qué tiene eso que ver con el método científico del marxismo?

Los serios atrasos históricos que el marxismo tiene en el análisis de

muchos fenómenos contemporáneos son consecuencia, en buena parte, de ese proceso de congelación, dogmatización y degeneración que ha sufrido y sufre en los países donde el capitalismo ha sido destruido. Ello ha repercutido muy negativamente sobre el conjunto del movimiento comunista.

Vivimos ahora un período, sobre todo en el occidente de Europa, de recuperación de la dinámica creadora del marxismo. Asumimos, como comunistas españoles, nuestra responsabilidad en impulsar ese proceso.

La relación partido comunista-marxismo es una relación compleja, dialéctica. El partido basa su política en la teoría marxista. Por eso está vitalmente interesado en el desarrollo de la teoría marxista como tal; es decir, como ciencia. Eso mismo le obliga (y si en algún caso no lo hace, él mismo lo paga) a tomar sus distancias, a situarse en un plano distinto que el de la ciencia. El partido contribuye, por sus instituciones (comités, agrupaciones, revistas, etc.) y por sus hombres, al desarrollo del pensamiento marxista; pero a ese desarrollo contribuyen *también* hombres no comunistas; y también los progresos en otras ciencias. El marxismo avanza como ciencia, por la dinámica de la confrontación de sus tesis con la práctica. El partido ("intelectual colectivo" de la clase obrera; introductor del factor sub-



jetivo, de la teoría y también de la voluntad, de la pasión, en el proceso objetivo de la lucha de clases) está en un lugar óptimo para medir y asumir los resultados de esa permanente confrontación teoría-práctica, marxismo-lucha de clases. Pero no le corresponde dictaminar sobre las nuevas verdades científicas que vayan manifestándose: porque en este terreno no puede haber sentencias, sino un libre debate científico.

En resumen, el partido impulsa y participa en el desarrollo del marxismo; incorpora a su lucha política y teórica los resultados de ese desarrollo; pero a la vez respeta ese desarrollo como un proceso científico, que no está dentro del partido porque es de naturaleza diferente. Propugna la plena libertad del debate e investigación científica, en general. Y, naturalmente, del debate y de la investigación marxistas, en particular.

No es que abogemos por "varios marxismos", como se nos reprocha en textos soviéticos. Es que consideramos al marxismo como una ciencia, y no como un dogma.

A *Nuestra Bandera* le corresponde, en la materialización de estas concepciones, un lugar particular: contribuiremos en todo lo posible al libre desarrollo del pensamiento marxista. Pero nuestro papel como revista teórica de partido no puede limitarse a eso. Porque es, a través del partido, como la producción teórica se traslada a la práctica, se hace carne en las luchas de las masas. Estamos, pues, en la encrucijada de dos tensiones: producir una reflexión teórica que responda y se traslade a la práctica de la historia, que contribuya —más o menos directamente— a resolver los problemas del hoy y de nuestro país, y a la vez, traer al campo de la reflexión teórica la práctica de las luchas concretas.

Somos una revista militante. De combate y de orientación.

Sabemos, a la vez, que orientar no significa sentenciar "ex cathedra" qué es verdad y qué es mentira. En la lucha teórica e ideológica, es natural que existan diversas ideas, ante nuevos fenómenos, entre los comunistas, entre la vanguardia revolucionaria.

Orientar bien exige debatir.

Queremos ser una revista mar-

xista, comunista, de orientación y de debate. Un arma de lucha teórica a la altura de nuestra época.

3. La nueva etapa de *Nuestra Bandera* corresponde evidentemente a una nueva etapa en la historia del Partido Comunista de España, y también a una nueva etapa en el movimiento comunista y obrero internacional.

El partido está rompiendo el techo de la legalidad. Tiene que transformarse en función del paso de la clandestinidad a la libertad.

Esa transformación no puede concebirse ni como el retorno a lo que fue el partido en los escasos momentos de su historia en los que fue legal, ni como aplicación aquí de lo que conocemos en otros partidos comunistas que se mueven en circunstancias de legalidad.

La transformación del partido tiene que hacerse a partir de la misión histórica —en gran parte nueva— que tiene que asumir: ser vanguardia en la marcha al socialismo por una vía democrática y pluralista y preparar así en España el triunfo de un *socialismo en la libertad*.

La transformación del partido tiene que hacerse a partir de la misión histórica —en gran parte nueva— que tiene que asumir: ser vanguardia en la marcha al socialismo por una vía democrática y pluralista y preparar así en España el triunfo de un *socialismo en la libertad*.

Cuando hablamos de transformación del partido, no subestimamos el valor gigantesco, en todos los órdenes, desde las hazañas humanas más altas hasta las experiencias políticas más audaces, de los que ha sido los casi cincuenta y seis años de su historia. Todo lo contrario, esa transformación que necesitamos es la forma de conservar, vitalizar, convertir en fuerza actuante hoy, la riqueza incomparable que nos da nuestra historia.

Nadie discute que el Partido Comunista ha sido el que ha estado sometido a persecuciones más salvajes; el que ha tenido que sufrir los más terribles sacrificios. Y, al mismo tiempo, es el partido que ha resistido mejor la prueba de fuego de la represión fascista; el que no ha dejado de existir —y de luchar— ni un solo día, en tierra española.

Estos decenios de experiencias durísimas han confirmado hasta qué punto nuestros ideales responden a los anhelos espontáneos, a las necesidades objetivas de las grandes masas trabajadoras y de sectores crecientes de la intelectualidad.

También confirman esas experiencias la eficacia, la validez de nuestros métodos de organización, del centralismo democrático. Un partido son hombres; son hombres que comparten unas ideas; son también hombres que están asociados por un determinado sistema organizativo.

La reunión del Comité Central en Roma, en julio de 1976, representa un momento de viraje del partido. La salida de la clandestinidad a la luz. La superación de la "célula" y el nacimiento de las "agrupaciones" como formas de organización básicas. No se trata sólo de lograr un partido mucho más numeroso, de un cambio de cantidad.

Hace falta un salto "cualitativo". Dar el centralismo democrático (que en condiciones de ilegalidad queda muy limitado, y en parte anulado en su vertiente democrática) todo el potencial democrático que tiene. Porque, en su principio escueto, permite, exige, un grado de democracia superior al de otros métodos organizativos. El sistema de "fracciones legalizadas" convierte la lucha de ideas en lucha de personas: puede empobrecer la lucha de ideas y poner en peligro la unidad en la acción. Lo que necesitamos es un partido que tenga una gran riqueza y libertad de discusión interna. Un partido de masas contiene necesariamente en su seno diversas corrientes culturales, diversas concepciones sobre una serie de problemas. Esta diversidad es fuente de fuerza del partido si se combina con la necesaria unidad en la acción, a partir de las decisiones de la mayoría en los temas políticos sobre los que surja discrepancia.

*Nuestra Bandera*, trayendo a sus páginas experiencias nuevas, contribuirá al debate teórico que precisamos en este terreno, pues se trata de indagar, inventar, experimentar las nuevas formas de democracia de partido que nos ayuden a ser un partido *de masas* en el sentido moderno de la palabra; un partido capaz de luchar en todas las zonas



de la sociedad contemporánea, políticas, económicas, teóricas, etcétera, por una hegemonía creciente de la clase obrera y de las fuerzas de la cultura.

4. A *Nuestra Bandera* le corresponde, asimismo, un papel de cara al movimiento obrero y revolucionario internacional.

Nuestras páginas dedicarán una gran atención a los problemas, a las nuevas perspectivas que se abren ante las fuerzas antiimperialistas.

La decadencia y descomposición del imperialismo se produce en condiciones contradictorias. Hay, en los últimos tiempos, avances impresionantes del movimiento de liberación, particularmente en África. En cambio, en otras regiones del mundo, como Oriente Medio, burguesías reaccionarias, con el apoyo del imperialismo, provocan retrocesos graves.

El mundo capitalista atraviesa una crisis profunda, quizá sin precedente: económica, política, moral, ideológica. Es la prueba de la incapacidad del sistema capitalista de dar respuesta a los problemas contemporáneos; a los anhelos cada vez más conscientes de las más amplias masas, de vivir mejor, de participar en las decisiones que determinan su suerte, de conquistar la libertad, una civilización superior.

Ante esta crisis, no se han logrado imponer los intentos de "soluciones" reaccionarias, de violencia antipopular, como ocurrió en el auge del fascismo, después de la crisis de 1929.

Al contrario, diversos hechos indican que las fuerzas obreras y democráticas de ciertos países capitalistas desarrollados están en condiciones de preparar y realizar pasos importantes hacia el progreso político y social.

Se coloca así sobre el tapete el problema de cuál es la vía hoy para avanzar hacia el socialismo y de qué socialismo queremos. Este tema no puede separarse de una *crítica marxista* de los fenómenos negativos que ocurren en los países socialistas.

Nos hace falta un análisis histórico de los factores que han producido la tremenda contradicción entre un progreso social histórico (el

fin de las relaciones capitalistas) y regímenes políticos antidemocráticos y absolutistas.

Tenemos a la vez que afrontar la realidad: lo que actualmente observamos es un freno de los progresos realizados después del XX Congreso de P.C.U.S., y evidentes pasos atrás.

A partir, sin duda, de una cristalización burocrática y de un predominio cada vez mayor de los intereses de Estado, perduran en algunos de esos países sistemas autoritarios, con rebotes del culto a la personalidad, se aplican métodos represivos (en ciertos casos, brutales) por "delitos" de opinión, hay censura para las obras literarias y artísticas, los trabajadores (a pesar de que el capitalismo ha sido destruido) tienen menos libertades políticas que en ciertos países capitalistas. En resumen, la esencia democrática, inherente al socialismo, es negada en la práctica.

No podemos eludir el análisis crítico de tales hechos porque en él se basa nuestro rechazo de ese "modelo" al socialismo. Ese "modelo" representa hoy, en cierta medida, un freno, un obstáculo, para que sectores importantes se incorporen a la causa del socialismo. Ofrece una imagen deformada de lo que es nuestro ideal. Nosotros luchamos por un socialismo diferente.

Por otro lado, es obvio que el antagonismo entre China y la U.R.S.S., y otras contradicciones crean obstáculos muy serios para un proceso de unidad de las fuerzas antiimperialistas; unidad que elevaría considerablemente la capacidad de lucha de las masas y la solidaridad entre los pueblos.

Nosotros rechazamos una concepción estratégica (que está, sin duda, en la base de actitudes de algunos partidos comunistas), según la cual los futuros avances del socialismo serán el fruto de una superioridad que será alcanzada por la U.R.S.S. y sus aliados. Tal concepción lleva a un determinismo engendrador de pasividad, dogmatismo y rutina.

Nosotros queremos ser un partido que "hace política", capaz de influir sobre la historia. Nuestra concepción es que, en la etapa actual, los avances del socialismo serán fruto de los procesos revolu-

cionarios en cada país. Por eso, el internacionalismo a la vieja usanza ya no sirve. Desde hace bastante tiempo, el movimiento comunista ya no existe como *movimiento organizado*. No existe en él ninguna disciplina. En la conferencia de 1969, el conjunto de los partidos proclamó (y fue una propuesta hecha por nuestro partido) que no hay "centro" en el movimiento comunista.

En la etapa actual de la historia, la *completa independencia* de cada partido es *decisiva*; es condición clave para ser de verdad partido comunista. Porque la lucha por el socialismo tiene que basarse en las condiciones concretas de cada país, condiciones que son *muy diferentes* a las que prevalecían en otras experiencias históricas.

Siempre ha sido grave pecado para los revolucionarios mirar al pasado y querer moldear los procesos históricos según cánones ya degustados. Ahora es mucho más grave ante el ritmo acelerado de las transformaciones históricas.

Subrayemos uno de los rasgos que, en los países capitalistas desarrollados, provoca una serie de efectos potenciadores y modificadores de los procesos de avance al socialismo: al lado de una lucha de la clase obrera más profunda y consciente contra la explotación capitalista, la revolución científico-técnica acrece la necesidad objetiva de superar las leyes del capitalis-



mo. Se está produciendo una especie de supermaduración de las condiciones económicas que reclaman que el desarrollo social no esté guiado por la ley del beneficio máximo, por el poder omnímodo de la oligarquía. Y la toma de conciencia de esta realidad abarca a sectores cada vez más amplios.

Concretamente, en diversos países de Europa Occidental, los sectores que se inclinan por el socialismo no son sólo la clase obrera, sino otras capas y, en particular, las fuerzas de la cultura. De ahí que la hegemonía ideológica de la burguesía esté puesta en cuestión, quebrantada, aún cuando sigue dominando económica y políticamente. Dimana así de los hechos, de la realidad, una vía *democrática* de avance al socialismo; la emergencia de un nuevo bloque histórico capaz de superar al capitalismo y crear la nueva civilización socialista con el apoyo de grandes mayorías del pueblo, con el respeto pleno de todas las libertades democráticas, acatando las decisiones del sufragio universal, con la participación de diversos partidos o corrientes ideológicas...

Los partidos comunistas de diversos países de Europa occidental y el Partido Comunistas Japonés han hecho ya una serie de pasos conjuntos para definir una estrategia común de avance al socialismo y los rasgos esenciales del tipo de socialismo al cual aspiran. La declaración de Livorno, del P.C.E. y del P.C.I., fue el primer paso. Ha habido luego declaraciones del P.C.I. y del P.C.F., de nuestro partido y del partido japonés (en marzo de 1976) y de los camaradas italianos y japoneses (en enero de 1977). No es casual que los partidos más fuertes, con peso de masas real en sus países, desempeñen un papel decisivo en este esfuerzo. En la Europa de hoy, la necesidad de buscar soluciones a la crisis confluye con la de garantizar una democracia política efectiva y la de elaborar una vía democrática, pluralista, que nos conduzca a un socialismo en la libertad.

Estas tareas exigen un trabajo teórico creador y audaz para analizar las realidades de hoy, aplicar el método marxista con todo su dinamismo y profundidad y enriquecer nuestros propios principios con los

avances del pensamiento científico y de la práctica revolucionaria.

El esfuerzo de elaboración de la vía democrática al socialismo parte, primero, del análisis de nuestras sociedades, de las condiciones nuevas que en ellas se dan para avanzar hacia la liberación de la humanidad.

Por su parte, *Nuestra Bandera* desea participar en ese esfuerzo. Ello requiere un debate serio, y no sólo entre comunistas, sino con los socialistas, con los cristianos, con todas las fuerzas que aspiran a salir de la crisis en que nos hunde el capitalismo, para elaborar juntos y para *practicar* juntos la vía democrática y pluralista que nos permita avanzar en esta etapa tan decisiva de la historia.

M. A.



## La Política de alianzas del Partido.

Simón Sánchez Montero

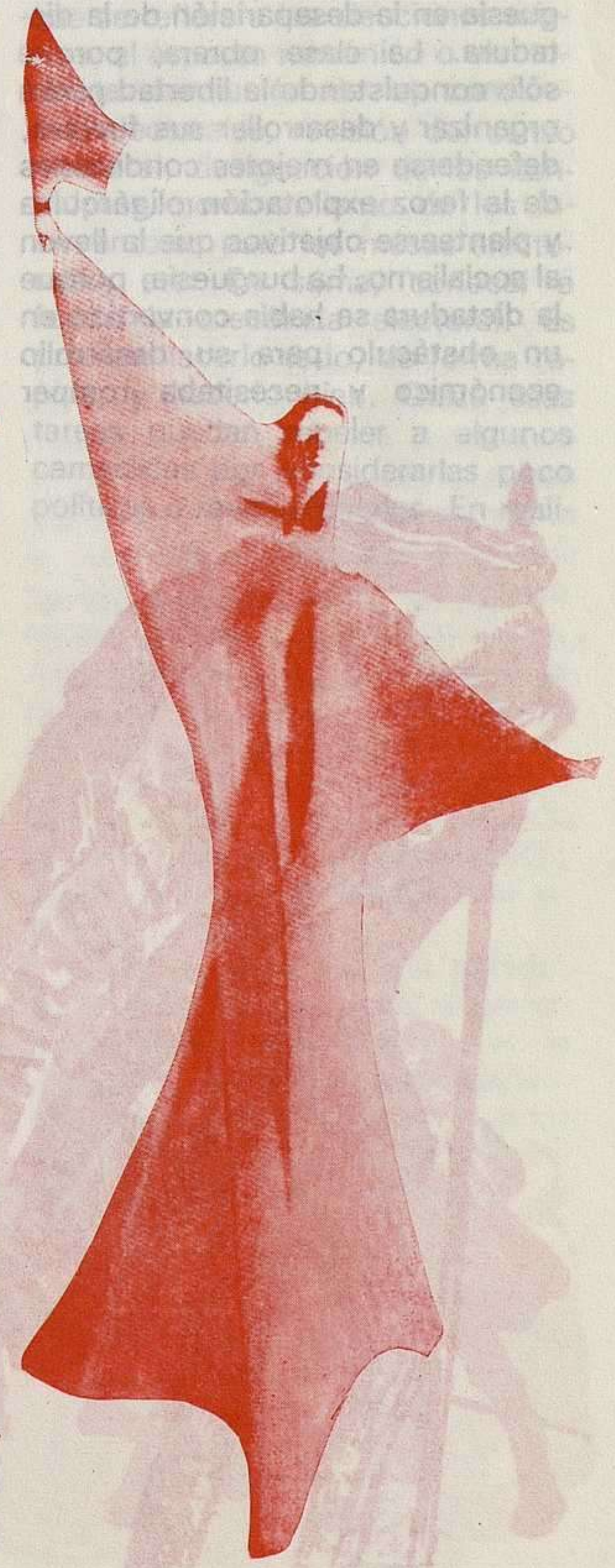
# La Política de alianzas del Partido Simón Sánchez Montero.

El proceso político hacia la conquista de la democracia se está desarrollando con formas diferentes a las inicialmente previstas. Desde la aparición de la Junta Democrática, la posterior configuración de Coordinación Democrática y la P.O.D., hasta la Comisión Negociadora de los Diez y las próximas elecciones se ha recorrido un largo camino que puede culminar en la ruptura y la formación de Cortes Constituyentes. Este sería el desenlace de la política unitaria y la culminación del Pacto por la Libertad, iniciándose entonces la solución de nuevos problemas y objetivos: la consolidación de la democracia, la lucha por la democracia política y económica, la creación de la alianza antimonopolista y antilatifundista.

Hablar de la política de alianzas del partido es hablar de su concepción estratégica para la marcha hasta el socialismo, partiendo de la situación actual y de las condiciones concretas de la sociedad española y del mundo de hoy. Es hablar de las etapas principales en esa larga marcha, de los objetivos fundamentales a lograr en cada etapa, de las fuerzas políticas interesadas en ellos, de las formas posibles de unidad y de lucha para conquistarlos. Es, en definitiva, hablar de *la política* del partido establecida en su programa. Y algo más: analizar si la vida confirma o desmiente las formulaciones elaboradas como resultado del análisis teórico y de la experiencia de la práctica política, y si hace necesarias o no ciertas correcciones a la táctica prevista.

En el programa de nuestro partido se establecen tres etapas bien diferenciadas en el camino que ha de llevarnos desde una situación de dictadura oligárquica, de la que todavía no hemos salido del todo, al socialismo. Como es sabido, a

cada etapa corresponde y caracteriza un objetivo fundamental y una alianza de fuerzas políticas que haga posible su conquista. Establecimiento de un régimen verdaderamente democrático y liquidación de la dictadura. Democracia política y económica, o antimonopolista y antilatifundista. Construcción de la sociedad socialista pluripartidista. Son las tres etapas a que nos hemos referido. Unidad de todas las fuerzas de la oposición en el pacto para la libertad. Alianza de las fuerzas democráticas antimonopolistas y antilatifundistas. Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, y formación socialista que agrupe a todas las fuerzas políticas, cuyo objetivo es la construcción del socialismo. Son las tres alianzas políticas correspondientes a cada una de las etapas anteriores. Claro que en la realidad las cosas no se dan con ese esquematismo libresco. Se trata de un proceso democrático y revolucionario único, y en cada etapa y tipo de alianza se mezclan elementos de





las otras. Pero la diferenciación anterior no es una abstracción teórica, sino que corresponden al desarrollo dialéctico previsible de la lucha por el socialismo en España.

El Pacto para la libertad era, continúa siendo, la alianza, o mejor, el compromiso político de todas las fuerzas de oposición a la dictadura, de izquierda, de derecha y de centro, cuyo objetivo es la conquista de las libertades políticas, el establecimiento de un régimen democrático y la liquidación de la dictadura.

La viabilidad del Pacto para la libertad venía dada por la doble convergencia económica y política de los intereses de la clase obrera y los de parte importante de la gran burguesía en la desaparición de la dictadura. La clase obrera, porque sólo conquistando la libertad podrá organizar y desarrollar sus fuerzas, defenderse en mejores condiciones de la feroz explotación oligárquica y plantearse objetivos que la lleven al socialismo. La burguesía, porque la dictadura se había convertido en un obstáculo para su desarrollo económico y necesitaba romper

esas trabas y establecer un régimen de libertades políticas para ingresar en el Mercado Común, establecer relaciones plenas con los países socialistas y su mercado, etcétera.

Sobre la base de esa convergencia objetiva sería posible el compromiso político que acelerase el proceso de descomposición de la dictadura, ganase o neutralizase a sectores importantes de la Administración, el Ejército, la Iglesia y sectores económicos de la misma gran burguesía y permitiese, sin traumas violentos, la ruptura de la vieja legalidad totalitaria y fascista y el establecimiento de una nueva legalidad democrática. La ruptura habría de realizarse a través de la formación de un Gobierno Provisional, con la decisiva participación de las masas populares, en primer lugar de la clase obrera, y bajo su hegemonía política; equivaldría a una verdadera revolución política, aunque no alterase en absoluto los fundamentos del sistema capitalista.

Pero la vida es incomparablemente más variada y compleja que los análisis teóricos, por muy afinados que estén en la realidad. Y al mismo tiempo que está confirmando, en sus líneas generales, el análisis anterior, las cosas están sucediendo de *forma* bastante diferente a como habíamos previsto. La teoría es siempre gris, y el árbol de la vida es permanentemente verde, rico en matices.

La Junta Democrática (J.D.) fue el primer intento serio de un proceso unitario que debía culminar con la creación del Pacto para la libertad. Su estrategia estaba basada en la organización y la movilización de las masas, y aseguraba la hegemonía de éstas en el cambio de la dictadura a la democracia. Pero desde el comienzo quedaron fuera de la J.D. fuerzas políticas fundamentales, como el P.S.O.E. y la democracia cristiana. Al crearse, un año después, en torno a estas fuerzas, la Plataforma de Convergencia Democrática estaba claro que la J.D. por sí sola no podría lograr su objetivo. La unidad de la oposición sólo era posible contando con la Plataforma. De la fusión de J.D. y la Plataforma surgió

Coordinación Democrática (C.D.), pero cambiando esencialmente el carácter y la estrategia de la J.D. Otro paso importante en el proceso unitario fue la creación de la Plataforma de Organos Democráticos (P.O.D.), con inclusión de los órganos unitarios de las nacionalidades (con excepción de Euskadi, donde no existía. Pero también de Euskadi se incorporaron a la P.O.D., aunque de forma no completa, las fuerzas políticas más importantes).

Pero la P.O.D. no es aún el Pacto para la libertad: fuera de ella quedan importantes fuerzas de la oposición moderada: liberales, demócratas, socialdemócratas. El entendimiento con la P.O.D. se realizaría en la reunión del 27 de noviembre, en Madrid, en torno a los siete puntos para la negociación con el Gobierno. Y el órgano representativo de esa nueva unidad es la Comisión negociadora de los diez (incluyendo un representante de las organizaciones sindicales).

Esta Comisión y su programa sería lo más aproximado al Pacto para la libertad. Pero con notables diferencias, con lo que este Pacto era en la concepción inicial del mismo.

Pues paralelamente al proceso de la oposición ha tenido lugar otro proceso. Las fuerzas del régimen han ido disgregándose, separándose de éste. El régimen se ha ido «descomponiendo». Pero, al mismo tiempo, esas fuerzas se han ido «recomponiendo», y el régimen mismo ha ido evolucionando. Retirándose continuamente, pero en orden, sin perder el control de la situación.

Está claro que la presión popular ha sido el factor determinante del proceso político de cambio hacia la democracia. Esa presión ha obtenido victorias importantes, como el fracaso del Gobierno Arias-Fraga y de su política continuista. Ha obligado al Gobierno Suárez a realizar una política más abierta, a hacer suyos una serie de planteamientos democráticos propios de la oposición, a realizar importantes concesiones: amnistía, disolución del T.O.P., tolerancia de muchas actividades políticas, comienzo de la negociación con la oposición, etc. La irrup-



ción democrática ha creado una situación original, fluida, en la que todo sigue prohibido legalmente, pero todo se hace cada día más abierta y públicamente. Las masas están imponiendo la legalidad democrática. Obligado por la presión popular y, al mismo tiempo, apoyándose en ella, el Gobierno ha tomado una serie de medidas que han debilitado seriamente la posición de los ultras en el Ejército y en el aparato represivo, aunque todavía tienen fuerza en uno y en otro. Todo este conjunto de avances, que son resultado en un 90 por 100 de la presión popular, han permitido llegar a una situación que hace casi imposible la involución, como consecuencia de un golpe ultra, y permiten pensar en la irreversibilidad del avance hacia la democracia.

Pero es preciso reconocer también que ese avance hacia la democracia se está realizando, en general, dentro del marco y al ritmo que el Gobierno ha ido marcando, aunque, repito, en definitiva, lo haga empujado por la oposición, por la presión popular. La reforma política de Suárez supone una cierta forma de ruptura con la legalidad franquista. El *franquismo* ha desaparecido como tal y pronto desaparecerán todas o la mayor parte de las instituciones franquistas. Pero el Gobierno, salido del régimen, y todo lo que el Gobierno representa, sigue controlando, en lo fundamental, el proceso de cambio hacia la democracia. La *ruptura democrática* y todo lo que significa, aún no se ha producido. El Pacto para la libertad aún no se ha realizado ni sus objetivos se han logrado plenamente. Y, como consecuencia de ello, el paso de la dictadura hacia la democracia se está realizando, hasta ahora, bajo la hegemonía de las fuerzas reformistas del régimen, es decir, de las clases dominantes. Las fuerzas democráticas, y en primer lugar la clase obrera, que constituyen el motor del cambio democrático, no han sido capaces de romper, hasta ahora, los marcos reformistas impuestos por el Gobierno.

Pero, repitémoslo subrayándolo con fuerza: *hasta ahora*. La ruptura democrática, no lograda todavía, continúa siendo un objetivo políti-

co fundamental, necesario para el establecimiento de la democracia. Y, en consecuencia, la culminación y el mantenimiento de la unidad capaz de lograr ese objetivo.

¿Cómo se realizará? Posiblemente, en el transcurso de la campaña electoral, si las fuerzas de la oposición son capaces de imponer las libertades políticas para todos y pueden realizar las elecciones en condiciones de libertad, ganando en su conjunto la mayoría en las Cortes, lo cual permitiría que éstas fuesen Constituyentes y elaborasen una Constitución realmente democrática. Pero es posible también que las elecciones sólo constituyan una ruptura a medias, que habría de ser completada después de las elecciones.

En todo caso, la ruptura democrática continúa siendo un objetivo fundamental para el establecimiento de un régimen democrático. Y, para conseguirlo, continúa siendo necesaria y posible la unidad de toda la oposición.

Esa unidad ha alcanzado su forma más elevada en la Comisión de los diez y tiene como programa los siete puntos para la negociación con el Gobierno. Dicho programa, las condiciones mínimas para que las elecciones sean democráticas y las Cortes sean Constituyentes, debe ser completado con el acuerdo o compromiso constitucional que garantice la elaboración y aprobación de una Constitución democrática. Esto equivaldría, como ya hemos dicho, a la realización de la ruptura democrática, a la culminación del objetivo planteado con la política del Pacto para la libertad: el establecimiento de un régimen democrático. Y, como consecuencia, plantearía el paso a otra etapa del proceso democrático y revolucionario, la democracia política y económica, la necesidad de otra nueva alianza: la de todas las fuerzas antimonopolistas y antilatifundistas interesadas en acabar con el poder económico y político de la oligarquía monopolista y construir una democracia avanzada, que respetará los intereses de la burguesía pequeña y media y no monopolista, que no será aún el socialismo, pero constituirá un paso fundamental hacia él.

Pero eso pertenece al futuro. El presente es la conquista de la democracia. Y para lograrla es necesario mantener la unidad de todas las fuerzas de la oposición.

La preparación de las elecciones es la tarea principal en este momento para todas las fuerzas políticas españolas. También para nuestro partido. Es hoy la tarea más revolucionaria, pues constituye la lucha política más importante realizada por nuestro partido y por toda la oposición desde que terminó la guerra. En esa gran tarea debemos poner toda nuestra energía y entusiasmo, toda nuestra capacidad de acción.

La batalla electoral tiene un doble aspecto. Primero, todo lo que se refiere a las elecciones mismas, al aspecto mecánico o electoralista: formación de las comisiones electorales, revisión del censo electoral, designación de los candidatos, nombramiento de los interventores para las mesas electorales, etc. En suma, conocer a fondo la mecánica electoral. Es preciso hacerlo todo, de forma rápida, y hacerlo bien. Quizá esas tareas puedan repeler a algunos camaradas por considerarlas poco políticas o revolucionarias. En reali-





dad son un aspecto importantísimo de una batalla política que, como decíamos antes, es la más importante desde la guerra civil y que puede llevar a la conquista de la democracia.

El otro aspecto es el político. La campaña electoral a través de innumerables actos políticos, grandes, medianos y pequeños, hasta la labor realizada puerta a puerta para explicar a todo el pueblo el programa de nuestro partido, popularizar sus candidatos, extender hasta el último rincón de España la organización del partido, a través de miles de grupos de propagandistas formados en las fábricas, barriadas, universidades, etc. Es una batalla por imponer la legalidad del partido y de todos los partidos, por conquistar las libertades, por lograr la ruptura democrática. Esa gran lucha política debe servir para acelerar el proceso de cambio hacia la democracia y para conseguir la hegemonía de las fuerzas democráticas en el mismo.

Vamos a las elecciones para ganarlas, entendiendo, por ello, la elección de un buen número de candidatos del partido y el extender la organización del partido a todos los sitios donde haya habido votos para nuestros candidatos.

Desde el punto de vista de la unidad de la oposición, las elecciones van a ejercer probablemente un efecto contradictorio. Por un

lado, van a impulsar la desunión de los partidos principales, pues todo indica que éstos se disponen a ir solos a las mismas, sobre todo en las elecciones para el Congreso, para medir sus propias fuerzas y conocer cuál es su influencia política real. La propia campaña electoral, a pesar de nuestros esfuerzos para que se desarrolle en un clima de serenidad y respeto mutuo, polemizando sobre las ideas y las soluciones de cada partido y huyendo de los ataques personales, puede obrar en el mismo sentido.

Pero, al mismo tiempo, las elecciones plantean con fuerza a la oposición la necesidad de mantener y consolidar su unidad. Primero, para conseguir, a través de la negociación con el Gobierno y de la acción de masas, que se pongan en práctica las peticiones formuladas en los siete puntos de la Comisión negociadora, para que las elecciones sean realmente libres y permitan al pueblo expresar de forma auténtica su voluntad. Y, segundo, para lograr que las Cortes sean, de verdad, Constituyentes, elaboren una Constitución democrática y se disuelvan después. Para ello, es necesario el establecimiento de un acuerdo político sobre los principios democráticos básicos de la Constitución.

Por otro lado, está la gravísima situación económica del país. El Gobierno está ocultando esa gravedad al pueblo, que es el que

paga las consecuencias de la misma, para llevar adelante su política reformista. Olvida dos cosas: que cada día que pasa sin tomar medidas eficaces la situación económica se agrava. Y que la primera y más eficaz medida para poner remedio a esa situación es de tipo político y consiste en el establecimiento de la democracia y de un Gobierno, en el cual los trabajadores se vean representados. Pues sólo de esa manera aceptarían el compromiso que permitiría salir de la crisis, asegurándoles la defensa de sus intereses, garantizándoles que no serán los únicos en sufrir las consecuencias de la misma.

Esa posibilidad de salida de la crisis es comprendida por muchos capitalistas inteligentes, y se convierte en un factor que impulsa con fuerza hacia la consecución de la unidad.

Si esos objetivos se lograsen significarían la realización de la ruptura democrática y el establecimiento de un régimen democrático, aunque fuese en condiciones y de forma muy distintas a las inicialmente pensadas. Es decir, significarían la culminación de la política del Pacto para la libertad y la consecución de sus objetivos. Y plantearía nuevos problemas y objetivos: la consolidación de la democracia, la lucha por la democracia política y económica, la creación de la alianza antimonopolista y antilatifundista.

Es posible también que las fuerzas democráticas no sean capaces de lograr ahora las plenas libertades políticas ni la aprobación de una Constitución realmente democrática ni la disolución de las Cortes una vez aprobada la Constitución. En tal caso, habríamos de seguir luchando por esos objetivos, de acuerdo con la nueva situación, que probablemente exigiría cambios importantes en nuestra política unitaria.

Pero esa situación no se ha dado todavía y estamos en condiciones de evitarla, librando a fondo la batalla por conseguir las libertades antes de las elecciones y lograr que éstas sean libres y las Cortes sean realmente Constituyentes.

**Simón SANCHEZ MONTERO**





**El Partido Comunista en los umbrales de la democracia.** Jaime Ballesteros

*El Partido Comunista en los umbrales de la democracia Jaime Ballesteros.*

La vida del Partido, las características de su trabajo interno, sus problemas organizativos, dependen de la situación política y de su proyecto revolucionario.

La evolución desde un partido en la clandestinidad a un partido de masas supone:

- Una nueva relación partido-masas: el partido no sustituye a las masas.
- Una nueva relación entre órganos dirigentes y conjunto el partido no sustituye al marxismo.
- Una nueva relación entre órgano-dirigente y conjunto del partido: la dirección del partido no sustituye al conjunto de sus miembros.

El Partido Comunista debe transformarse en un gran partido de masas, dotado de la fuerza creadora del marxismo, adaptado a las nuevas condiciones. En ello estará una de las garantías más importantes de cuál será la correlación de fuerzas en la nueva situación y de que, en consecuencia, España se oriente hacia una democracia progresiva, que vaya sentando las condiciones de la perspectiva socialista.

Estamos viviendo el fin de un largo período de la historia del Partido Comunista. El largo período de la clandestinidad y de la ilegalidad.

Ha sido una prolongada etapa histórica de cerca de cuarenta años, en que los comunistas hemos sido perseguidos ferozmente. El franquismo ha intentado aniquilarnos físicamente. Una gran mayoría de nuestros mejores hombres y mujeres han sido ejecutados, tortura-

dos, aniquilados, sepultados en las cárceles con condenas que en cualquier otro país parecerían inimaginables. Otros muchos tuvieron que exiliarse durante estos decenios para salvar sus vidas.

El régimen de Franco quiso borrarlos definitivamente de la historia. Sin embargo, en esto, como en tantas cosas, fracasó rotundamente. En ningún momento consiguió Franco acabar con los comunistas.

Y este fracaso no es debido solamente a la resistencia de miles y miles de comunistas, a su espíritu de sacrificio y combatividad, a su inquebrantable moral de estoicismo revolucionario. Todo esto ha sido muy importante. Pero no hubiese bastado si nuestra política no hubiese tenido, en todo momento, un fuerte apoyo en la clase obrera y en lo más avanzado de la intelectualidad. Si grandes sectores del pueblo no hubiesen visto en los comunistas los firmes defensores de sus libertades y mejoras.

Por eso hoy el Partido Comunista es una fuerza real, madura; organizada en todas las nacionalidades y regiones españolas; apreciada por el pueblo, que ve en ella la garantía de un futuro de libertad y reconciliación, de progreso y espíritu civil, de democracia y socialismo en libertad.

**1. EL PARTIDO COMUNISTA DURANTE LA CLANDESTINIDAD**

Las características de la vida interna del partido durante esta época han sido muy especiales. No podían serlo de otra manera. Como especialísimas eran las características de la vida de la clase obrera y del pueblo. Vivíamos una situación de excepcionalidad, de persecución radical, que hacía imprescindible en el partido, para subsistir y poder cumplir con su misión, normas excepcionales en su forma de trabajo. Gracias a ellas, el partido ha salido victorioso de la larga persecución, haciendo una contribución a la lucha por las libertades.

La ley organizativa del partido, consistente en combinar la democracia interna más amplia —en la discusión, en las tomas de decisiones y en la elección de sus órganos dirigentes— con la unidad de acción necesaria en un partido de





combate, esto es lo que nosotros llamamos centralismo democrático, ha tenido, durante este largo período, una aplicación forzosamente parcializada. El peso del centralismo, de las decisiones de los órganos dirigentes, ha sido determinante en toda la vida del partido. No podía ser de otra manera.

Lógicamente, conforme la represión era menos dura, menos implacable, como consecuencia del deterioro del poder dictatorial que las masas iban arrancando a través de largos años de luchas, en la vida del partido se iba logrando una mayor flexibilización en la aplicación limitada del centralismo democrático, todo ello de una manera relativa, puesto que permanecía la clandestinidad con los peligros patentes de represión y destroz de organizaciones comunistas.

En los últimos años, el partido ha podido ya ir trabajando de otra manera. En los órganos de dirección a todos los niveles, se implantaba el método colectivo de dirección. Las medidas disciplinarias drásticas —obligadas en una situación de persecución radical del partido—, con el riesgo indudable que comportan de arbitrariedades e injusticias, iban desapareciendo. La participación de amplios colectivos de cuadros y activistas en la elaboración de las grandes líneas del partido —reuniones de dirigentes obreros, de fuerzas de la cultura, etcétera— pudo ser más frecuente. En este sentido comenzaron a ser habituales la realización de algunas Conferencias de organizaciones de partido, en que, si bien sus delegados todavía no eran elegidos democráticamente por la base, sin embargo eran la ocasión de abordar, de manera más colectiva y más

representativa, la situación de estas organizaciones, sus tareas y la mejora de su forma de trabajo. Baste recordar la Conferencia de la organización del partido en Madrid, que se celebró en el verano de 1975, con cerca de cien delegados, y que tuvo repercusiones claramente positivas en todo el trabajo de los comunistas madrileños a partir de aquella fecha. Igual ocurrió con otras organizaciones.

En este período último del franquismo, los Congresos, las Conferencias y los plenos ampliados del Comité Central que pudieran celebrarse estuvieron abiertos a la participación e incorporación de toda una serie de nuevos cuadros que traían más directamente el sentir de la base del partido.

Ha sido un período en que, todavía en la clandestinidad, el partido ha venido insistiendo constantemente en la necesidad de una mayor descentralización orgánica, en la mayor autonomía de sus organizaciones, en la superación de personalismos y dirigismos heredados del pasado.

Incluso en épocas de rigurosa clandestinidad en nuestro trabajo, se vio necesario asegurar la plena personalidad nacional vasca del Partido Comunista de Euskadi y crear el Partido Comunista de Galicia como partido autónomo, pasos importantísimos en toda la perspectiva organizativa de los comunistas españoles, de sentido claramente democrático y descentralizador y, quizá, inédito en la historia del movimiento comunista mundial.

Estos pasos, cuya importancia no puede subvalorarse, se daban, repetimos, conforme la debilidad de la dictadura aumentaba, la ligazón del partido a las masas era superior y el pueblo iba conquistando zonas de libertad que eran la mejor protección para nuestra organizaciones y las de todas las fuerzas democráticas. Sin esta situación más favorable no hubiesen sido posibles los avances en el ensanchamiento de la vida democrática en el partido, durante este período en que la situación general determinaba el predominio del centralismo sobre la democracia. Es evidente: la crisis de la dictadura y el fortalecimiento de los movimientos y de las organizacio-

nes de masas han sido una condición necesaria para poder plantearnos no ya una flexibilización mucho mayor en la aplicación parcializada del centralismo democrático, sino pasos que apuntaban a una concepción muchos más democrática y abierta del partido.

## 2. EL PARTIDO COMUNISTA DE MASAS

Sin embargo, no es éste el único dato que cuenta.

La vida de un partido, las características de su trabajo interno, de las relaciones políticas entre sus miembros, entre dirección y base, entre el partido y las masas, entre el partido y el conjunto de la sociedad, no depende sin más de los deseos del partido, sino fundamentalmente de dos aspectos.

Por un lado, es cierto, del carácter dictatorial o democrático que tenga el régimen político en que se desarrolla y actúa. A ello nos venimos refiriendo.

Por otro, lo que es decisivo, *del proyecto revolucionario que tiene el propio partido.*

Los enfoques que se den a los problemas organizativos siempre estarán en dependencia de la política del partido en su sentido más amplio, de la concepción que el partido tenga del proceso revolucionario y de la nueva sociedad por la que lucha.

El proceso de revitalización iniciado con el XX Congreso, a causa de la denuncia de los fenómenos degenerativos de la democracia socialista —el llamado «estalinismo»— que fueron puestos a la luz a partir de entonces, ha originado en nuestro partido una reflexión sobre las características de la revolución en los países capitalistas avanzados, al igual que ocurría en otros partidos, como el italiano, el francés y el japonés. Ello ha permitido ir reactualizando la capacidad analítica del método marxista, empezando a superar el anquilosamiento en que estaba preso.

Nuestro partido fue analizando, con mayor espíritu creador, la situación concreta de nuestro país y la concepción de la vía al socialismo que correspondía a la realidad española.





Nuestra decidida afirmación por un socialismo en la libertad, con pluralismos de partidos, sin ideología oficial del estado, con el respeto a los derechos de reunión, expresión, información y libertad de conciencia; con el juego de la alternancia en el gobierno según determine la voluntad mayoritaria del pueblo expresada a través del sufragio universal.

Nuestra concepción de la vía democrática al socialismo sobre la base de la decisión política de la amplia mayoría de la población interesada en la superación del capitalismo y que se concreta en la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, en la hegemonía de las ideas socialistas en la sociedad, en la convergencia entre vía democrática al socialismo y liberación de las masas femeninas, en el reconocimiento de la plena igualdad en el partido entre los creyentes y no creyentes, acabando con la beligerancia histórica del partido en esta cuestión, nuestra plena afirmación del papel económicamente positivo que tendrá la pequeña y media empresa durante un largo período histórico.

Nuestro rechazo de la concepción según la cual los comunistas somos una minoría monolítica, tanto en lo ideológico como en lo orgánico, que esperamos atentos que una crisis profunda del Estado, hoy imprevisible en las sociedades desarrolladas, nos permita asaltar el poder, o bien que la competición universal entre la URSS y Estados Unidos traiga el triunfo definitivo de la primera, instalándose desde fuera el socialismo en todos los países.

En una palabra, toda una serie de cuestiones relacionadas con lo más profundo y radical de nuestra concepción democrática del socialismo y de la vía para arribar a él, están íntimamente relacionadas con los esfuerzos del partido por superar concepciones sectarias y de élite, por revitalizar el marxismo y transformarnos en un gran partido de masas, democrático y de combate.

Por eso, todavía en la clandestinidad, había un esfuerzo, naturalmente limitado, por ir adoptando formas más colectivas y democrá-

ticas en la vida cotidiana del partido.

Los acuerdos adoptados en el pleno del Comité Central de Roma, en el verano de 1976, son decisivos a este respecto. El abandono de la célula como forma de organización básica y su transformación en agrupaciones tiene una importancia decisiva. Las agrupaciones no son células más amplias. El problema es de más alcance. La célula era un tipo de organización que respondía más a una concepción de partido reducido, compuesto por cuadros y activistas exclusivamente, más apto para épocas de resistencia en que hay mantenerse en una rigurosa vigilancia —o para otro tipo de concepción de vía al socialismo de la que nosotros tenemos—, que para épocas de legalidad, o incluso tolerancia, en que debemos dar el gran salto, transformándonos en un fuerte partido de masas, con más fácil acceso y permanencia de amplios sectores de estas masas en nuestras organizaciones, y una vinculación más extensa entre las masas de trabajadores y el partido.

La opción tomada en el pleno de Roma es consecuente, en lo organizativo, con toda nuestra concepción.

La opción por un *partido de masas* supone:

a) *Una nueva relación partido-masas: el partido no sustituye a las masas.*

Ya nos hemos referido a ello cuando hemos hablado de la vía democrática al socialismo y del socialismo en libertad. En nuestra concepción ponemos el acento en el hecho de que son las masas, y no el partido, el protagonista de la historia, no sólo de la historia en general, sino de los cambios políticos y sociales en particular, de cada paso concreto, de cada decisión, de los problemas de la gestión democrática y de la gestión socialista. Son las masas las protagonistas de la política. El partido no encarna a las masas —por tanto, con el riesgo de que las sustituya—; el partido es la parte más consciente de esas masas organizadas para la lucha política, es la vanguardia de la clase obrera y de los demás sectores de trabajadores.

De ahí que la relación partido-

masas, en nuestra concepción, rechaza un sentido exclusivamente lateral en que las masas —mayoría de la sociedad— serían vistas en una posición fundamentalmente pasiva, como si las masas fuesen algo ciego y amorfo. La relación entre el partido, el conjunto de sus organizaciones y militantes con las masas es, en nuestra concepción, enormemente rica, de gran dinamismo y fertilidad, que permite recoger la continua experiencia de las masas, su práctica en las fábricas, barriadas, centros de trabajos, sus aspiraciones, las ideas que en ella germinan, para analizarlas y generalizarlas críticamente. Es, en este sentido, que el partido pretende ser la conciencia activa de la clase obrera y del pueblo.

Esta continua interconexión requiere organizaciones muy amplias y extendidas a todos los lugares donde están las masas, donde tienen sus experiencias sociales y políticas como una parte de ellas. Requiere que el partido, siendo una organización independiente, sea al mismo tiempo una parte de esas masas, carne de esa carne, y no algo separado de ellas.

b) *Una nueva relación entre el partido y el marxismo: el partido no sustituye al marxismo.*

El partido ha superado toda una serie de concepciones dogmáticas a este respecto. Es evidente que el marxismo es algo mucho más amplio que el partido. Hoy el marxismo es una concepción y un método de análisis de la realidad social concreta con gran autoridad en todo el





planeta. Multitud de estudiosos e investigadores o son marxistas o se sienten fuertemente influidos por él. En toda una serie de ciencias, sobre todo en las sociales e históricas, el predominio del marxismo es evidente. Pretender que el partido debe ser el depositario del marxismo en el debate de ideas que hay en la sociedad sería una idea ridícula y perniciosa. El partido es la aplicación del marxismo a la política, es la organización de la clase obrera, que aplica el marxismo para dirigir la transformación de la sociedad, proporcionando una sociedad socialista, libre, sin explotadores ni explotados.

Pero el partido no es el depositario de la Verdad, con mayúscula, diciendo la última palabra sobre los debates científicos o artísticos. No es esa su misión. Ese es el papel del libre juego de las ideas en el conjunto de la sociedad, ése es el papel de la ciencia y de la libre crítica en la sociedad.

En el pasado se han dado deformaciones nacidas de la concepción, según la cual el partido debía decir la última palabra sobre cada uno de estos debates, zanjando así la discusión. El partido pretendía sustituir al marxismo. La consecuencia de esto era el empobrecimiento del debate de ideas en la sociedad, si el partido tenía el poder, y la esclerotización política del partido alejándose de las masas.

El partido debe estar atento al avance general de los debates, del análisis marxista que se produce en la sociedad, al desarrollo de las

ciencias, facilitar iniciativas que impulsen este desarrollo, pero sabiendo distinguir perfectamente entre marxismo en general, entre debate científico, que son problemas de amplios sectores de la sociedad y la elaboración de la línea política y las consecuentes decisiones políticas que le son propias.

c) *Una nueva relación entre órganos dirigentes y conjunto del partido: la dirección del partido no sustituye al conjunto de sus miembros.*

Nos hemos referido más arriba a la situación de rigurosa clandestinidad en la que lógicamente el centralismo democrático era practicado en el partido de manera cercenada. El peso del centralismo sobre el democraticismo del partido era preponderante. Los métodos de cooptación imperaban sobre los de elección. El secreto obligaba a mantener una parte importante de las decisiones del partido apartadas del conjunto de los militantes.

La situación de legalidad, e incluso de tolerancia, está permitiendo corregir esta práctica a que nos vimos obligados. Hoy los comités son elegidos y no cooptados. La discusión libre y enriquecedora del conjunto del partido, el debate de las cuestiones, la circulación de ideas, la aportación colectiva son prácticas en que el partido está avanzando resueltamente.

En un partido de masas esto es decisivo. El libre juego de opiniones, la múltiple y colectiva reflexión sobre los problemas, la diversidad de puntos de vista, el reflejo que las transformaciones de la clase obrera y, en general, de los trabajadores, produce en la compleja composición social del partido, las varias experiencias sociales y culturales que se dan ya en su seno —obre-

ros, campesinos, fuerzas de la cultura, cristianos...—, etc., producirán cada día una mayor capacidad de análisis en nuestro partido.

Sólo un partido de estas características, de masas, descentralizado, con experiencias plurales en su seno, puede reflejar las amplias experiencias de las masas en una sociedad moderna, la diversidad de sus problemas. Solo un partido de estas características puede tener la capacidad de elaboración política, de ligazón a los trabajadores, de sensibilidad ante los nuevos fenómenos, de vinculación con los diversos movimientos de masas —obrero, campesino, de profesionales y estudiantes, de mujeres, ciudadano, juvenil, etc.— cuyo desarrollo y orientación constituye una de las cuestiones clave de la vía democrática al socialismo.

Aspecto esencial es que la iniciativa política no sea sólo patrimonio de los órganos de dirección, sino del conjunto del partido, de todas sus organizaciones. No es un partido en el que la base ejecuta la política que elabora la dirección, cumple sus iniciativas, sigue sus campañas. Siendo natural que aquellos aspectos que afectan a todo el partido, las iniciativas globales partan o sean aprobadas por los órganos de dirección, entre Congreso y Congreso, entre Conferencia y Conferencia, esto supone, al mismo tiempo, una vida activa, creadora, de todo el conjunto del partido.

En un partido de masas toda la actividad política se hace más rica; es todo el conjunto del partido el que hace política. Las relaciones internas en el partido, entre órganos de dirección y base, entre el conjunto de las organizaciones, adquiere un nivel superior de unidad, sobre la base de una más amplia autonomía de las organizaciones, una mayor capacidad de iniciativa política de cada organización y de cada militante, y una mayor unidad política del conjunto del partido en torno a la línea política y a los órganos de dirección.

Estos no sustituyen al conjunto del partido.

### 3. EL NUEVO PARTIDO

Las nuevas formas que adopta el



centralismo democrático no suponen la desaparición de éste, ni la pérdida de su carácter de clase, ni el aflojamiento de la disciplina revolucionaria.

Todo lo contrario. El Partido Comunista no renuncia al centralismo democrático, a la conjunción del más amplio democratismo en su vida interna con la unidad de acción, con el papel que los órganos dirigentes han de cumplir entre Congreso y Congreso, entre Conferencia y Conferencia, para garantizar la aplicación de la línea política aprobada por el conjunto del partido. No hay incompatibilidad entre el democratismo y el centralismo en un partido revolucionario, que debe unir el carácter democrático de sus elaboraciones y de su vida interna con la necesaria eficacia como partido de combate.

La realidad es que las deformaciones producidas en los partidos comunistas en sentido burocrático y antidemocrático se han producido en aquellos países donde el Partido Comunista está en el poder, sin pluralismo político y sin libertades. Ha sido la identificación partido-estado la que ha originado estos fenómenos y su reflejo en otros partidos comunistas alejados del poder.

Si el Partido Comunista fuese simplemente un partido electoralista, podría suprimir de sus principios organizativos el centralismo democrático, pero, en nuestra concepción, vía democrática no quiere decir exclusivamente elecciones y parlamento. Nosotros no creemos que las masas deben limitarse a la importante batalla electoral en una democracia política. Vía democrática supone, además del reconocimiento de la gran importancia de las batallas electorales, a veces decisivas, toda la actividad de las masas en su lucha reivindicativa y política, las luchas de los movimientos de masas, del movimiento obrero, campesino, de profesionales e intelectuales, del femenino, del ciudadano, del juvenil... Supone el que las masas hagan política allí donde están, todos los días. Que la clase obrera, junto con sus aliados, luche por la hegemonía cultural de la sociedad.

La vía democrática al socialismo —y el socialismo en libertad maña-

na— exige que la clase obrera esté dotada de un partido de vanguardia y de masas, que conjugue la amplitud de la discusión y de las ideas en su seno, de la presencia de sus organizaciones entre las masas con la capacidad combativa propia de un partido capaz de tener la fuerza, la unidad y la agilidad en sus decisiones necesarias en la vida política y social de las sociedades, en la lucha de clases en que está enmarcado, en el fondo, todo combate político.

Igualmente la descentralización, la autonomía de las organizaciones, el más amplio juego de libres opiniones en las discusiones políticas, no supone la pérdida de la necesaria disciplina de un partido revolucionario.

El partido de masas que estamos forjando será un partido más unido, más disciplinado, al tiempo que más democrático, más descentralizado y más pleno de variedad de enfoques en su seno. En suma, más fuerte y capaz. Sólo a través de estas transformaciones tendrá la clase obrera las fuerzas del trabajo y de la cultura, el instrumento capaz de dirigir a las masas, de orientar a los trabajadores en los difíciles problemas de una sociedad moderna, de ser la conciencia activa que el proletariado necesita para su liberación y la del conjunto de la humanidad.

Salimos de decenios de clandestinidad y estamos forjando un nuevo partido. Esta es la realidad que se da siempre que hay un cambio radical en una sociedad y un auge de la actividad política de las grandes masas. España, con el paso de la dictadura a la democracia, está entrando en esta situación. Decenas de miles de nuevos comunistas

vendrán a nuestras filas. Ya lo están haciendo miles y miles. Todo esto supone, conviene ser conscientes de ello, un nuevo partido.

Vamos a un partido en el que la gran mayoría de sus miembros serán de nueva o reciente inscripción. Un partido, por otra parte, de nuevo tipo, con centralismo democrático, con unidad de criterio, al tiempo que con diferencia de matices y diversidad.

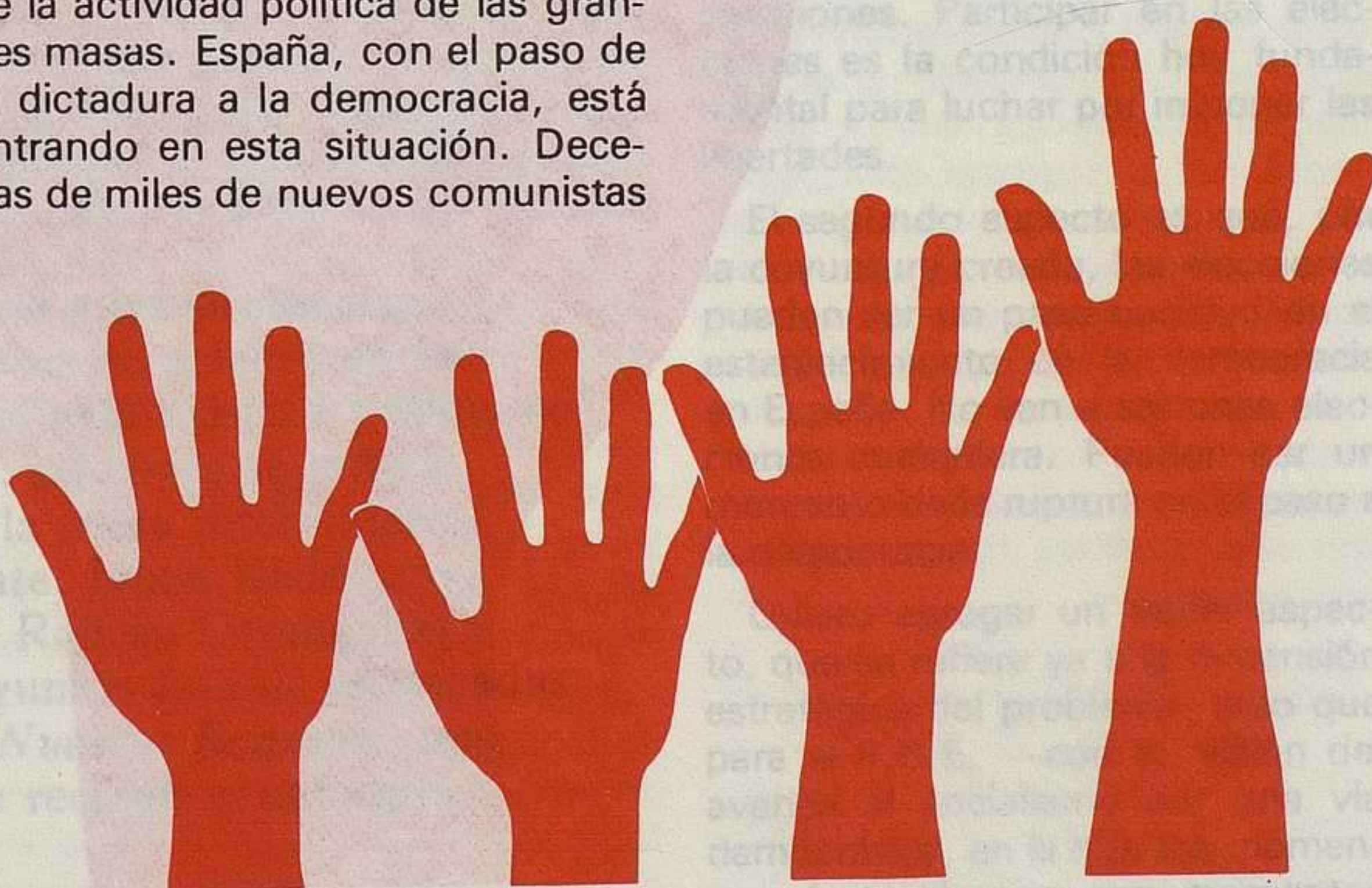
Un partido que ya hoy tiene una política madura, una red de organizaciones extensa, una unidad política indudable en su conjunto.

Sus organizaciones están compuestas, en lo fundamental, por una parte mayoritaria forjada, sobre todo, en la dirección de los movimientos de masas, en la acción reivindicativa inmediata.

Junto a ésta, otra parte que ha discutido mucho, que ha pensado mucho sin que, por las condiciones de represión, esa discusión y pensamiento tuviesen repercusión inmediata en la práctica.

Y la parte procedente de la emigración, con un fuerte espíritu de estructuración orgánica, concentrada durante los años de su experiencia militante en tareas de solidaridad, campañas económicas, etc., pero que no ha practicado tanto la dirección del movimiento obrero y de masas.

Estas corrientes de comunistas que hoy conviven en el partido aportan grandes experiencias cada una, imprescindibles para el partido de masas que queremos, pero al





tiempo son parciales por una u otra razón.

En estos últimos tiempos hay avances indudables hacia un partido más político, pero esas corrientes están ahí, tienen un peso y la homogeneización del conjunto del partido no se dará de la noche a la mañana.

A veces entre unos y otros grupos de camaradas surgen diferencias que son naturales y que no debemos verlas como antagónicas. Ni unas ni otras corrientes son enemigas del partido en lo más mínimo. Todas ellas están contribuyendo a la creación del gran partido de masas que necesita nuestra clase obrera.

A veces surgen tendencias localistas, centrífugas, o tendencias a un democraticismo exacerbado. Son una reacción lógica tras cuarenta años de dictadura y de la necesaria agudización del centralismo que hemos practicado.

El problema es resolver estas cuestiones con serenidad y sin impaciencias. Y en primer lugar en los comités. Los comités deben saber integrar este conjunto de fuerzas con sus enfoques diversos, con sus distintas experiencias.

Pero ninguno de estos problemas deben inquietar, a condición de que los comités realicen una dirección efectiva, que sepan trabajar de acuerdo con las nuevas exigencias y posibilidades. El que los comités vayan encontrando los métodos de trabajo para dirigir políticamente y de una manera colectiva, consolidando un auténtico equipo de dirección, debe ser hoy preocupación predominante del partido.

La homogeneización política y orgánica del partido la haremos en medio de las batallas que tenemos delante, y hoy fundamentalmente en la batalla electoral. Un partido no

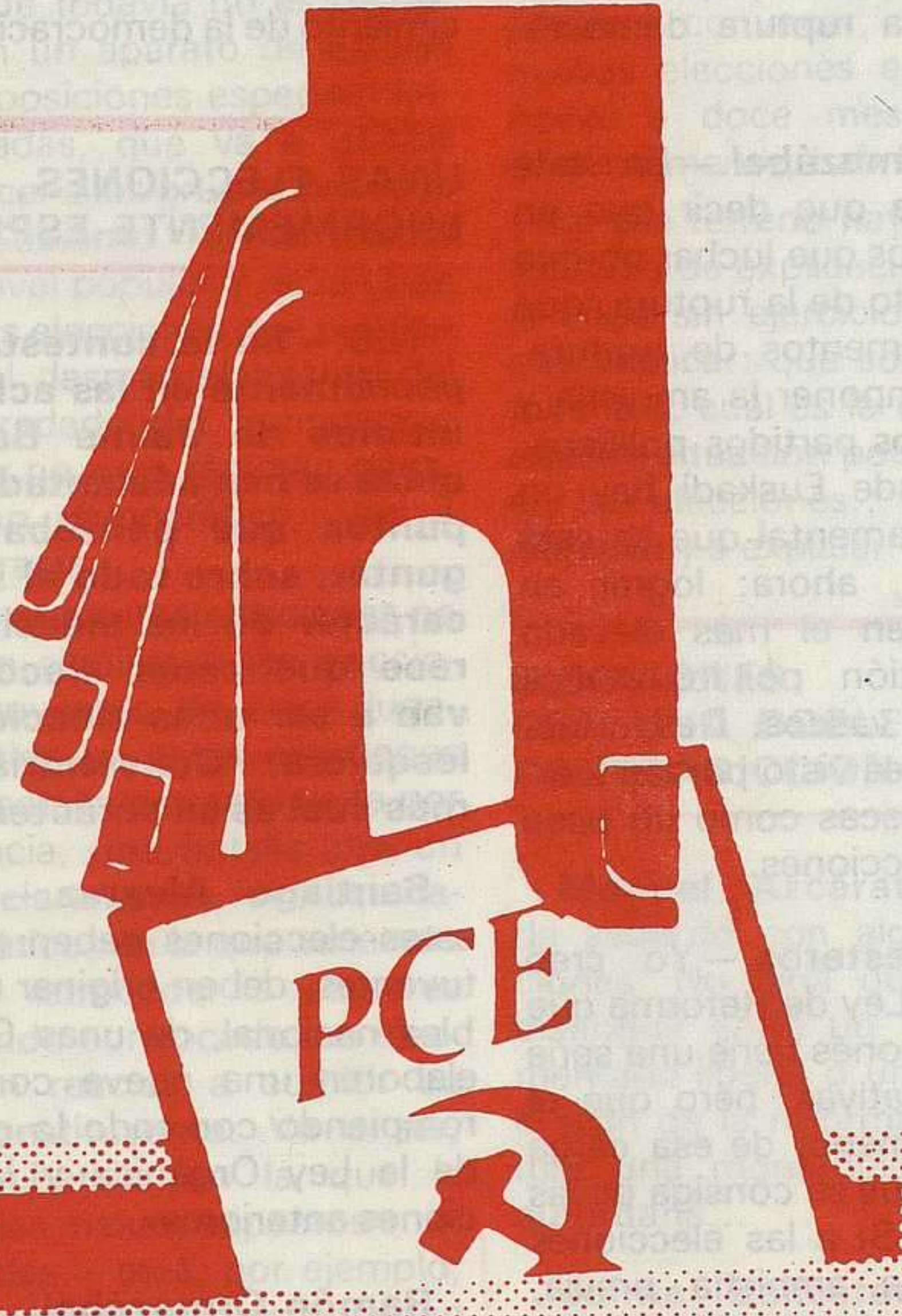
se crea en un laboratorio, sino en el proceso de la lucha política y de masas. Y la verdad es que ningún partido en España parte de las sólidas bases políticas y orgánicas de que partimos los comunistas.

Estamos en el umbral de la libertad, conseguida tras una larguísima marcha de luchas y sacrificios de nuestra clase obrera y de nuestro pueblo, en la que los comunistas hemos dado un tributo del que nos sentimos legítimamente orgullosos. En los combates políticos del tránsito de la dictadura a la democracia, de la conquista de una auténtica democracia política, el Partido Comunista debe transformarse en un gran partido de masas, dotado de la fuerza creadora del marxismo, adaptado a las nuevas condiciones. En ello estará una de las garantías más importantes de cuál será la correlación de fuerzas de la nueva situación y de que, en consecuencia, España se oriente hacia una democracia progresiva, que vaya sentando las condiciones de la perspectiva socialista.

**Jaime BALLESTEROS**



# LAS ELECCIONES SON UNA BATALLA EXTRAORDINARIA POR LA DEMOCRACIA



La presente mesa redonda en torno a los problemas que plantean las próximas elecciones se celebró en los primeros días de enero, cuando todavía existían puntos no precisados en torno a las mismas, tal como se indica en algunas de las respuestas. En la mesa intervinieron Santiago Alvarez, Manuel Azcárate, Jaime Ballesteros, Pilar Bravo, Víctor Díaz Cardiel, Ramón Ormazábal y Simón Sánchez Montero. Las preguntas fueron preparadas previamente por la redacción de *Nuestra Bandera*, uno de cuyos miembros se encargó de recoger el coloquio en cinta magnetofónica.

## ¿POR QUE IR A LAS ELECCIONES?

N.B.—Dado que durante mucho tiempo se ha venido hablando sobre las condiciones necesarias para ir a las elecciones, sobre el carácter del Gobierno, etc., la primera pregunta que surge es: ¿cuáles son las razones por las que el P.C.E. va a las elecciones?

**S. Sánchez Montero.**—La razón es doble: en sí mismas, las elecciones son una expresión de la democracia por la cual el partido está luchando desde que terminó la guerra civil; y pueden tener como consecuencia una ampliación y consolidación de la democracia. El segundo aspecto o razón es que la participación en las elecciones ha de ir precedida de una campaña electoral, que en realidad es una batalla política de enorme alcance: la batalla concreta por las libertades políticas sin exclusiones, es decir, por la ruptura democrática.

La participación en las elecciones es una consecuencia lógica, inevitable, de la política del partido. Otra actitud sería incoherente y contrarrevolucionaria.

**Manuel Azcárate.**—Destacaría tres aspectos. En primer lugar, se ha creado una situación política en la cual la lucha por la libertad se tiene que desarrollar por imponer la libertad de todos los partidos en las elecciones. Participar en las elecciones es la condición hoy fundamental para luchar por imponer las libertades.

El segundo aspecto es que, por la coyuntura creada, las elecciones pueden ser un paso decisivo en el establecimiento de la democracia en España. No van a ser unas elecciones cualquiera. Pueden ser un momento de la ruptura en el paso a la democracia.

Quiero agregar un tercer aspecto, que se refiere ya a la dimensión estratégica del problema: creo que para el P.C.E.—con su visión del avance al socialismo por una vía democrática, en la que los momentos electorales no son momentos



cualesquiera — estas elecciones no van a ser una anécdota; desde ahora tenemos que concebir la conquista de mayorías paraelectorales como momentos fundamentales de nuestro avance al socialismo. Claro que no es el único aspecto de ese futuro, pero sí uno de los que ofrece.

**Santiago Alvarez.** — Añadiría a estos puntos — con los que estoy de acuerdo — una cuestión que me parece muy importante: el hecho de que la lucha por la libertad, por la democracia, ha estado en el centro de nuestra política en el curso de todos estos años. En el transcurso de la lucha clandestina, incluso ante los consejos de guerra y los tribunales que nos han juzgado en el curso de varios decenios, hemos destacado siempre que nuestro objetivo era la lucha por la libertad, por la democracia. En este sentido, cuando las condiciones políticas permiten plantear la lucha en el terreno electoral, la participación del P.C.E. es una consecuencia de nuestra política y de nuestra perspectiva de cara a las opciones socialistas. En otro sentido, el hecho mismo de que nos planteamos la participación quiere decir que, a nuestro juicio, se han creado (están creando) las condiciones mínimas, indispensables, fundamentalmente la libertad de todos los partidos políticos y de todos aquellos elementos que hagan posible la manifestación de la voluntad popular, soberana.

**N.B.** — En la intervención de M.A. se ha afirmado que las elecciones pueden ser un momento de la ruptura democrática. Creo que convendría aclarar en qué sentido se dice que las elecciones pueden ser un momento de la ruptura democrática, pues este tipo de afirmaciones, de no ser puntualizadas, podrían conducir a una visión electoralista de la política del partido.

**Manuel Azcárate.** — Creo que si conquistamos las condiciones para que sean unas elecciones democráticas, lograremos una mayoría de las fuerzas que están deci-

das a implantar la democracia en el país; es evidente que las elecciones serán un momento de la ruptura democrática, es decir, que nos pueden llevar a que el Congreso elegido sea constituyente, ya que en el Congreso se apruebe se imponga un sistema democrático, para luego seguir adelante el proceso histórico.

**Santiago Alvarez.** — Si se legalizan los partidos políticos para ir a las elecciones hay un aspecto fundamental de la ruptura democrática.

**Ramón Ormazábal.** — En este sentido, habría que decir que en Euskadi tenemos que luchar porque sea un momento de la ruptura, que se den los elementos de ruptura. Empezar por imponer la amnistía y la libertad de los partidos políticos. Pero visto desde Euskadi hay un problema fundamental que se está planteando ya, ahora: lograr en cierto grado, en el más elevado posible, la gestión por los vascos de los asuntos vascos. Desde luego, este punto es visto por las fuerzas políticas vascas como un paso de cara a las elecciones.

**Jaime Ballesteros.** — Yo creo también que la Ley de Reforma que lleva a las elecciones tiene una serie de cargas limitativas, pero que el peso mayor o menor de esa carga depende de lo que se consiga en las negociaciones. Si a las elecciones se va con una amnistía previa, libertad de todos los partidos políticos sin excepción, libertades sindicales, derecho de reunión y expresión, incluso con la desaparición del aparato del Movimiento, no hay la menor duda de que existen posibilidades de que un proyecto reformista se transforme en un proyecto con una carga democrática ya sustancial no despreciable, aunque todavía el parlamento no va a ser plenamente democrático, pero va a poder ser un parlamento constituyente, tanto más si, como decía Manuel Azcárate, las fuerzas democráticas son mayoritarias en él.

El carácter rupturista o reformista de las elecciones dependerá de la correlación de fuerzas que haya en todo el proceso actual, con las luchas anteriores. En ese sentido yo

creo que problemas como la libertad de Santiago Carrillo ha sido un paso importante; la supresión del T.O.P., los cambios de personal en las fuerzas de Orden Público y en el Ejército son elementos que nos plantean las elecciones con más posibilidades democráticas que tal como fueron aprobadas por las Cortes. Si logramos que ese proceso siga, las elecciones no serán reformistas, serán de ruptura, serán un paso importante para el establecimiento de la democracia.

## UNAS ELECCIONES ENORMEMENTE ESPECIALES

**N.B.** — En la contestación, especialmente en las aclaraciones últimas de Jaime Ballesteros, quizá se han adelantado algunos puntos que pensábamos preguntar, sobre todo el relativo al carácter de las elecciones. Parece que estas elecciones no van a ser unas elecciones cualesquiera. Convendría aclarar más cual es su carácter.

**Santiago Alvarez.** — Creo que estas elecciones deben ser constituyentes, deben originar una asamblea nacional, de unas Cortes que elaboren una nueva constitución, rompiendo con todo lo que queda de la Ley Orgánica y las instituciones anteriores.

**Ramón Ormazábal.** — Resulta evidente que no con unas elecciones precisamente por el hecho de que sean... llevamos cuarenta años luchando porque sean. De todas formas, constituyentes en cierto grado lo son, pues ya ahora empieza a haber transformaciones importantes en el Estado. Si el partido participa es para lograr que sean plenamente constituyentes, dando paso a una situación completamente nueva.

**S. Sánchez Montero.** — No son, en efecto, unas elecciones cualesquiera, rutinarias. Son excepcionalmente importantes no sólo por su carácter constituyente, sino porque al tener ese contenido pueden realizar la ruptura con el pasado dictatorial y crear las bases para el

futuro desarrollo democrático hacia el socialismo.

**Jaime Ballesteros.**— Se trata de unas elecciones enormemente especiales, como, quizá, no se han dado nunca en ningún país. Se arranca de una situación en que los partidos políticos todavía no están reconocidos —y en su preparación intentamos conquistar la legalización de los partidos políticos—; unas elecciones que parten de una situación que todavía no es democrática, con un aparato de Estado que posee posiciones especialmente privilegiadas, que va a utilizar para favorecer a los grupos políticos afines al Gobierno. Y, al mismo tiempo, a nivel popular y de la clase obrera, unas elecciones que pueden contribuir al desmantelamiento del aparato heredado del franquismo, dando lugar no a un régimen parlamentario no democrático, sino a una democracia.

Eso hace que estas elecciones no se parezcan siquiera a las elecciones constituyentes de otros lugares. El partido ve estas elecciones como una batalla extraordinaria por la democracia, una batalla con un contenido claramente revolucionario democrático, en la que tenemos que hacer retroceder a sectores que, habiendo convocado las elecciones, son reacios a admitir su carácter constituyente. Va a ser, pues, una batalla en la que la presión de las masas, aspectos en sí no electorales —está, por ejemplo, la negociación, que no es cuestión sólo de la Comisión, pues detrás de ella está toda la presión de masas, todo el país—, aspectos que en otras elecciones no juegan un papel tan decisivo, aquí lo van a juzgar: toda la presión política es un elemento decisivo para conseguir que estas sean unas elecciones de ruptura.

**Víctor Díaz-Cardiel.**— Todo lo que se diga respecto a la originalidad de la convocatoria es poco, pues existen unos rasgos que las distinguen plenamente de las que se dan en los países capitalistas occidentales. Pienso también en otros rasgos. Por ejemplo, en que son unas elecciones en las que la monarquía necesita ser legitimada; se dan una crisis económica muy seria, se dan

en unas condiciones que permite pensar en la posibilidad de grandes sorpresas. Hay tolerancia respecto a los partidos, pero es una tolerancia discriminada. Para mí, personalmente, el índice de participación en el Referendum es una cuestión muy expresiva. Pienso que puede haber un índice de participación mucho más elevado que el de otros países. Pueden ser, en fin, elecciones con sorpresas y elecciones rupturistas, pues las Cortes pueden convocar, por ejemplo, nuevas elecciones en el plazo de nueve a doce meses, entonces, evidentemente, habría una ruptura.

En ese terreno hay que hacer un esfuerzo de explicación. En cuarenta años sin ejercicio del voto hay que explicar: qué son unas constituyentes, cuál es la originalidad de nuestra situación política y social, y de las elecciones... son rasgos a destacar y a explicar.

## ELECCIONES CON UNA DOBLE CONTRADICCION

**Manuel Azcárate.**— No estoy de acuerdo con algunas formulaciones. No diría que se trata de distinguir entre un régimen parlamentario liberal o una democracia, el plan de la reforma intenta legitimar una monarquía que llamaría autoritaria...

**Jaime Ballesteros.**— Autoritaria-parlamentaria sería la expresión adecuada.

**Manuel Azcárate.**— ... Sí, pero quitaría la palabra liberal, pues el propósito de la reforma es legitimar esa monarquía, pero el problema de las elecciones no está ahí. Al contrario: si hacemos elecciones constituyentes ponemos las bases de un criterio democrático para que el pueblo decida, en un momento o en otro, todos los problemas del futuro Estado español.

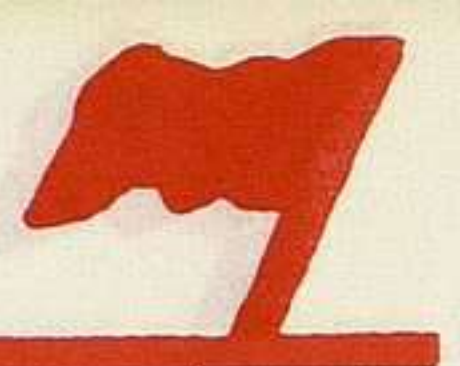
Diría que la originalidad de las elecciones reside en que hay dos contradicciones: Una, la contradicción entre un aparato de Estado que intenta hacer de estas elecciones el momento de la legitimación, y una oposición que intenta ya, en las

condiciones para el proceso electoral, establecer unas condiciones mínimas democráticas. Me parece ilustrativo que la reunión que hemos tenido las fuerzas de la oposición sobre el tema de la ley electoral, en el proyecto que estamos estudiando, está implícita la idea de un doble poder. El otro día hemos aprobado el siguiente planteamiento: en el instante en que se abra el proceso electoral, todas las autoridades deben renunciar a aquello que, en su función, puede influir en las elecciones, y que esas competencias deben pasar a unos órganos, comisiones de partido, comisiones de control, que se convierten en otro poder en el período constitucional, sustrayendo de hecho al aparato del franquismo la posibilidad de mantenerse.

Luego, hay la contradicción puramente electoral: las fuerzas que tratan de prolongar el continuismo y las que van a imponer las constitución.

**Santiago Álvarez.**— De ahí la importancia que tienen los puntos elaborados por la oposición. Evidentemente, si no hay medidas que neutralicen la fuerza de las autoridades locales y provinciales, de los gobernadores, por ejemplo, del aparato del Movimiento... y más, incluso a nivel de las fuerzas públicas, de las fuerzas armadas incluso, se debe alcanzar una actitud de respecto, a fin de establecer un clima de confianza, pues hemos visto que muchas veces se ha ido a votar por miedo. Eso persiste en millones de españoles. Es necesario crear un ambiente nuevo, que todavía no existe hoy a pesar de los esfuerzos de la oposición democrática. Insisto particularmente, de cara al estado de ánimo e imparcialidad en las fuerzas de orden público, lo que es especialmente grave en las comarcas agrarias.

**Víctor Díaz-Cardiel.**— Si hemos insistido en que las libertades en nuestro país son revolucionarias, entonces, en estas elecciones, por debajo del aspecto puramente político hay una verdadera lucha de clases. El reformismo que quiere legitimar la monarquía sustrayendo a unas constituyentes la voluntad



de que el pueblo decida qué tipo de Estado quiere. Y las fuerzas revolucionarias de nuestro partido exigen y luchan para que éstas sean unas constituyentes que convoquen unas elecciones generales. Esto es lo que subyace en el fondo de la batalla. Esta batalla por las elecciones es política, la batalla de más envergadura que se ha planteado el partido. Todo lo que se diga en este sentido es poco.

**Ramón Ormazábal.**— Hay que insistir en el País Vasco en esa neutralización del aparato del Estado, y por eso los partidos políticos democráticos se están planteando la creación de un órgano de gestión al margen del aparato de Estado. Lo que va a plantear el delegado vasco en la negociación es tanto como la amnistía, la desaparición del aparato represivo, que sigue actuando en Euskadi como en los mejores tiempos.

**Santiago Alvarez.**— En relación con la monarquía, una palabra: de todas maneras, pensando como fue implantada, la monarquía tiene ahora la posibilidad de hacerse más creíble, de adquirir cierto prestigio, y de, ulteriormente, someter a la voluntad del pueblo su propia existencia, si realmente contribuye a garantizar estas elecciones como las más democráticas posibles. Es un aspecto que no podemos menospreciar. Si la monarquía se compromete en la falsificación de las elecciones, entonces será cómplice. Si por el contrario contribuye a un carácter democrático, entonces ganará un espacio de credibilidad, de carácter democrático ante la opinión pública española.

## ¿COMO SE VA A IR A LAS ELECCIONES?

**N.B.**— Si las elecciones, como habéis indicado en todos los casos, tienen unas características tan peculiares y diferentes a las de otros países, entonces se abren con mayor énfasis una serie de preguntas concretas. La primera de éstas es, ¿cómo se va a ir a las elecciones? ¿Cómo se va a ir, qué listas,

**cómo se van a componer esas listas, si con listas del partido o alianzas, cómo se van a confeccionar, si los candidatos van a ser cargos del partido, los posibles criterios de selección...? Todas estas cuestiones, aparentemente técnicas, esconden, sin embargo, un trasfondo político que sería necesario aclarar.**

**Víctor Díaz-Cardiel.**— Muchos de estos aspectos dependen de la ley electoral. Muy brevemente, coaliciones electorales para el Congreso a lo que se ve no va a haber. Y creo que el partido va a ir solo. Una idea justa es que el partido pueda conjugar en sus listas dirigentes del partido con dirigentes de masas. Por ejemplo, en Madrid, que es lo que mejor conozco, hay camaradas al frente de asociaciones que son capaces de convocar asambleas de cinco y seis mil personas, que son verdaderos líderes de masas.

La Comisión Provincial de Madrid, hasta tanto lo ratifique la Comisión del C.C., ha tenido en cuenta a dirigentes del partido, estos dirigentes de masas tanto en el terreno del movimiento popular como en el movimiento obrero, dirigentes de asociaciones, de la Confederación Sindical de CC.OO., de la Federación Provincial de Amas de Casa, que está en período de constitución.

**S. Sánchez Montero.**— Seguramente el partido irá solo, con sus propias listas de candidatos, incluyendo en ellas personalidades independientes. Sobre todo en la elección para el Congreso que, según todos los indicios, se hará sobre la base del sistema proporcional, con más o menos «correctivos». Para el Senado es diferente, parece que será sobre el sistema mayoritario y ello exigirá la realización de coaliciones lo más amplias posibles.

No obstante, depende todo, en última instancia, de lo que sea la ley electoral y de las condiciones concretas en que se realicen las elecciones. Esas condiciones pueden exigir ciertos cambios en algunas circunscripciones, dentro de la estrategia general apuntada antes.

Por otra parte, es conveniente y posible lograr un acuerdo político con fuerzas muy amplias sobre los principios de la Constitución, además del que ya existe sobre las condiciones exigibles para que las elecciones sean de verdad libres y constituyentes.

Los candidatos no pueden ser los mismos que serían elegidos, por ejemplo, como delegados a un Congreso del partido. Tanto o más que su personalidad y trabajo dentro del partido, influirá en su designación su personalidad hacia afuera, su influencia de masas, su capacidad de arrastre popular. Naturalmente, también su compenetración con la política del partido. Otro factor importante será el conseguir en las candidaturas los porcentajes adecuados de veteranos y jóvenes, hombres y mujeres, de obreros, intelectuales, artistas, etcétera, de forma que las candidaturas sean un reflejo no sólo de lo que es el Partido, sino de la misma sociedad.

**Santiago Alvarez.**— Me parece que la cosa está clara. Para las elecciones de diputados vamos a ir con listas propias, aunque sobre este punto la última palabra corresponde al C.C., y ello viene determinado por la misma naturaleza de las elecciones... El ir con listas propias permitirá al P.C.E. medir, además, sus fuerzas, ver la credibilidad que tiene..., y, a juzgar por lo que nos dicen hombres demócratas, no sólo amigos, la audiencia del partido es enormemente grande.

En Galicia, en concreto, habría que lograr, en la medida de lo posible, la elección al Congreso de Diputados de un núcleo de dirección del partido, y junto con eso la presencia de hombres que tienen un ascendiente en el movimiento de masas: movimiento obrero, campesino, pescadores y mariscadores, intelectuales y profesionales, etc. Pensamos también que es muy importante la presencia de candidatos que son creyentes cristianos. También que deben estar muy bien representadas las mujeres, teniendo en cuenta que salimos de una etapa en que la mujer ha sido particularmente discrimina-



da, mujeres que estén vinculadas al movimiento de masas no sólo ciudadano, sino también universitario, cultural... Pienso que a nivel del Estado podemos dar una imagen difícilmente superable por otros partidos. No se si decir esto es un triunfalismo, pero lo pienso así.

**Jaime Ballesteros.**—Al Congreso se va a ir en listas independientes, pero la orientación que está predominando de cara al Senado es la formación de amplias coaliciones, a las que nosotros estamos claramente abiertos.

En lo que se refiere al Congreso, vamos a ir con listas del partido en las que presentaremos un amplio conjunto de comunistas, dirigentes del partido, dirigentes de masas —en el sentido en que aquí se ha señalado—, pero listas en las cuales vamos a esforzarnos, porque estén abiertas a un conjunto de personalidades que sin ser miembros del partido se manifiesten de acuerdo a las propuestas del partido en torno a estas Cortes que se van a elegir y a las reivindicaciones fundamentales que tiene el pueblo. Nos vamos a esforzar porque no sea una lista cerrada, en este sentido.

## LAS LISTAS DEBEN DAR LA IMAGEN VERDADERA DEL PARTIDO

**Pilar Brabo.**—Se trata en las listas de dar una imagen auténtica de lo que es el partido. Un partido fundamentalmente obrero, un partido también nacional, con capacidad para resolver los problemas de toda la sociedad a los que quede dar una solución la clase obrera, pero que afectan también al conjunto de capas sociales. Un partido abierto a todas las críticas y a la colaboración con sectores que, no militando en el partido, comparten nuestras ideas y nuestra visión estratégica de lo que es el socialismo.

En las candidaturas del partido va a ser muy importante la atención a los problemas específicos de cada nacionalidad y cada región. Esto es evidente en las candidaturas que presente el P.S.U.C., el P.C.E. y el P.C.G., y creo que

además de las tres nacionalidades, en lugares tan específicos como el país Valenciano, Canarias, en todo el conjunto del Estado español, nuestras candidaturas tendrán que estar ligadas al terreno, a los problemas específicos, planteando la solución a sus problemas en un sistema de un nuevo aparato del Estado descentralizado, en el avance hacia soluciones federales, etcétera.

Este tendrá que ser también un aspecto sustancial de los programas concretos que, sobre la base del programa general del partido, se elaboren en cada nacionalidad o en cada región.

**Manuel Azcárate.**—Desearía subrayar que la batalla electoral, por su propio carácter, exige en el partido un cambio muy profundo: de dirigirse a los sectores de la amplia vanguardia, hay que dirigirse ahora al conjunto de los electores, a toda la población. Esta es una de las características que determinan cómo vamos a ir a las elecciones. Y en esto no soy nada triunfalista, hay una dificultad, hay una carga muy fuerte de cuarenta años en que la imagen del partido ha sido monstruosamente deformada, y una parte de nuestra batalla es justamente destruir esa deformación, los mitos, las calumnias, y aparecer con la imagen de lo que verdaderamente es el P.C.E., y creo que la composición de las candidaturas tiene que desempeñar en ese orden un gran papel.

Esto plantea una cuestión que hemos abordado muy sinceramente en el seno del partido: escoger la candidatura del partido es muy diferente a escoger los cuadros mejores para la dirección. Son dos cosas distintas, y, por tanto, en las candidaturas del partido, algunos camaradas que tienen unas cualidades y méritos enormes para la dirección no son, en cambio, los más adecuados para presentarse ante las amplias masas, desempeñar mejor ese papel.

Además, el P.C.E. se está esforzando para que entre los partidos que se van a presentar con listas diferentes —y que, por tanto, van a luchar en el plano electoral—

exista un acuerdo respecto a lo que debe ser una constitución democrática. Creo que así lograremos que las elecciones sean un momento de debate democrático, de debate ciudadano. La lucha electoral será un paso en el que vamos a medir nuestras fuerzas, y luego, en el Congreso, trabajaremos juntos para darle ese carácter constituyente de que antes hablábamos e imponer unas bases constitucionales que establezcan la democracia en el país.

El caso del Senado es diferente, como ya se ha explicado, y ahí luchamos por una amplia coalición.

**Santiago Alvarez.**—Desde la perspectiva de las nacionalidades creo que es necesario destacar un punto que puede ser importante para el fortalecimiento de la democracia, y que en Galicia la experiencia demuestre como muy positivo: a pesar de acudir a las elecciones con listas independientes, puede darse un acuerdo básico con otras fuerzas, incluso conservadoras, en torno a temas que cada día han ido adquiriendo más fuerza, la reivindicación autonómica en concreto. De un tiempo a esta parte, fuerzas y grupos políticos que no se habían definido, lo hacen ahora en relación a la autonomía. Ello puede ser un fundamento especialmente importante para el fortalecimiento de las instituciones democráticas, y pienso que otro tanto sucederá en Cataluña, Euskadi... en las diversas nacionalidades del Estado.

**Ramón Ormazábal.**—Desearía subrayar los aspectos anteriores. La competencia con otras fuerzas políticas democráticas no es, naturalmente, del mismo tipo que con la derecha. En Euskadi, el partido se presenta con las características que aquí se han señalado ya, pero debe quedar claro que lo hace porque no ha habido otra posibilidad. En Euskadi el problema de la libertad y la democracia está plenamente ligado al de la libertad nacional. Esta concepción ha sido una constante del partido en toda su historia, y siempre hemos defendido la alianza nacional de las fuerzas partidarias de alcanzar esa libertad



nacional. Y si no estuviese ya perfilado, hubiésemos examinado ir en un frente nacional, incluso para las elecciones de diputados.

Ya hemos empezado a examinar las listas, que van a estar formadas por camaradas de la dirección política del partido, en primer término —esta es una batalla eminentemente política—, por los dirigentes de masas, muy particularmente con dirigentes obreros, pero también personalidades del partido, personalidades democráticas que coinciden con la salida que actualmente propugna el P.C. de Euzkadi. Tendremos también mucho cuidado de que en las listas se exprese nuestro carácter nacional con personalidades del partido; amigos del campo de la cultura —claro es que en toda cuestión nacional el problema de la cultura vasca, de la lengua tiene una importancia fundamental—. Importancia vamos a dar en las listas a la preocupación del partido por el problema de la mujer. Es decir, que estamos estudiando que las listas den la imagen real del P. para que ésta vaya abriéndose a los ojos de la oposición, y allí este problema tiene una transcendencia enorme: primero, por la desfiguración del partido, que ha hecho la dictadura durante cuarenta años, por la desfiguración en cuanto a su carácter nacional que los extremismos nacionalistas están tratando de hacer. Se trata precisamente de que, con las listas, a la gran masa de opiniones les vaya la imagen real del partido. Va a haber, pues, y en Euzkadi pensamos que van a ser listas integradas predominantemente por comunistas, sin excluir que, en algunas provincias, haya también candidatos independientes en las listas.

**Santiago Alvarez.**—Solamente un minuto para completar dos ideas sobre este problema. Creo que por un lado existe un problema nuestro: lograr que el partido se desembarace de la coraza que nos ha impuesto la clandestinidad... la clandestinidad y la represión. NO es lo mismo hablar en una asamblea de militantes, en una asamblea de fábrica, en un círculo cerrado, que hablar a las grandes masas. Hay que salir de las cata-

cumbas, en el sentido más amplio de la palabra. La otra cuestión es la libertad. Yo estoy convencido de que si tenemos libertad para hablar a las masas, lograremos rápidamente terminar con esa desfiguración. Y lo digo por la experiencia que he tenido hablando con gente sencilla... Ahora bien, si carecemos de libertad, si tenemos que hacer la campaña en condiciones de clandestinidad, entonces, las dificultades serán mucho mayores.

## PROGRAMA QUE VAMOS A SEGUIR

**N.B.**—A la vista de cómo se va a ir a las elecciones, y de su importancia, parece necesario precisar ya el programa o plataforma, o al menos los puntos y objetivos fundamentales.

**S. Sánchez Montero.**—Nuestro programa no puede ser demagógico, pues con la demagogia es imposible conquistar, a la larga sobre todo, la confianza de las masas. Y el Partido ha de hacer necesariamente una política de largo alcance. El programa deberá recoger de forma breve, clara, concreta, los problemas fundamentales del pueblo en este momento, problemas que, al ser reales, enlazan inevitablemente con todo el desarrollo posterior en los terrenos político, económico, social, cultural, etc., y al ser resueltos crean las bases para ese desarrollo posterior.

**Jaime Ballesteros.**—El programa que va a presentar el partido —y que cuando hacemos el coloquio, en este momento, está en proceso de elaboración, pero que cuando se publique ya estará posiblemente terminado— en lo fundamental va a tener varios ingredientes:

Un ingrediente político, decisivo, consistente en la exigencia de la plena democracia política para España, es decir, las libertades plenas para todos, libertad de todos los partidos políticos, libertad sindical, derecho de huelga, derecho de manifestación, de reunión..., sin ningún tipo de cortapisas, el carác-

ter federal del Estado, la defensa de los derechos de las nacionalidades, la libertad de conciencia, de cultos..., es decir, la democracia política sin ningún tipo de amagos y disimulos. La independencia del poder judicial... Lo que comporta la desaparición de todas las rémoras del Estado franquista. Es decir, la reconquista de las libertades políticas para todo el pueblo en España.

Un segundo ingrediente va a estar formado por las soluciones que el partido plantea para abordar la recuperación de la crisis económica, de la inflación, del paro... Orientadas estas medidas hacia un plan de carácter democrático, hacia los intereses de las capas más desfavorecidas y los intereses nacionales de la economía española. Unido a esto, habrá una serie de reivindicaciones que juzgamos imprescindibles en lo que se refiere a los salarios más bajos, las jubilaciones, a la comercialización de los productos agrarios, que permita que amplias capas de pequeños y medios campesinos inicien la salida de la situación de crisis permanente, deterioro, de total abandono en que está el campo... casi hasta de burla permanente por parte del poder público a que están sometidos los intereses de los campesinos durante todos estos años.

Una defensa —a través de un plan— de sectores tan decisivos como la enseñanza y la sanidad a nivel de todo el Estado, que implica la dedicación de recursos extraordinarios. Creemos que este puede ser un elemento importante para mermar el paro y relanzar la economía, al mismo tiempo que para iniciar la superación del lastimoso estado en que se encuentran aquellos sectores.

Una defensa de la igualdad jurídica de la mujer con respecto al hombre, la superación de las tremendas desigualdades que existen en los códigos.

Yo creo que otro aspecto que no se puede olvidar es la defensa de los intereses de los emigrantes, que por parte del poder público, en estos años, han sido vistos como fuerza de trabajo, cuya única misión era enviar divisas que permi-

tieran superar la crisis. Este será un aspecto en el que el P.C.E. tendrá una posición muy clara y enérgica, así como lo referente a la garantía del derecho de voto, para que el Estado sufrague el viaje de los emigrantes a España para que puedan votar como el resto de la población española.

Estas son algunas de las líneas fundamentales que va a tener nuestro programa...

## EL PROGRAMA ES LA CONTINUACION DE LA LINEA POLITICA Y DE LA LUCHA DE TODOS ESTOS AÑOS

**Pilar Brabo.** — Pienso que un aspecto fundamental del Programa del partido es que, en realidad, supone la presentación ante el país de puntos por los que hemos estado luchando durante todos estos años. Así como ahora descubrimos la existencia de partidos que empiezan a preocuparse por los derechos de las nacionalidades, de la mujer, por un subsidio de paro, cuando nunca han demostrado el más mínimo interés por esos temas, el partido lo único que va a hacer es sacar públicamente puntos y reivindicaciones que han sido su bandera durante todos estos años.

Es la credibilidad del partido ante el hecho de que lo que va a defender es el meollo mismo de su línea política y su lucha durante estos años. Claro es que, como antes señalaba Manuel Azcárate, lo que hay que conseguir es que esto aparezca así. Aquí entraríamos en el terreno de la campaña electoral. Que esa credibilidad que tenemos aparezca así. Somos el partido que de verdad ha defendido los intereses del pueblo y ahora vamos a hacerlo en el debate público.

**Santiago Alvarez.** — Quisiera subrayar la cuestión campesina, la necesidad de una reforma democrática de la agricultura, en la medida en que el sistema político que se va a crear trae las condiciones para llevarla a cabo.

Hay diversos aspectos, algunos ya señalados; uno de ellos, es el problema de los precios. Los campesinos necesitan precios remuneradores para los productos agropecuarios para que acabemos con la situación que existe hoy — discriminación real de la fuerza de trabajo en el campo — y del hecho de que a los campesinos no se les paga ese trabajo suficientemente. Quizá habrá que estudiar — no me refiero a los puntos generales del programa, sino después, ya de una manera concreta — el problema de la diversificación de los precios, precios diferenciales. Esta es una cuestión muy importante, como lo es tomar medidas que terminen con la confusión no sólo de la política frente al campo, sino también de la comercialización de los productos agropecuarios.

Otro problema es el de la tierra. Yo creo que la expropiación de grandes latifundios, de latifundios mal cultivados, es un problema que se plantea. Y no porque nosotros lo hayamos reivindicado en el pasado, sino a fin de superar la situación de paro que hay en extensas zonas del campo español y desde el punto de vista del desarrollo económico del país. Sin tomar ciertas medidas respecto a la agricultura y sin llevar a cabo una reordenación de la situación que tenemos, es evidente que no podemos plantearnos objetivos económicos de alcance.

**Manuel Azcárate.** — Volviendo a algo que antes dijo Pilar, quisiera señalar la importancia que tiene que nuestros candidatos, junto al programa general, se preocupen por mirar a su alrededor en cada sitio, conocer los problemas concretos de tal forma que en la práctica los electores puedan ver algo que es verdad: que los diputados comunistas son los que llevarán al parlamento y a decisiones de gobierno los problemas de las masas. Tendremos que convencer a los electores de que, incluso los que no son comunistas, necesitan diputados comunitas para defenderles en las cuestiones más concretas de su vida.

Otro punto. Insistir simplemente en la importancia que va a tener

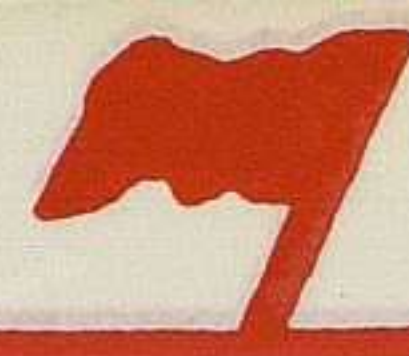
que el partido aparezca como el partido de la libertad. En cuanto a la defensa de la libertad, nadie nos va a ganar ni en estas elecciones ni en las que vengan más adelante. Somos y seremos el partido de la defensa de la libertad. En eso somos muy claros y vamos a destruir las calumnias que se intenta lanzar presentándonos como un partido totalitario. Y, como ya hemos dicho en Roma, somos los continuadores de las mejores tradiciones que ha tenido el liberalismo español en el siglo pasado.

**Jaime Ballesteros.** — Quisiera agregar algunas cuestiones que antes no dije al hablar del programa.

El partido va a poner mucho énfasis en la libertad de la cultura y la investigación, ligada al problema del marco político. Cuestiones como la democratización municipal, asunto decisivo para la vida cotidiana de los españoles. El voto a los dieciocho años, que si no se logra para estas elecciones en la negociación sobre la ley electoral, nosotros vamos a exigirlo para que se apruebe en las primeras Cortes. Otra cuestión es la promulgación de una legislación de defensa del medio ambiente y una política contra la degradación del medio urbano, la calidad de vida... Deterioro producido en general por el capitalismo, pero que en España se ha llevado a unos niveles enormemente más graves debido a la irresponsable política especulativa que ha habido durante estos cuarenta años.

**Víctor Díaz-Cardiel.** — El programa general tiene que ser muy sencillo y muy corto. Hay un programa que tiene el partido que no hay que confundir con el electoral. El electoral tiene que destacar que no hay demagogia, que se defiende lo que se lleva defendiendo cuarenta años.

Hay que hacer una cosa muy clara y sencilla, considerando las grandes agrupaciones urbanas, de cara, por ejemplo, al equipamiento social. Hay que tener en cuenta todas las peculiaridades a ras de suelo. Hay barrios en Madrid que necesitan ocho veces más institu-



tos de los que tienen, en los que el analfabetismo alcanza hasta el 40 por 100 y el 42 por 100..., aunque se habla en el país de un 2 a un 8 por 100. En los programas concretos hay que tener todo esto en cuenta. El deterioro de la calidad de vida, que se ve a ojos vista, no es una casualidad, no es un capricho. No lo es la polución, la inexistencia de viviendas sociales, el caos circulatorio... Estos son puntos fundamentales para ganar la batalla electoral.

**Ramón Ormazábal.**—En Euskadi estamos todavía en estudio del programa, pero las líneas generales son próximas a las aquí esbozadas. Ahora bien, con una adecuación a las particularidades nacionales. El programa electoral debe ser escueto y breve. Luego, desarrollando y adecuándolo a las cuestiones y peculiaridades concretas.

En Euskadi es claro que en el primer aspecto, en el de la democracia, es el problema del autogobierno vasco, que el pueblo vasco pueda autodeterminar el régimen en que quiere vivir... es un problema capital al que todo está vinculado y todo depende de él.

¿Cómo hemos de presentar esto? Estoy de acuerdo en que tenemos cuarenta años de historia. No hay necesidad de hacer demagogia, no hacemos más que prolongar nuestra actividad... En Euskadi, todo esto, nosotros tenemos que presentarlo como el partido que mejor y más eficazmente lucha por llevar la tranquilidad. Vamos a la libertad, luchamos por la autodeterminación... pero todo ello en el camino pacífico, en el restablecimiento de la tranquilidad. Damos a esto una importancia enorme, porque, aparte de lo que pueda parecer leyendo los comentarios de prensa diaria, lo que nosotros creemos que predomina más en la población, no en la franja política, es un ansia tremenda de tranquilidad en la libertad, pero de tranquilidad. Pensamos que éste ha de ser uno de los aspectos fundamentales que nuestro partido ha de saber presentar en el conjunto del programa.

## LA CAMPAÑA ELECTORAL

**N.B.**— Finalmente, pues, vamos a entrar en el último de los temas. ¿Cómo va a plantear en concreto el partido la campaña electoral?

**Manuel Azcárate.**— La respuesta a esa pregunta está muy determinada por todo lo visto hasta ahora. El partido ha constituido comisiones electorales en el C.C. y a los diversos escalones, y está ya en una situación de movilización de todas sus fuerzas para lanzarse a la campaña electoral.

En mi opinión aquí hay un primer problema político decisivo al que antes se refería Santiago Alvarez. Es lograr que todo el partido comprenda que la lucha electoral hoy es, por así decir, la forma más revolucionaria de luchar por la libertad y la democracia. Hay en sectores del partido recelo respecto a las elecciones. La palabra elecciones está rodeada de un cierto halo burgués. Creo que es fundamental acabar con esa reticencia y lograr una comprensión política total de que hoy ser revolucionario, querer la libertad hoy y el socialismo mañana, exige lanzarse a fondo en la lucha electoral.

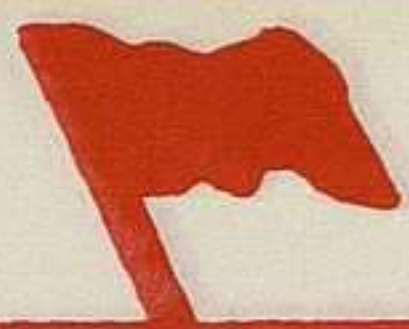
En cuanto a las formas de hacerlo, creo que va a haber una riqueza de iniciativas extraordinaria. El problema es llegar a todas las zonas del país. Yo subrayaría dos aspectos: 1) la visita casa por casa, a la cual el partido se está prestando y que exige una dedicación y un sacrificio extraordinario. Hay que comprender lo que eso quiere decir. Algunos afirman que la televisión es el arma absoluta de la política, porque se mete en el hogar. Ahora, yo creo que hay un arma más poderosa que la televisión: el comunista que llama a la puerta y habla con la familia, explicando la posición del partido. La ventaja sobre la televisión es que allí hay un hombre que contesta a las dudas, que dice quien es él. Es decisivo que el conjunto del partido comprenda que para la campaña electoral, por el espíritu de abnega-

ción de nuestros camaradas, tenemos ese potencial humano extraordinario para lograr que nuestras ideas, nuestro programa, entren en los hogares, convencan de cara a esa batalla electoral.

En segundo término, hay la necesidad de crear equipos de propaganda que vayan, sobre todo en las zonas rurales, a explicar la posición del partido en todos los pueblos, en todas las aldeas, en todos los núcleos de población del país. Creo que también en ese orden de trabajo se está ya preparando y va a ser otra de las formas en que junto con las elecciones el partido se va a extender. Yo diría que, en este período electoral, la creación del partido de masas está indisolublemente ligada a la campaña electoral. Esta es otra razón más para que todos los comunistas comprendan que el deber número uno, la tarea fundamental, es lanzarse a esa campaña electoral.

**S. Sánchez Montero.**— La campaña electoral es, en mi opinión, la batalla política más importante que hayamos librado desde la terminación de la guerra hasta hoy. Tiene, por una parte, el significado y objetivo de toda campaña electoral: conseguir la elección del mayor número posible de candidatos propios. Lo cual exige el conocimiento de toda la mecánica electoral, aspecto completamente nuevo para nosotros, y da a ese trabajo que podría ser denominado despectivamente como «electoralista», un enorme valor político, democrático, revolucionario. Por ello, debe ser realizada con todo entusiasmo por todos los camaradas.

Pero la campaña electoral es, al mismo tiempo, una enorme batalla política por las libertades democráticas, por la ruptura. Hoy existe tolerancia más o menos amplia y tremendamente desigual, según la fuerza política de que se trate, pero no hay *libertad* para ninguna fuerza democrática. Sin embargo, las elecciones *tienen* que realizarse en condiciones de *libertad* para todos, sin exclusiones. Ese enorme salto de la tolerancia a la libertad, de la arbitrariedad al derecho, ha de ser conseguido en el transcurso de la campaña electoral y como conse-



cuencia de ésta. Me parece que éste es el aspecto más importante, pues sólo unas elecciones realizadas con libertad para todos pueden garantizar que la voluntad popular podrá expresarse de forma auténtica.

Finalmente, la campaña electoral habrá de realizarse sobre la base del entusiasmo, de la participación masiva de los militantes, simpatizantes y amigos del partido. Y desplegando toda la capacidad de creación, iniciativa, audacia e ingenio que atesoran el partido y las masas. Sólo de esa forma puede compensar la escasez de medios económicos que nos atenaza.

**Santiago Alvarez.**— Hay que superar el impacto de los cuarenta años en el partido. Diría que hay que superar también una cierta incidencia del izquierdismo en las filas del partido. Hay propaganda de grupos que formalmente se sitúan a la izquierda del partido y que ven la campaña electoral con cierto menosprecio. La campaña electoral —quiero subrayarlo— es un problema básico de cara al futuro tras los cuarenta años pasados. En relación con esto, la experiencia que hay en torno a l referéndum y que la gente que ha estado en contacto con las masas en las ferias, los mercados, los hogares, en las fábricas... los camaradas que han tenido una tarea de agitación, de propaganda y de explicación, se sienten moralizados, por así decirlo, han adquirido una moral por el medio como las masas han acogido nuestras explicaciones.

Dado que nosotros no podemos competir con los partidos que tienen muchos más medios que nosotros, ése es un elemento muy importante. Hay que llamar a la militancia a los amigos, par que nos ayuden desde ese ángulo, sobre todo, estableciendo el diálogo con la población, dialogando con las masas, discutiendo con ellas. Esa es la única forma en que un partido obrero, popular y democrático pueda superar esa falta de medios.

Diría más, diría que el partido debe utilizar toda la potencia que tiene no sólo en sus filas, sino en con las simpatías que cuenta, para

la elaboración de los programas concretos. El programa general tiene que ser muy sintético, pero es evidente que, según las zonas, hay que abordar problemas concretos. Y hay que partir del principio de que las grandes masas no responden a principios filosóficos, a grandes cuestiones políticas, sino al planteamiento concreto de sus problemas. En este sentido, me parece necesario crear una especie de grupos o subcomisiones que en cada lugar ayuden a las comisiones electorales. Primero en la propaganda, cómo realizarla, cómo abordar en cada comarca, en cada provincia, en cada zona, los problemas candentes que allí existen.

También le daría importancia a una especie de subcomisión o de grupo de estudio que yo llamaría de tipo socio-económico, que facilite datos económicos y sociales a los propagandistas del partido, a los candidatos, a los apoderados... a todos los que van a incidir en el proceso electoral.

La cuestión de la financiación, la cuestión de la técnica electoral son asuntos básicos. Tenemos un partido que, quizá, en un porcentaje mínimo, sabemos lo que son unas elecciones. Los que tenemos la edad de Ormazábal y la mía hemos participado en las elecciones del Frente Popular, pero el grueso del partido no ha participado en elección alguna. Hay que explicar lo que son las elecciones, hacer una especie de cursillos que expliquen lo que son unas actas, que represente una urna, qué es una candidatura, cómo se constituye una mesa, qué representan los apoderados, los interventores... un mínimo de elementos a los que van a ser los «activistas» del partido en la campaña electoral.

La campaña electoral tiene que servir, además, para sacar el mayor número de votos y diputados —esto es, naturalmente, lo principal que determinará la dinámica posterior—, para llevar el partido allí donde no existe. Allí donde no hay comunistas puede permitir organizar el partido o crear un núcleo de simpatizantes. Tiene que ser un elemento dinámico en la organización de masas.

## ESTA ES UNA BATALLA REVOLUCIONARIA

**Víctor Díaz-Cardiel.**— De todas formas, cuando se habla de la influencia del izquierdismo en el partido, esto no lo generalizaría. Con la aparición del partido en diversos sitios, con el Referéndum, con la detención de Santiago, el partido se ha puesto a la cabeza en cuanto a la agitación. Pienso que si hay ciertas reticencias al problema es porque es la primera vez que se habla de elecciones, y se toma como una cosa que no es revolucionaria. Pero puede ocurrir el fenómeno distinto: que cuando expliquemos las elecciones desde el punto de vista revolucionario suceda todo lo contrario.

El partido va a aprender muy rápidamente lo que es una mesa, lo que son las actas... hay que enseñar cosas muy elementales, como la necesidad de inscribirse en el censo electoral, pero esto lo vamos a aprender a gran velocidad. Lo más complejo es enseñar que, como decía Manuel Azcárate, esta es una batalla revolucionaria. De lo contrario podemos ser derrotados estrepitosamente. Hay que darse cuenta de la necesidad de sumergirse en la batalla electoral.

**Pilar Brabo.**— Yo coincido con Víctor, pues me parece que la cuestión no es tanto el izquierdismo cuanto el de un cierto «defensismo», en el sentido de planteamientos para los propios comunistas y la vanguardia que hasta ahora hemos tenido a nuestro alrededor. Esto es más peligroso en la propaganda escrita, en los carteles, que en la oral. Por las condiciones a que nos ha sometido el franquismo, nos hemos acostumbrado a dirigirnos a nosotros mismos. Pero, claro, el salto que tenemos que dar en las elecciones si que va a plantear algunos problemas en el seno del partido no porque conscientemente algunos camaradas no quieran dar ese salto, sino porque hasta ahora lo que hemos hecho, la costumbre, es lo otro.

Debemos ser conscientes. Aquí no se trata de cursillos, sino de una



práctica que el partido va a hacer, y la función de los comités del partido será dirigir esa práctica. En la campaña electoral hay otro aspecto decisivo: la utilización de los medios de comunicación de masas. Aquí hay que dar otra batalla. La batalla de la libertad y de la igualdad para todos. Se va a plantear, con toda agudeza, la neutralidad del aparato del Estado. No se trata de que haya igual tiempo para todos en la TVE, sino que ésta sea neutral, que no utilice otros espacios y manipule. Esto también es nuevo, pues el partido no ha hecho ninguna campaña electoral en la TVE, eso nos va a exigir una preparación.

**Jaime Ballesteros.** — Esta campaña se dirige a todo el electorado, a todos los españoles. Hay problemas de estilo, de lenguaje incluso. Pero, además, se plantean cuestiones muy concretas. Nosotros somos un tipo de partido que no tiene ayuda económica ni internacional ni de las altas finanzas del país. Eso plantea que el partido va a lanzar una gran campaña económica para financiar la campaña

electoral de una forma autónoma. Para eso hay que contar con la clase obrera, los militantes, los simpatizantes, las fuerzas progresistas del país.

Eso ya va a exigir un esfuerzo enorme. Ya se ha señalado que existen comisiones electorales en casi todas las provincias, pero la tarea en que estamos es que se creen comisiones electorales en todas las organizaciones del partido, en todas las poblaciones, ciudades y pueblos donde tengamos agrupaciones. Ahí se plantean problemas nuevos: tener claramente la «radiografía del electorado», su composición y características, llegar a todos los pueblos de cada provincia, hasta las aldeas más recónditas — cada agrupación tendrá que responsabilizarse de los núcleos más cercanos para llegar a los comunistas, y si no los hay a los simpatizantes—. También estoy muy de acuerdo con lo apuntado por Santiago Alvarez sobre la necesidad de que en todas partes los electores estén rodeados de unas comisiones de asesoramiento que les indiquen cuáles son los problemas decisivos, los más sentidos

por las masas, por cada sector del electorado. Se nos plantea la necesidad de crear grupos de propagandistas en todos los lugares, en todas las agrupaciones del partido... Una enorme cantidad de miles y miles de hombres, mujeres, jóvenes, que se entreguen con mucho entusiasmo al servicio de los candidatos del partido.

Ligado a todo esto, creo que hay un problema clarísimo: en todos los lugares donde todavía el partido no tiene locales, hay que solucionar esto. Una campaña electoral sin locales quedará coja, estará llena de cortedades y dificultades.

Creo que son muchas tareas las que hay delante, que va a ser una batalla difícil, incluso muy difícil. Pero estoy convencido de que el partido, el conjunto de los comunistas, va a saber ver que la batalla por las elecciones es decisiva para la democracia, esa es la batalla que tenemos delante. Y que no caben confusiones, no caben vacilaciones, sino que hay que ir con entusiasmo, con la combatividad que el partido ha demostrado a lo largo de estos años.

## Sobre la militancia de cristianos en el Partido: Hacia un estado de la cuestión. Alfonso C. Comín

*Sobre la militancia  
de cristianos  
en el partido  
Hacia un estado de la cuestión*

*Alfonso C. Comín*

La presencia activa de cristianos en el seno del Partido ha provocado una viva discusión a la vez que un análisis a fondo de la cuestión. Fruto de ese análisis fue la declaración del Comité Ejecutivo del P.C.E., publicada en "M. O." del 19 del pasado marzo. A partir de aquí, el debate se ha extendido y parece posible distinguir cuatro actitudes:

- Los camaradas que han acogido la declaración con actitud sectaria, que la consideren un golpe inesperado de autoridad.
- Los camaradas que, hallándose en actitud sectaria al comienzo de la discusión, aceptan información y adoptan una actitud abierta, a fin de entender cómo se ha podido llegar a un proceso tal de cambio entre los cristianos.
- Aquellos otros que están dispuestos a aceptar la declaración, que la consideran oportuna y captan aspectos de su contenido, que están dispuestos a su difusión y debate, pero que tienen tendencia a no profundizar los problemas que conlleva.
- Los camaradas ateos que han entendido la importancia que posee la declaración para la construcción de un partido de masas.

La declaración del Comité Ejecutivo del P.C.E. sobre la «militancia de los cristianos en el partido», publicada en M.O. de 19 de marzo pasado, se halla plena de connotaciones y de consecuencias políticas e históricas, tanto para el futuro inmediato como en una perspectiva global de construcción del socialismo. La nueva toma de posición es el resultado de un largo proceso que se apunta en la declaración, pero que debe analizarse

con atención, ya que, por su propia naturaleza, el texto es denso, sintético, y alude a fenómenos sin cuya profunda comprensión resulta difícil penetrar los diversos aspectos a que se refiere.

Federico Melchor ha subrayado ya algunos puntos cruciales en su artículo «Pero, ¿pueden los cristianos ser comunistas?», publicado en *Nuestra Bandera* de marzo-junio del año pasado. Vamos a tratar de desarrollar algunos otros temas ba-

*Advertencias:* La redacción de este artículo se inició unos meses después de publicarse la declaración del C.E. del P.C.E. sobre la militancia de cristianos en el partido antes de que el P.C. de Euzkadi y el P.S.U. de Catalunya hicieran públicas sus respectivas declaraciones sobre el mismo tema. Se ha concluido —tratando de recoger los amplios debates que ha habido sobre la cuestión a lo largo de este tiempo— cuando estas últimas declaraciones ya son conocidas de los militantes. Por ello, las alusiones y referencias se hacen generalmente a la declaración del P.C.E., aún cuando no faltan alusiones genéricas o explícitas a las tres declaraciones. Como la línea política es la misma en todas ellas, aún cuando, como es lógico, se vaya enriqueciendo con el desarrollo del debate, consideramos la reflexión aquí expuesta válida para todas ellas.

Castelltersol, agosto 1976

sándonos, especialmente, en las discusiones habidas en el seno del P.S.U.C., discusiones que nos ayudan a analizar el debate que se ha abierto en torno a la declaración en el conjunto de nuestro partido.

### EL PARTIDO ANTE LA NUEVA IGLESIA

En primer lugar, hay que señalar un fenómeno que tiene una doble vertiente: los cambios habidos en la Iglesia en estos últimos años, especialmente a partir del Concilio Vaticano II, y la atención con que el partido ha seguido estos cambios. La quiebra del nacional-catolicismo en España, a que se refiere la declaración, es un dato de la mayor importancia. La Iglesia presente hoy en nuestro país, se parece ya muy poco a la Iglesia de Cruzada, que en el año 1937 bendecía cañones, y que en el 39 loaba a los sangrientos vencedores. Sin entrar en un análisis detallado de las diversas tendencias que atraviesan hoy la Iglesia de España, cuestión que desbordaría los límites de este artículo, recordemos simplemente el pluralismo existente hoy en su seno, el abanico de posiciones políticas que se da hoy entre los cristianos, abanico que va desde posiciones integristas hasta las de quienes han optado claramente por el socialismo. Ya no se da la unidad



política de los cristianos en torno al nacional-catolicismo de otro tiempo, tampoco se da en torno a la opción demócrata-cristiana, aún cuando ésta tenga una considerable implantación en los medios de Iglesia. La Iglesia de España se halla hoy atravesada por ríos profundos de aspiraciones democráticas, de opciones por el socialismo; amplios sectores creyentes viven su fe en 1975 como fuerza liberadora, como fermento de transformación social. En un debate publicado por la revista «El Ciervo» (número 263, julio 1975), sobre la libertad política de los cristianos, representantes de diversas tendencias políticas catalanas, que van desde la democracia cristiana hasta posiciones cristiano-marxistas, se pronuncian unánimemente por la libertad de opción política, incluida la comunista, y consideran imprescindible que la Iglesia-institución respete tal libertad. Discrepan del intervencionismo de las jerarquías portuguesas e italianas que han tratado de mediatizar la libertad de voto en las elecciones habidas los últimos años en dichos países. Y desarrollan argumentos convincentes que revelan la madurez de la Iglesia catalana.

Esta evolución ha sido valorada positivamente por nuestro partido, que ha prestado gran atención a los cambios habidos en la Iglesia y que, a partir de la coincidencia que se daba entre comunistas y cristianos en luchas, huelgas, cárceles, manifestaciones, etc..., ha ido reflexionando sobre un fenómeno que exigía un nuevo enfoque de una cuestión que durante décadas se había dado por «resuelta» bajo el tradicional aserto, «la religión es el opio del pueblo».

Así, el partido apreció el alcance histórico del Concilio Vaticano II. Desde el primer momento, prestó atención al diálogo católico-marxista en sus aspectos más positivos. «Realidad»: dedicó sucesivos trabajos al tema, y Manuel Azcárate participó en los diálogos habidos al calor de aquellos años, impulsando el interés por estas cuestiones en los debates ideológicos que se desarrollaban en el seno del partido.

Pero la comprensión del fenómeno a que nos referimos no ha

sido tan sólo ideológica, sino también y fundamentalmente política. Años antes del Concilio Vaticano II, y coincidiendo con las luchas de masas que se extendían por minas, fábricas y en la universidad, allá por los años cruciales de 1956, el partido ya subrayó el alcance de la presencia de militantes cristianos en las luchas, valorando cuanto tenían de positivo y señalando la importancia histórica para el futuro del país. Subrayó que la presencia de militantes de H.O.A.C., J.O.C., de estudiantes e intelectuales cristianos en las luchas antifranquistas era un claro síntoma de resquebrajamiento del nacional-catolicismo dominante hasta entonces. En esos años de 1956, subrayó ya el valor de las corrientes democráticas que aparecían en la Iglesia y estableció por su parte puentes de colaboración con los entonces denominados «católicos progresistas» agrupados especialmente en torno al Frente de Liberación Popular (F.L.P.). Estos puentes no siempre fueron suficientemente apreciados por los sectores católicos —con la excepción del F.L.P.— debido a la desconfianza existente hacia el partido por parte de amplios sectores de la población y por el tradicional anticomunismo de la Iglesia.

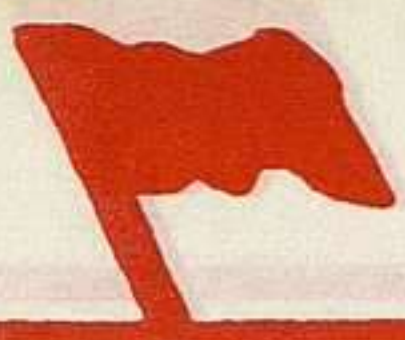
En aquella época el partido se hallaba polarizado por la necesidad de romper su aislamiento político y social y veía en las relaciones con los «católicos progresistas» una vía de notable importancia. Pero había todavía una visión simplista del fenómeno; se tendía a valorar a los militantes cristianos con criterios predominantemente instrumentales y a veces oportunistas. Muchos camaradas pensaban en su fuero interno: «estos cristianos, conforme vayan participando en la lucha de clases ya vendrán al partido y abandonarán la fe que es una limitación heredada». «O en todo caso que formen un ala izquierda en el seno de la futura democracia cristiana que nos permita plantear alianzas políticas, tender puentes, activar nuestra política de “mano tendida”». Insensiblemente se consideraba a estos militantes cristianos como militantes de segunda categoría, como «pseudo-revolu-

cionarios» tarados por la fe; mientras no la abandonaran no podrían servir plenamente la causa del socialismo. Al ingresar en el partido se exigía «de hecho» la adhesión al ateísmo. Si uno se mantenía creyente, debía «guardar» su fe casi clandestinamente, de forma vergonzante.

## HACIA UNA ORIENTACION ESTRATEGICA

Pese a estos aspectos negativos de las relaciones entre militantes del partido y luchadores cristianos, y a los «tics» que generaron por una y otra parte, «tics» que se prolongarían más allá de los años 60, Santiago Carrillo escribiría en 1965, en «Después de Franco, ¿qué?»: «La política del P.C.E. ha venido a facilitar la evolución católica, en cuanto la reconciliación nacional y el reconocimiento del peso católico en nuestro país, nos han llevado, ya antes del Concilio Vaticano II, a propugnar y realizar el diálogo y la unidad en los niveles en que encontramos posibilidad de hacerlo.» Para añadir: «En nuestra orientación, la actitud ante la Iglesia no es una cuestión de táctica, es una actitud que corresponde a toda nuestra estrategia, a toda nuestra concepción de la marcha hacia el socialismo.» En ese mismo texto se hace un análisis y valoración política de las diversas corrientes demócratas-cristianas, se señalan sus diferencias y alcance democrático y se expone la «duda de las posibilidades de una disciplina única para todas ellas», señalando el peligro de que un partido o confederación de carácter confesional, agrupando a todas las tendencias D.C., podría devenir rápidamente la organización del neoderrechismo español y un instrumento de la oligarquía financiera y terrateniente. Se expresa la esperanza de que los elementos renovadores y democráticos del catolicismo español hagan jugar a la U.D.C. un «papel progresista». Se señala el diálogo y la colaboración con los católicos por objetivos democráticos, sociales y de paz, se habla de un catolicismo democrático y progresista y se precisa que, «con esa Iglesia —la





Iglesia de los pobres— y ese catolicismo, se abriría la posibilidad de marchar hacia la democracia y hacia el socialismo, sin que los intereses bastardos que se oponen a la liberación del pueblo puedan cubrir su feroz egoísmo con el símbolo de la cruz».

Estas posiciones expresan ya la apreciable sensibilidad de nuestro partido por los cambios que se están produciendo en la sociedad española y en los medios cristianos en particular. Pero la concepción dominante es todavía la de «marchar por esta vía de católicos y marxistas» como fuerzas separadas que pueden establecer alianzas de mayor o menor alcance, pero que operan cada una desde su campo, que no convergen ni se piensa que puedan llegar a fundirse en algún sentido. Claro que los cristianos por el socialismo no se han expresado todavía como una fuerza colectiva y consistente en el seno de la Iglesia y las tomas de posición por el socialismo de algunos grupos o personalidades cristianas no tiene la fuerza que adquiriría posteriormente.

Es en 1967, en *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, donde se precisa un nuevo giro, donde se abre una nueva comprensión del problema que estamos abordando. Santiago Carrillo da un nuevo impulso a las relaciones cristiano-marxistas «a partir de una orientación que denomina de "estratégica para indicar toda su profundidad e importancia"». Así, después de hacer un extenso análisis del «nuevo enfoque de las relaciones de las fuerzas progresistas, la Iglesia y el catolicismo», después de referirse a la crítica marxista de la religión y a su actual sentido seriamente modificado por el hecho de la existencia de lo que denomina "las dos Iglesias" (la Iglesia establecida frente a la Iglesia de los pobres), Santiago Carrillo señala «coincidencias posibles en ciertas zonas de la ideología». En este punto precisa: «Nadie duda que en el terreno filosófico subsisten profundas divergencias entre nosotros y este sector de la Iglesia profética, entre el marxismo y la religión. Y digo en el terreno de los filosófico, porque es aquí donde las divergencias son funda-

mentales y concretas, y porque hay que delimitar bien los terrenos de posible acuerdo y desacuerdo. Creo que nadie se escandalizará si añado que en otros aspectos de la ideología la coincidencia de criterios puede llegar a ser completa. Por ejemplo, la economía política también forma parte de la ideología, y, en este terreno, una parte considerable de este sector católico se declara partidaria de las formas económicas del socialismo y acepta la crítica de Marx a la economía del capitalismo. Es útil subrayar que algo semejante ha sucedido ya, previamente, con seguidores de otra de las familias religiosas de importancia mundial, el islamismo. También pertenece al campo de la ideología la política, y es cierto que la coincidencia ideológica entre esos católicos y nosotros puede producirse igualmente en el terreno de las estructuras políticas de la democracia y el socialismo. En realidad, si las coincidencias ideológicas sobre esos terrenos concretos no se producen aún en escala más amplia, las razones son extrínsecas a la pura religión y tienen motivaciones de clase.»

«De aquí se desprende que hay zonas de la ideología marxista leninista en las que es posible no ya la coexistencia, sino la coincidencia, lo que hace más factible la colaboración práctica.»

«En la actualidad estas coincidencias no se derivan de la existencia de un *socialismo cristiano*, trasunto de la ideología feudal, que criticaba Marx. No existe, realmente, un *socialismo cristiano*. Estas coincidencias reflejan la aproximación de sectores católicos al único socialismo auténtico, el socialismo científico de Marx y Lenin.»

La cita es larga, pero fundamental para seguir el proceso que estamos analizando. Con este texto de 1967, entramos ya en una justa valoración de las corrientes revolucionarias en el seno del movimiento católico de los cristianos que optan por el «socialismo auténtico», de la aparición, cada día más amplia, de fuertes tendencias socialistas en el seno de la Iglesia y del papel de los cristianos capaces de militar —aunque sigan existiendo ciertas contradicciones en el

plano filosófico— en los partidos de la clase obrera. No se confunden estas tendencias con el posible trasunto de la ideología feudal en forma de «socialismo cristiano» y hay una constatación de primera importancia al señalar «razones extrínsecas a la pura religión» y «motivaciones de clase» como explicación de las dificultades para lograr coincidencias ideológicas más amplias.

Igualmente, Gregorio López Raimundo, en su informe al Pleno del Comité Central del P.C.E. de septiembre de 1973, valoraba la actividad de los sacerdotes y de los católicos progresistas de Cataluña, señalándolos «como nuestros aliados más consecuentes», para señalar que «los comunistas catalanes apreciamos altamente la contribución de los católicos al combate antidictatorial y nos esforzamos por establecer con ellos sólidos lazos de colaboración, no sólo para las luchas de hoy por las libertades políticas, sino también para las posteriores por una democracia político-social que lleve al socialismo». En este mismo pleno de septiembre de 1973, Simón Sánchez Montero, al analizar los grupos católicos de izquierda, valoraba muy positivamente el movimiento de Cristianos por el Socialismo.

El partido ha comprendido que no es la auténtica fe cristiana la que separa cristianos y marxistas, sino el uso capitalista que de la fe se ha venido haciendo por parte de la ideología burguesa. Ante la realidad de cristianos que luchan contra el fascismo y por una sociedad socialista, el partido supera querellas ideológicas mal planteadas.

## LA OPCION POLITICA DEL CRISTIANO NO SE DEDUCE DE SU FE

Con esta toma de posición, el partido profundiza en un aspecto central del problema que nos ocupa: *la opción política del cristiano pasa por su opción de clase, no se deduce de su fe*. Y así, pasado el tiempo, los cristianos por el socialismo precisarán, junto con los teólogos de la liberación, que «la lucha de clases pasa por la Iglesia».



Este aserto señala la profunda división histórica que afecta a la Iglesia-institución tal como hoy la conocemos. Amplios sectores de las masas cristianas dejan de identificarse con la ideología burguesa, entran en lucha con ella y liberan así al cristianismo de una máscara que lo desfiguraba hasta desnaturalizarlo.

En este proceso que rompo con la pretensión de la unidad interclasista de los cristianos en un solo partido confesional, es fácil constatar que los cristianos que vienen a nuestro partido lo han hecho por una clara opción de clase con plena libertad de conciencia, sin dejarse someter a ningún tipo de presión abusiva, propia de algunos sectores del magisterio eclesiástico. Se trata de cristianos que han superado la confusión entre fe y política, propia de una extendida tradición cristiana contemporánea; cristianos que, en suma, han tomado conciencia, junto con amplias masas de creyentes, de que el compromiso político es autónomo y de naturaleza laica.

Pero todo ello no impide que en el itinerario que les ha conducido a optar por el socialismo se hallen profundas raíces de inspiración evangélica y que ésta les siga alentando a proseguir su combate por la liberación de la humanidad, por la justicia, por la igualdad, por la fraternidad. Sin estos valores, repiten una y otra vez los cristianos que han optado por el socialismo, el evangelio sería palabra sin sentido. Así, la posibilidad de estos cristianos ofrece una cierta complejidad, que el partido tiende a reconocer y a valorar positivamente.

Ahora bien, la posición del partido no siempre ha sido homogénea en relación con el problema que nos ocupa. El partido ha tenido y tiene todavía sus «ultras» que desconfían del proceso de cambio habido entre los cristianos, «ultras» que ven ahí una nueva maniobra de la Iglesia —vieja y sagaz institución contrarrevolucionaria capaz de infiltrarse en cada ocasión de la historia para mantener su fuerza y poder, según piensan— y que se resisten a tomar nota de los cambios reales que se han producido en los países de tradición cris-

tiana, especialmente a partir del Concilio Vaticano II. Es cierto que las posiciones predominantes de la Iglesia vaticana en el mundo contemporáneo alimentan esas desconfianzas; pero también es verdad que la fuerza que están adquiriendo las nuevas fuerzas progresistas y revolucionarias entre las masas cristianas deberían hacerles reaccionar positivamente, superando viejos sectarismos e incomprensiones, las que habían venido dominando ambas partes. La Iglesia institucional deberá, tarde o temprano, cantar el «mea culpa» de su obstinado anticomunismo, que la ha llevado a separarse del pueblo organizado en el mundo contemporáneo. Pero también el partido debe reconocer sus errores, evitar toda tentación de rechazo o instrumentalización. Hemos de hacer nuestra autocrítica, en este campo como en otros.

Ha habido sensibilidad ante los cambios que se daban en la Iglesia, ya lo hemos señalado; pero al mismo tiempo se han adoptado posiciones sumarias y simplistas en torno a la crítica de la religión, en la formación de los cuadros y los militantes, a los que se ha transmitido una concepción rígida de las ideologías y una cierta suficiencia que les permitía considerarse como poseedores de la verdad en todos los dominios de la vida: en ciencia, en arte, en filosofía, en política, por supuesto... «Los comunistas debemos evitar incurrir en las formas también primitivas que la propaganda ateísta ha podido tomar en algunos momentos», señala Santiago Carrillo en *Nuevos enfoques*, entendiendo que, en primer término, lo que importa «es que la religión no divida al pueblo». Pero, de hecho, se ha incurrido en esas «formas primitivas», y aún hoy algunos camaradas tienen tendencia a deslizarse hacia ellas. No han salido del «ghetto» y ven el mundo desde el microscopio de la única «verdad correcta», la que creen que les ha dado el partido.

Todos debemos entender que cuando el cristiano empieza a interrogarse por su papel en la lucha de clases —además de los obstáculos propios de la formación anticomunista recibida—, ha encon-

trado y aún encuentra dificultades para venir al partido, procedentes de nuestras posiciones. El partido ha aparecido durante mucho tiempo como otra Iglesia, con su Vaticano, con sus dogmas propios, con su Papa afincado en Moscú, lo que, sin duda, ha influido en el momento de la decisión del cristiano hacia el partido. («De lo que se trata es de superar los tiempos en que el comunismo era una especie de Iglesia, con sus dioses y sus dogmas, con su Vaticano, su Papa y sus Concilios, con su mística acendrada por la persecución y el martirio», decía Santiago Carrillo en su Informe a la Segunda Conferencia del P.C.E.) El movimiento comunista debe abrirse con gran flexibilidad para hacer comprensible a toda la Iglesia la nueva posición que estamos describiendo, para que se comprenda todo el alcance histórico de la declaración del P.C.E. Las dificultades pasadas, las marcas todavía debiles en muchos camaradas, explican las tensiones y problemas que hoy hallamos a la hora de debatir políticamente la declaración, pues, tal y como vamos a ver, ciertas posiciones, ciertas tipologías y reacciones ante lo que supone la declaración, no pueden considerarse tan sólo como «posiciones subjetivas» de camaradas «ultras», sino resultado también de una historia que debemos revisar, de una herencia que hay que superar en algunos aspectos para llegar a ser el partido de masas que deseamos.

---

## EL CONTENIDO DE LA DECLARACION SOBRE MILITANCIA DE LOS CRISTIANOS EN EL PARTIDO

---

Llegamos así a la declaración de febrero de 1975, de la que Federico Melchor ha hecho ya un primer análisis en el artículo aludido. No vamos a insistir en lo allí expuesto, sino simplemente a exponer algunas consideraciones sobre su contenido y sobre el proceso de discusión abierto en el seno del partido en torno a ella.

Gregorio López Raimundo señalaba en su informe al tercer pleno

ampliado del Comité Central del P.S.U. de Catalunya, de octubre de 1975, que «otro éxito político del P.S.U.C. ha sido su intervención en la discusión entre comunistas cristianos de diversas partes de España», que culminó en la elaboración de la referida declaración, para subrayar inmediatamente los aspectos más relevantes y destacados del contenido de la misma, que están siendo el objeto de análisis del presente artículo. Inmediatamente López Raimundo señaló: «Esta orientación se venía aplicando ya de forma intuitiva por las organizaciones del P.S.U.C., en algunas de las cuales hay desde hace tiempo conocidos militantes cristianos que ocupan cargos de dirección. Pero a partir de la publicación de la declaración, dicha orientación ha pasado a ser parte integrante de la política del partido, el cual ha adquirido una nueva dimensión.»

Es obvio, pues, la importancia que tanto el P.S.U.C. como el P.C.E. han dado desde un primer momento a la declaración y cómo ambos han sentido la necesidad de impulsar un profundo debate que permitiera llevar a un nivel más racional, sistemático y políticamente más elevado lo que hasta este momento era una orientación aplicada de forma intuitiva.

Nos hallamos ante una declaración que no se limita a aceptar «tolerante y paternalistamente» el hecho de que los cristianos puedan militar en el partido, sino que trata de recoger toda la riqueza histórica de un hecho nuevo: la creciente importancia de sectores cristianos que optan por el socialismo, y todas las implicaciones que tal hecho supone para la realidad presente y futura.

La declaración se sitúa en una perspectiva que desborda el cuadro de referencia establecido a partir de las tesis de Lenin sobre la eventual militancia de cristianos y de sacerdotes en el partido. El cuadro de referencia es hoy otro muy distinto. Consecuencia lógica de los cambios históricos a que venimos aludiendo. Ya no se resuelve la cuestión de la fe enviándola a los sótanos de la «vida privada», sino que se tiene en cuenta su expresión social, el potencial liberador

que lleva consigo la nueva expresión de una fe liberadora.

El partido reconoce la complejidad de la decisión que inspira y alienta la militancia de los cristianos que vienen a sus filas, tal como hemos señalado más arriba. Y en esa línea admite a los *cristianos con su fe* y ya no trata de mantener la vieja disociación con la que se pretendía que el cristiano comunista abandonara sus creencias a la puerta de entrada del partido o bien que las mantuviera silencioso a nivel privado sin ninguna expresión social. Decimos con su fe, respetando plenamente sus convicciones cristianas, que no sólo han dejado de ser un obstáculo para su tarea revolucionaria —como era y es en el caso de los cristianos adscritos a una fe alienante, ésa sí, opio del pueblo—, sino que son impulso y fundamento de su militancia y de su participación en la lucha de clases.

El reconocimiento explícito que hace la declaración del valor histórico de la «denuncia profética de amplios sectores del catolicismo de base en su lucha contra el franquismo»; la referencia «otros cristianos han ido más adelante y expresan hoy posiciones que se orientan claramente hacia la construcción de una sociedad socialista siguiendo las raíces evangélicas del cristianismo, que, en sus orígenes históricos, se expresó en lucha por la justicia», o la constatación de que «tales cristianos (revolucionarios) luchan por la construcción de la sociedad socialista convencidos de que una misma fidelidad identifica su creencia con su lucha por el pueblo, en un único combate», supone legítimar desde el partido no sólo la militancia de nosotros, comunistas cristianos —que, como tales, siempre hemos podido ingresar en él—, sino el valor histórico de nuestra creencia tal como la entendemos en nuestra vivencia de una fe liberadora, dinámica, progresiva y que se expresa hoy socialmente con nuevas potencialidades. Supone admitir que si la expresión histórica de la fe ha sido sustancialmente alienante en cuanto vehículo de la ideología burguesa dominante, y en el caso de España vehículo beligerante del na-

cional-catolicismo, hoy esta fe comienza a expresarse como fuerza de liberación en la lucha presente por parte de amplios sectores del cristianismo de base.

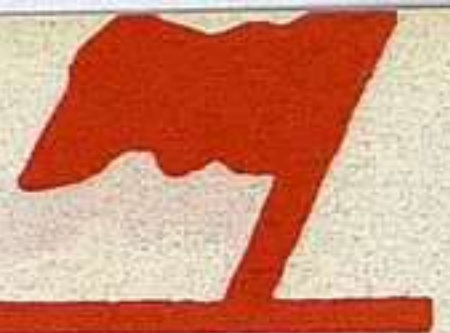
La declaración recuerda que esta evolución de la Iglesia y la presencia de los cristianos en la lucha de clases no siempre ha sido suficientemente valorada y comprendida por el conjunto del partido y que «hoy se trata de dar un paso adelante, de modo que todo el potencial revolucionario que supone la acción de amplios sectores cristianos en lucha por el socialismo sea plenamente asumido e impulsado por el partido. Es ésta una grave responsabilidad histórica.» Y se insiste en que se debe proceder «luchando contra todo sectarismo y confusión».

## UNA POLITICA DE TODO EL PARTIDO

La declaración plantea una tarea de largo alcance, que exige una amplia movilización de todo el partido en la perspectiva de una democracia avanzada y de construcción del socialismo en la hora presente. Tarea profundamente articulada con la política de reconciliación nacional que venimos propugnando desde 1956 y con la que demostramos nuestra decisión de olvidar la actitud de una Iglesia beligerante y enemiga del pueblo, facilitando así la construcción del nuevo bloque histórico imprescindible para construir el socialismo en la libertad, bloque en el que, sin duda, los cristianos jugarán un papel apreciable.

Se trata de una política de *todo el partido* —y no de una tarea propia de algunos «especialistas» en cristianismo—, política nueva en algunos aspectos, que exige un mejor conocimiento de la Iglesia y de los cambios promovidos por el Concilio Vaticano II por parte de todo el partido, de los organismos de dirección y de todos los militantes.

Al mismo tiempo se trata de una política que debe hacerse comprensible a toda la Iglesia, que se dirige a todos los niveles de la institución eclesial, a todas las masas cristia-



nas, tanto a los sectores más avanzados como a los que lo están menos. No nos dirigimos tan sólo a los sectores progresistas de la Iglesia, sino que tratamos de abrir nuestro partido a todas las fuerzas cristianas partidarias de una democracia avanzada. Este es un aspecto fundamental de la declaración, que exige abandonar el concepto político de la Iglesia como mera caja de resonancia de las consignas democráticas. Debemos ser más audaces y lograr que las más amplias masas cristianas vibren con nuestra política. Ello elevará además la credibilidad democrática de nuestro partido y de su proyecto de socialismo de rostro humano, tanto en el conjunto de la Iglesia como de toda la sociedad española.

Pues rebajaríamos el alcance de nuestra política si la limitáramos a quienes vienen a engrosar nuestras filas, a los cristianos que vienen a militar con nosotros. La influencia de nuestro partido sobre las masas cristianas va mucho más allá de la superación del contencioso ideológico marxismo-cristianismo en la conciencia del creyente que opta por el socialismo; la influencia de nuestro partido en éste como en otros tantos campos se sitúa de pleno en la lucha política por la democracia.

Cada día son más numerosos los creyentes que después de haber luchado por los derechos humanos en la larga resistencia contra el franquismo, descubren que nuestro partido es el que les ofrece el programa más coherente con la implantación de las libertades por las que lucharon y a las que aspiran; cristianos que descubren que la suprema democracia que les parece más acorde con su ideal de liberación y de fraternidad es la del socialismo en la libertad contenido en nuestro programa.

Esos cristianos no son en muchos casos marxistas «stricto sensu»; a lo sumo, pienso, son muchos de ellos socialistas utópicos. En todo caso, son demócratas convencidos.

Pues bien, considero que esos cristianos también deben hallar un lugar en nuestro partido, en este partido de masas de nuevo tipo que

estamos construyendo, porque todo cuanto hay de democrático en la historia y en las tradiciones de nuestro pueblo debe ser recogido e impulsado por nosotros sin reservas. Estamos descendiendo a un nuevo terreno de lucha, en el que hemos de litigar lealmente con otras fuerzas democráticas de centro y centro-izquierda por todas las potencialidades populares y democráticas que hay en las masas cristianas. No vamos a ceder ni un ápice de esas riquezas históricas a fuerzas que no defiendan tan radicalmente como nosotros los valores que son la esencia del mensaje evangélico, es decir, la igualdad, la libertad, la fraternidad solidaria.

Según la declaración, los cristianos que militan en el partido lo hacen sin ningún tipo de discriminación, con las mismas posibilidades de promoción a los órganos directivos, con los mismos derechos y deberes que cualquier otro militante. Todo depende tan sólo de su calidad revolucionaria. No constituyen, de ningún modo, una «corriente» dentro del partido, como se ha tratado de señalar por algunos sectores que ponen en duda el sentido de esta militancia. Los cristianos comunistas se confunden con sus camaradas en el conjunto del partido y en una misma y única lucha colectiva. («Los que son cristianos van a hacer su vida de cristianos, y en la lucha de clases vamos a ser todos uno», ha dicho Santiago Carrillo en sus declaraciones a *Cambio 16*.)

La presencia de cristianos comunistas refuerza el carácter laico del partido, acabando con el monopolio del ateísmo en el partido, ofreciendo así una imagen más acorde con la realidad plural de nuestro pueblo, de nuestras clases trabajadoras. Ofreciendo así una prueba fehaciente de que estamos decididos a trabajar para que la fe deje de ser elemento de división del pueblo a favor de los poderosos. Estamos más allá del anticlericalismo de raíz burguesa, que todavía colea en algunos sectores de la izquierda española. Como buenos marxistas, estamos revisando la crítica marxista de la religión, crítica que se forjó en un momento histórico en que la fe cristiana no

había sido factor de movilización democrática, de lucha resistente antifascista. Por otra parte, estos cristianos que viven una fe liberadora son los primeros en criticar y oponerse a todo uso de la religión como opio del pueblo y vienen desarrollando una profunda crítica de las manipulaciones ideológicas de que ha sido objeto el mensaje evangélico: secuestro de la fe cristiana por parte de la burguesía, instrumentalización en manos del capital, etc... La penetración de este fenómeno supone, como mínimo, asimilar una nueva dimensión ideológica, puesto que la vinculación del marxismo con el ateísmo llevaba consigo una importante reducción del horizonte ideológico.

Al mismo tiempo, los cristianos comunistas hacemos efectivo el pluralismo en la Iglesia al ofrecer a las masas cristianas un auténtico abanico de opciones sin límites por la izquierda, límites que se venían sucediendo de hecho para ellas, particularmente en las democracias occidentales, en las que la Iglesia había llegado a ejercer un auténtico control del voto. Nosotros, los cristianos comunistas que hemos elegido libremente militar en el partido, con nuestra libertad de opción y nuestra madurez ciudadana, estamos contribuyendo a que la Iglesia institucional se libere de la servidumbre del capitalismo de rostro humano, aportando también credibilidad democrática para ella. Pues ¿cómo podrá creer el pueblo en una Iglesia de liberación cristiana si entre sus fieles no hay amplios sectores, y diría que aun los más significativos, que luchan por un socialismo de rostro humano? ¿Y acaso no es ése el objetivo de nuestro partido?

La declaración subraya que «el partido no debe intervenir en la problemática interna de la Iglesia, lo que no significa que no tome posición ante las actitudes de ésta que tienen repercusión o incidencia en la vida social y política del país». Se expresa aquí el repeto por la autonomía con que los cristianos comunistas actúan en el seno de la Iglesia como comunidad de fe y en relación a su fe. En este punto el partido no tiene nada que indicar a los cristianos que militan en él,



pues, evidentemente, no es función de los partidos intervenir en la vida interna de la Iglesia, del mismo modo que ésta debería respetar e incluso impulsar la autonomía propia del debate político.

Llevando más allá esta consideración, hay que recordar que no corresponde al partido ni a ningún estado ni gobierno juzgar sobre el complejo fenómeno de la fe religiosa. En todo caso, no se puede reducir ésta a un credo pueril o a un «sarampión» que finalmente pasará. En nuestro partido hay hoy un lugar para los cristianos revolucionarios, como lo habrá mañana en la construcción de la sociedad socialista para un cristianismo no alienante, del que esperamos toda su fuerza liberadora. Nuestro partido no lucha tan sólo por los intereses inmediatos de las clases trabajadoras, sino que lo hace también por las libertades del pueblo y, entre ellas, por la libertad de creencias.

Manuel Azcárate se expresaba en esta línea cuando, en una entrevista publicada en *Por Favor*, decía: «Consideramos que la ideología o que la teoría tiene su propio ciclo de marchas y consideramos también que en el hombre comunista, como en todo hombre, hay una zona individual en la cual cada uno es lo que es y en donde el partido, como tal, no tiene derecho a penetrar. En esa zona individual, el hombre comunista puede ser muy parecido a un hombre no comunista. El que unos hombres sean militantes del partido no quiere decir que tengan que tener los mismos gustos literarios o los mismos gustos artísticos, ni que nuestra vida sexual sea idéntica, como idéntica nuestra concepción del amor.» A lo que Azcárate añadía: «En este orden de cosas, ha sido muy interesante para nosotros nuestros contactos profundos con gente creyente, con cristianos.»

## EL DEBATE SOBRE LA DECLARACION

Asumir y comprender políticamente las declaraciones —y no

aceptarlas simplemente como documentos de autoridad— exige un debate en torno a ellas y a las múltiples cuestiones que abren, reclama profundizar en sus ricas y varias dimensiones, abriendo un proceso ideológico y político que, serenamente, pero sin tregua, permita avanzar a todo el partido en una cuestión anclada hasta hoy en posiciones esclerotizadas, ligada a concepciones del partido y del mismo marxismo-leninismo que ya no corresponden a la hora presente.

Para ello basta con tener presente, tal como decía Santiago Carrillo en su informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de España, celebrado en Roma en julio pasado, que «dentro de esta homogeneidad en la acción, en nuestro partido pueden convivir diversas opiniones sobre los modelos de socialismo existentes hoy, diversos enfoques teóricos a problemas nuevos e históricos, diversas corrientes culturales». Poniendo como ejemplo de esta diversidad de enfoques el hecho de que «existe ya en nuestras filas una corriente que viene del cristianismo y que participa cada vez más activamente a todos los niveles, sin ninguna reticencia o reserva de nuestra parte».

El debate sobre la declaración ha conducido siempre a la cuestión del partido de masas. Difícilmente pueden entenderse esta declaración y todo lo que hemos dicho hasta ahora si no es en el contexto de la construcción de un partido de masas. Esta orientación —nuclear en el actual proceso de construcción del P.C.E. y del P.S.U.C.— es la que permite entender el alcance y las consecuencias que tienen las declaraciones del ejecutivo para la vida interna de los partidos y para su presencia en la escena política del país. Sensibilidad para entender los nuevos fenómenos históricos y capacidad para penetrar cómo se expresan las masas son condiciones fundamentales para abordar la declaración. Esta referencia ha encuadrado los debates a que nos vamos a referir con algún detalle a continuación.

Hay que decir inmediatamente que la discusión ha sido sincera. Que la evolución ante esta com-

pleja cuestión ha ido muy deprisa en nuestro partido; más aún si se piensa en la imagen que ha ofrecido y aún ofrecen hoy mayoritariamente la Iglesia en España, que sigue tan anticomunista bajo sus nuevos ropajes. Ojalá una discusión semejante —la de los comunistas en la Iglesia— avanzara globalmente (incluida la jerarquía en el análisis de la cuestión y en la toma de posiciones), al mismo ritmo que ha avanzado en el partido la cuestión de la militancia de cristianos.

Por lo que se refiere al P.S.U. de Catalunya, se han realizado discusiones sobre la declaración a diversos niveles, desde el Comité Ejecutivo hasta células, pasando por comités locales y comarcales, etcétera... En estas discusiones han participado tanto camaradas cristianos como ateos, y el debate ha sido siempre franco, abierto, libre de prejuicios, aunque ello no ha evitado tensiones, dificultades de comprensión política, hasta posiciones rígidas, tal como vamos a ver.

Es lo que López Raimundo señalaba en el citado tercer pleno ampliado del Comité Central del P.S.U. de Catalunya al indicar que «el Comité Ejecutivo ha participado en la discusión de la declaración en varios comités locales y comarcales, y de acuerdo con los comités locales del partido de Barcelona y otras ciudades ha promovido reuniones amplias de militantes y simpatizantes cristianos para explicarla y divulgarla, en las que se ha constatado la posibilidad de que —a partir de una asimilación cabal de sus planteamientos por todo el partido— vengan a nuestras filas centenares de cristianos catalanes que luchan sincera y decididamente por el socialismo».

En estas discusiones se han puesto de relieve diversas actitudes, tanto por parte de los comunistas ateos como de los comunistas cristianos. Estas actitudes y las reacciones adoptadas en el proceso de la discusión permiten perfilar una tipología de posiciones ante «la cuestión de los cristianos». Pese a los riesgos que supone simplificar lo que son procesos complejos, en evolución incesante y que no cesan de enriquecerse de



acuerdo con la lucha de clases y la vida del partido, vamos a tratar de esbozar tales tipologías.

Podemos agrupar las posiciones de los comunistas ateos en cuatro grupos significativos, que van desde las posiciones más sectarias hasta las de camaradas que han penetrado toda la importancia política e histórica de la declaración para la construcción del partido de masas.

Si hemos seguido este orden metodológico —de las posiciones más sectarias hasta las más abiertas— es simplemente por razones didácticas. Tal como veremos, lo que predomina hoy en nuestros partidos es la comprensión ante el tema, auténticos esfuerzos para evitar todo tic sectario y un reconocimiento profundo de la conveniencia de impulsar esta fusión del movimiento cristiano progresista con el movimiento comunista.

Estos cuatro grupos quedan clasificados como sigue:

1. Los camaradas que ha acogido la declaración con actitud sectaria, que la consideran un «golpe inesperado de autoridad», que tienen telarañas a barullo en su cerebro y no se hallan dispuestos a limpiárselas, que consideran el ateísmo como el pilar de sus convicciones revolucionarias y que de algún modo vienen a decir: «Este no es mi partido, que me lo han cambiado». A ellos, cuando ingresaron, se les exigió prácticamente una declaración de ateísmo, y ahora resulta que los cristianos tienen los mismos derechos y deberes que ellos y hasta pueden llegar a ocupar puestos de dirección. Estos camaradas aceptarían la existencia de cristianos en el partido, pero que se estén calladitos en su rincón vergonzante hasta que se les pase ese sarampión de irracionalidad que es la fe. Se trata de camaradas que se tragaron el «realismo socialista» diciendo amén, que consideran al partido como poseedor de la verdad en filosofía, arte, ciencia, etcétera... En muchos casos son cuadros que vienen realizando trabajo interno durante años y que generalmente han desarrollado un exiguo trabajo de masas. Estos camaradas no admiten ninguna revi-

sión del marxismo-leninismo y aún menos en el campo de la crítica a la religión. Eso de que aparezcan creyentes que hablan como marxistas y discutan con categorías marxistas, les resulta un trago demasiado amargo. Cuando se les dice que el debate sobre la declaración es fundamentalmente «una discusión entre comunistas», fruncen el ceño y en su fuero interno rechazan tal planteamiento. La declaración afecta a su identificación personal —sustancialmente atea— y a la comprensión del partido.

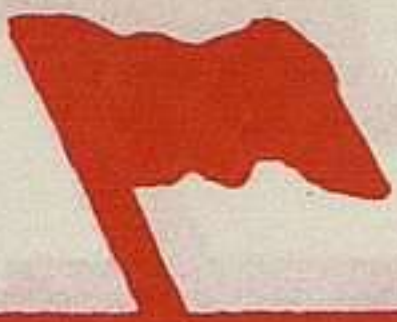
Este tipo de camaradas quedaría reflejado en las reacciones de algunos, que a la hora de debatir la declaración dijeron: «Metamos la declaración en el cajón y vayamos a problemas reales, serios, de fondo», o que, dirigiéndose a los comunistas cristianos que trataban de aclarar tal o cual aspecto, les dijeron con sorna: «¿En nombre de quién habláis, de Cristo?», o «Esto de la fe es una lacra que hay que superar; es como el camarada que llega al partido pegando a su mujer; hay que educarlo, hacerle ver que no puede ser; pues la fe, lo mismo». Insisten en que no les interesa la Iglesia, que lo único importante es el movimiento obrero. Para ellos hay incompatibilidad radical entre ser cristiano y marxista. Y cuando se les trataba de explicar cómo se expresa el cristianismo liberador hoy, ironizaban: «¿De qué cristianismo habláis? Eso no es el cristianismo; vosotros os habéis inventado vuestro propio cristianismo.» Para concluir: «Tú dedícate a hacer lucha profética, que yo haré lucha política.» Según estos camaradas, los cristianos reforzaremos las posibles desviaciones socialdemócratas que acosan al partido y acabaremos constituyendo una corriente ideológica que contribuirá a enterrar el marxismo-leninismo.

Estos camaradas acabaron el debate prácticamente en las mismas posiciones con que lo habían iniciado, sin atender apenas a las informaciones y a los nuevos elementos que se les aportaban. Con actitud inalterable, se consideraban portavoces de posiciones ampliamente difundidas en algunas células. Militantes que no han salido del «ghetto» y que necesitan al

partido, paradójicamente, como la «propia Iglesia» que los pone a salvo de todo error, de toda desviación, que les garantiza la existencia intocable e intangible del materialismo dialéctico y del ateísmo como «necesidad histórica». Se trata, sin duda, de comunistas recalcitrantes que deberán agilizar su gimnasia mental. Generalmente han tenido escasa relación con militantes cristianos de base y muchos de ellos responden al «cuadro intelectual» que en su día resolvió para siempre la cuestión marxismo-religión y que ha permanecido impermeable a los cambios históricos. Su nivel informativo sobre cuestiones básicas para comprender el cristianismo es nula. Y, por ejemplo, no sabían quién es Camilo Torres, ni menos lo habían leído. Nada sobre la evolución de la Iglesia en América Latina. Para ellos, el Concilio Vaticano II es algo así como una sesión de diputados eclesiásticos de menor importancia. Estamos en el punto extremo del rechazo casi visceral de la declaración.

Este grupo supone una minoría que representa fundamentalmente posiciones residuales en la línea mayoritaria de nuestros partidos, cada día menos significativa en la dinámica que nuestros partidos comunistas están dando a esta cuestión. Con lo cual no negamos la necesidad de debatir teóricamente los problemas que impregnan esta reacción más rígida, comprensible en parte, dada la complejidad de la cuestión que afecta a las raíces de la crítica marxista de la religión. Y si nos hemos extendido en el análisis de estos trazos es para que se perciban mejor las diferencias entre un marxismo abierto y un marxismo cerrado y dogmático ante la cuestión cristiana.

Los cristianos debemos entender los antecedentes históricos que explican esta reacción. Estos camaradas han sufrido —nunca mejor aplicado el término— una presión psicológica y política por parte de la Iglesia nacional-católica, en muchos casos por una formación religiosa represiva, por una imagen violentamente beligerante de obispos y sacerdotes, bendiciendo cañones, aplaudiendo detenciones,



perseguidores del pueblo, ellos mismo formando parte del bando vencedor y cobrándose su propio botín de guerra. ¿Cómo no hallar dificultades en el debate después de esta larga experiencia, aun cuando sectores importantes y significativos de la Iglesia hayan iniciado en los últimos años un auténtico despegue de esas posiciones nacional-católicas? Este sectarismo tiene algunas de sus raíces, no pocas de sus razones, ancladas en la responsabilidad de la Iglesia franquista.

2. Los camaradas que al iniciarse la discusión se hallan en actitud también sectaria, inicialmente coincidente en algunos aspectos con la anterior, pero que adoptan posiciones de discusión abierta, que aceptan informaciones, que desean entender cómo se ha podido llegar a un proceso de cambio tal entre los sectores cristianos. Si bien para ellos el ateísmo es también pilar de su convicción revolucionaria, procuran entender la realidad que tienen delante, es decir, la existencia de comunistas cristianos. Estos camaradas avanzan en la comprensión del problema al compás de la discusión, pero tienden a considerarla como una discusión concluida, archivada, una vez hecha. Temen llevarla a la base, debatirla en sus células, les preocupa la reacción de otros camaradas y las dificultades que tendrán para aclarar las cuestiones que ellos mismos tenían al comienzo de la discusión. En una palabra, temen impulsar lo que denominamos «reeducación del partido» ante la cuestión de los cristianos, reeducación que supone esfuerzos a largo plazo y para la que se sienten poco capacitados.

Piensan, y así lo han expresado, que en otro tiempo el militante que entraba en el partido, si aún tenía fe, la perdía al poco tiempo. Y que los actuales comunistas cristianos tardaremos más tiempo quizá, pero que también la abandonaremos; para ellos, esto es incuestionable, responde a la realidad histórica que se explica simplemente por «el materialismo histórico y el materialismo dialéctico». Se expresan respetuosos con las diversas cuestiones que plantea la declaración, pero no

acaban de entender su importancia para la construcción del partido de masas. Tienen también una visión sumaria de la Iglesia y consideran la fe inevitablemente como «opio del pueblo», como vehículo de valores retrógrados: obediencia, resignación, moralismo estrecho, etcétera... Dicen: «Bueno, en esta etapa seguramente tenemos que contar con cristianos en el partido, pero cuando construyamos la sociedad socialista entonces poca broma, entonces la sociedad atea, el Estado ateo, la enseñanza atea.» A lo que otro camarada ateo les dijo: «¿Y cómo harás para que la sociedad socialista sea atea? ¿Por narices? ¿Imponiendo el ateísmo a la fuerza?» A lo que nuestro camarada no respondió.

---

### SUPERAR UNA HERENCIA IDEOLÓGICA

---

3. El tercer grupo está formado por camaradas bien dispuestos a aceptar la declaración, que captan algunos aspectos de su contenido, que la valoran y consideran oportuna, que están dispuestos a impulsar su difusión y debate en el seno del partido y que consideran necesario «reeducar al partido» ante esta cuestión. Su actitud es sustancialmente positiva, pero tienen tendencia a no profundizar los problemas que conlleva la declaración, les parece que todo irá como una seda, que la presencia de cristianos comunistas será aceptada en plano de igualdad, sin más dificultades, que el asunto va por sí mismo y tienden a marginar los problemas ideológicos e incluso políticos que se hallan planteados en torno a esta cuestión.

La experiencia de estos camaradas con militantes cristianos ha sido positiva; en muchos casos llevan años luchando juntos en la fábrica, han convivido en la cárcel, se encuentran con ellos en manifestaciones. Explicaban que algunos camaradas cuando se sinceran dicen: «Ves a saber si nuestros camaradas de lucha creen o no creen del todo en Dios» y «Mira, tantas compañeras de camaradas

que son creyentes y los hemos ridiculizado porque tenían en la casa una imagen o una Santa Cena».

Estos compañeros apoyan la declaración, pero no acaban de penetrar la importancia del debate para la construcción del partido de masas, no inciden en las nuevas dimensiones que se abren a partir de él. Y la cuestión aludida al final del texto —«el fenómeno descrito nos hace avanzar en el desarrollo de la teoría y de la práctica marxista»— queda como un aspecto marginal, se pasa a su lado sin ahondar en todas sus consecuencias. Podríamos decir que entre estos camaradas hay una cierta esclerosis respecto al hábito de discusión política e ideológica, que están dispuestos a aceptar cuanto venga de renovador y dinámico por parte de la dirección, pero que ellos no se sienten parte activa y protagonista de los cambios que se abren. De todos modos, quienes tienen esta actitud avanzan positivamente en las discusiones, se interesan por todos los problemas expuestos y no temen seguir adelante. Han comprendido lo fundamental de la nueva posición.

4. En el cuarto grupo podemos incluir los camaradas ateos que han entendido la importancia que la declaración tenía para la construcción del partido de masas. Se han movilizado activamente para que ésta fuera discutida y entendida a todos los niveles del partido. Han animado las discusiones sin temor a cuestionarse sobre los aspectos que otros camaradas consideraban intocables. Expresan una gran sensibilidad por los nuevos problemas que se abren ante el partido y perciben desde hace tiempo la importancia y las consecuencias de las corrientes socialistas en el seno de la Iglesia, no sólo han «aceptado» las cuestiones que abre la declaración, sino que las han ampliado, han alentado el debate tan a fondo como era posible, se han sentido plenamente responsables de llevar adelante el proceso de discusión abierto, han asumido su papel protagonista de militantes que participan en toda la política del partido.

Sin rehuir las contradicciones y los diversos problemas ideológicos



que plantea la declaración, han procurado que la comprensión política de la misma alcanzara al conjunto del partido. Han entendido qué quería decir que esta declaración «supone el fin del monopolio del ateísmo en el partido» y se hallan en actitud de mantener abierto un debate que evidentemente no puede quedar concluido ni zanjado en una o dos discusiones. Conscientes de que aún acarreamos una «pesada herencia» que debemos liquidar para lograr que el partido de masas sea una auténtica «caballería ligera» en el proceso de construcción de una nueva sociedad, perciben la importancia que una determinada «concepción del mundo», herencia especialmente de la era estalinista, ha dejado en la mentalidad de muchos camaradas y cómo esa herencia, esa «concepción del mundo» los impide abordar las nuevas realidades de la hora presente.

Han entendido que ciertas «señas de identidad» que daban seguridad al militante comunista que vivía en el «ghetto» van perdiendo su sentido histórico y que la conciencia colectiva del partido debe enfrentarse valerosamente con las consecuencias de lo que denominamos «proceso de autocritica», proceso que no es una ligera ventolera que haya de llevarse tales o cuales hábitos organizativos de menor importancia, sino que debe ser un proceso profundo, que alcance a las cuestiones políticas e ideológicas que impiden poner el partido al nivel de la hora presente. Estos camaradas consideran que se trata de superar una herencia ideológica que constituía justamente el armazón de las relaciones de muchos militantes con el partido, con lo que ellos entendían como conciencia colectiva de la nueva humanidad, conciencia colectiva del proletariado en lucha, conciencia colectiva que sólo podía expresarse a partir de una concepción del mundo atea, basada en un difuminado materialismo dialéctico escasamente conocido pero razón de ser de todas las verdades poseídas. Ante esta realidad, este grupo de camaradas trabaja para que el debate sobre la cuestión de la militancia de los cristianos constituya la oportu-

nidad histórica de avanzar decisivamente —sin triunfalismos, pero con firmeza, sin violentar a nadie, pero con constancia— en la superación de aquella herencia.

Estos dos últimos tipos constituyen seguramente los grupos más numerosos en nuestros partidos. Puede constatarse viendo la dinámica y rapidez que esta cuestión ha adquirido tal como hemos indicado al inicio del análisis de las tipologías. Gracias al predominio de estos grupos se está acelerando el debate marxismo-cristianismo en el partido, un debate desarrollado con horizontalidad e igualdad, un debate leal. Esto no se ha expresado tan sólo por la determinación de elegir en plena igualdad a puestos de dirección a comunistas cristianos, sino *por la forma* en que se está llevando adelante el debate. Debate político, sin renunciar a profundizar en sus aspectos teóricos, pero basado en una plena fraternidad de lucha por una causa común.

---

## ENTRE LOS COMUNISTAS CRISTIANOS

---

Entre los comunistas cristianos el nivel de comprensión del debate que estamos comentando es también diverso. En primer lugar, destaquemos que en unos meses, desde que se elabora y publica la declaración (febrero de 1975) hasta hoy, el nivel de conciencia sobre el papel y la importancia de la misma ha avanzado notablemente en el conjunto del partido. Este hecho es fundamental para comprender la libertad de crítica y la confianza con que los comunistas cristianos han podido abordar la discusión con los camaradas ateos. Poco a poco se ha ido viendo —y en este punto han contribuido de forma decisiva los camaradas que hemos agrupado en los «tipos» 3 y 4— que no se trataba tan sólo de subrayar los aspectos más relevantes de la declaración, de facilitar su comprensión para el conjunto del partido, de ayudar a entender los aspectos organizativos que se señalan, es decir, el acceso a los

puestos de dirección. Se trataba de una discusión a más largo alcance. En primer lugar, ha habido que dejar bien claro desde el principio que la discusión que se abría era una *discusión entre marxistas*, no entre comunistas y cristianos. Todos comunistas, todos luchando en un mismo partido, los comunistas cristianos han asumido hace tiempo el marxismo como medio para conducir el proceso revolucionario y el materialismo histórico como ciencia que les ayuda a reinterpretar la fe a partir de la opción socialista. Una vez aceptadas las contradicciones que se plantean en torno a «materialismo dialéctico-fe» y evitando simplificaciones sumarias, la discusión bien orientada permite avanzar políticamente en la cuestión clave del partido de masas. El sentirse en plena igualdad, con los mismos derechos y deberes, como un militante más, la superación del tratamiento «revolucionario de segunda» por causa de la fe, el reconocimiento público y expresivo del valor liberador de la fe revolucionaria, la legitimación de su presencia en el partido, ha ido elevando la conciencia militante de los comunistas cristianos.

La intuición —si así podemos denominarla— vivida desde hace años por algunas minorías de creyentes que obstinadamente vienen luchando por la construcción del socialismo convencidos de que la fe no es un obstáculo para ello, intuición que ahora ha quedado legitimada por la importancia creciente de las corrientes socialistas en el movimiento católico, por una parte, y por las declaraciones del P.C.E., del P.C. de Euzkadi y del P.S.U.C., por otra, pasaba al nivel de realidad histórica vivida colectivamente, en unión plena con todos los camaradas y con todas las fuerzas en lucha por el socialismo.

Ahora bien, entre los comunistas cristianos también hay quienes no han acabado de penetrar la importancia y el alcance de la declaración. Algunos han dicho «que les sobraba la declaración». Añadiendo: «El partido siempre ha aceptado militantes cristianos; no era necesaria una declaración tan solemne.» Consideran que las cosas ya van por buen camino y que por



mero empirismo ya se resolverá el contencioso comunistas-cristianos. Casi, casi, les sobra la reflexión teórica en torno a esta cuestión.

Estos camaradas aceptan las contradicciones que se dan en su militancia como comunistas cristianos, pero las relegan al nivel de lo privado, a su propia conciencia individual, consieran que tales contradicciones son cosa propia y no patrimonio común. No penetran los aspectos dialécticos de tales contradicciones, sino que las aceptan de forma pasiva y se limitan a secundar las tesis de Lenin, sin impulsar suficientemente los elementos dinámicos del hecho nuevo que supone aceptar en el partido a los cristianos con su fe. Consideran que la «auténtica militancia» se hace en la vida de célula, en el trabajo de fábrica o estudiantil, particularmente en el movimiento obrero y la posibilidad de incidir en la Iglesia y en las masas cristianas para que éstas evolucionen hacia la construcción de la democracia y del socialismo les parece un trabajo vano, políticamente inútil, a veces inviable, dadas las dificultades para transformar una Iglesia institucional vinculada a una tradición reaccionaria y conservadora.

Por otra parte, estos camaradas tienen más sensibilidad para las oportunidades organizativas que ofrecen las instancias de Iglesia —es decir, las posibilidades de reclutamiento de militantes, las tareas de proselitismo, etc...— que para la posibilidad que hay de exponer en ella abiertamente la política de nuestro partido, ampliando así nuestra credibilidad democrática en los medios cristianos.

Más acostumbrados todavía a vivir en estado de «ghetto» en la sociedad y en la Iglesia que a salir a la superficie, olvidan que en esos momentos —y pese a las dificultades existentes, sea por el anticomunismo de la institución eclesial, sea por las tendencias izquierdistas predominantes en ciertos grupos cristianos de base— en determinadas instancias de Iglesia existe la posibilidad de abrir netamente una discusión sobre la política del partido. En ellas hay no pocos cristianos —esos demócratas convencidos a que nos hemos

referido, muchos de ellos orientados hacia el socialismo— preocupados por la actual situación del país, que se interrogan por el futuro y desean conocer las diversas opciones políticas existentes del centro-izquierda en adelante.

Así el proselitismo, tarea de todo militante, será el resultado de una política de gran alcance en estos medios y no mero resultado del empirismo de contactos y de relaciones cotidianas siempre necesarios, pero insuficientes. Así, también, contribuiremos de forma eficaz al desplazamiento de amplias masas cristianas hacia la construcción del socialismo en una perspectiva pluralista, tal como corresponde a la visión histórica que tiene el partido del fenómeno que estamos abordando.

Todo lo cual se va entendiendo por parte de nuestros partidos que impulsan esta orientación política con claridad y decisión. Y así en los mítines que ha venido celebrando el P.S.U.C. con motivo de su cuarenta aniversario, después de abordar este tema, lo mismo en Terrassa que en Horta o en Cornellà, todos hemos gritado al unísono convocando: «¡Cristiano, hazte del P.S.U.C.!»

## A MODO DE RESUMEN

Tratando de hacer un primer estado de la cuestión, podemos resumir ahora algunos puntos fundamentales para la calificación y prosecución del debate sobre la militancia de cristianos en el partido tal como la entienden las tres declaraciones del P.C.E., del P.C. de Euzkadi y el P.S.U.C., de acuerdo con lo expuesto hasta ahora.

1. En los lugares en que ha habido un movimiento de masas en el que los cristianos han participado de forma activa desde hace años, los camaradas ateos tienen menos dificultad para aceptar la declaración. La historia vivida ha facilitado la discusión, ayudando a desbloquear posibles rigideces al inicio del debate. Con ello no queremos decir que los problemas ideológicos estuvieran resueltos; pero la

comprensión política era más elevada que en aquellos lugares en que los camaradas no habían encontrado a su lado núcleos cristianos militantes. Este dato es fundamental, pues a la declaración se ha llegado precisamente después de un largo proceso de convergencia en la lucha, tal como hemos expuesto al principio del artículo. Esa práctica, la unidad creada en la base a partir de la lucha, el haberse encontrado comunistas y cristianos en huelgas, manifestaciones, en las cárceles y en las diversas instancias de lucha con las que se ha ido dotando el movimiento obrero y popular están en el origen más profundo de la movilización de los cristianos, que han optado claramente por el socialismo y en su decisión de militar en nuestro partido.

Una historia de luchas conjuntas, de unidad en la base, de convergencia a partir de la práctica y no tan sólo un diálogo intelectual, se halla, pues, en el origen de la declaración. También, por supuesto, el avance en la discusión teórica que ha tendido a desplazar falsos dogmatismos, tanto del lado cristiano como del marxista. Pero para entender este diálogo hay que analizarlo en su articulación con las luchas desarrolladas en la base a que nos acabamos de referir. Sin quitar el valor que haya podido tener el diálogo católico-marxista, entendido como confrontación intelectual, el fenómeno que estamos abordando difícilmente habría alcanzado la amplitud que tiene sin él ese amplio proceso de movilización popular que ha conducido a amplios sectores cristianos a participar en la larga lucha de resistencia al franquismo.

Por ello, algunos camaradas de formación más ideológica que teórica y que han percibido el cristianismo más como una ideología que como una realidad social cambiante en la historia del franquismo, tienen más dificultades para asimilar y entender la declaración. Ellos son los que a veces expresan las posiciones más rígidas.

2. Las declaraciones son esquemáticas por su propia naturaleza. Algunos camaradas las consideran pobres de elementos teó-



ricos, ideológicos e incluso políticos y reclaman más información, más elementos de análisis, ampliar el debate. Por ejemplo, ¿cuáles son los elementos, los trazos básicos de este cristianismo compatible con el marxismo, este cristianismo que se señala como no alienante, no idealista y liberador? ¿Cuál es la actual situación de la Iglesia en España, qué corrientes existen, cuál es su correlación de fuerzas, qué papel político juega cada una de ellas, etc.? ¿Qué ha supuesto, en tanto que cambio de la Iglesia universal, el Concilio Vaticano II?

3. Hay diversos aspectos de la cuestión que aparecen oscuros y se reclama una mejor fundamentación teórica. Por ejemplo, la posibilidad de ser cristiano y marxista. Muchos camaradas aceptan que un cristiano puede ser comunista, militante del partido, pero no *marxista*. Consideran radicalmente incompatible el cristianismo con el materialismo dialéctico, con lo que para ellos constituye la «concepción marxista del universo». Les resulta incomprensible el hecho de que la fe pueda fortalecer la militancia y viceversa, que la militancia refuerce la vivencia de la fe. Consideran que la fe es algo que irá pasando —«sarampión»— y que se superará a medida que el militante se vaya formando adecuadamente en la ideología marxista. Tarde o temprano será así. Para ellos, el materialismo marxista va necesariamente ligado al ateísmo. Constatan que para los clásicos del marxismo —aunque no elaboraran una teoría filosófica explícita del marxismo— era connatural una cosmovisión atea. Eso de que los cristianos apliquen el materialismo histórico a la lectura de la Biblia y que hoy exista una corriente teológica que se basa precisamente en una lectura materialista de la Biblia les resulta un galimatías que va más allá de sus esquemas mentales y de las referencias que tienen del cristianismo.

4. En algunos sectores del partido se ha expresado la integridad de la ideología marxista, como consecuencia del debate. En ese sentido algunos cuadros expresan su preocupación por las consecuen-

cias que tendría llevar la discusión a la base. Piensan que iniciar una discusión abierta con contradicciones que no se zanján en un día puede crear confusión y tensiones entre los militantes. Otros se interrogan sobre la oportunidad de llevar esta discusión *ahora*, cuando otros problemas ocupan las energías de los militantes. Estas posiciones pueden provocar una cierta disociación entre cuadros y base en torno a esta cuestión, hipotecando el alcance de nuestra política. Por otra parte, hay que evitar la mera aceptación de la declaración por argumento de autoridad, al que a veces tienden ciertos camaradas para no entrar en los problemas políticos e ideológicos que comentamos.

5. Algunos camaradas formulan la cuestión de forma más amplia, preguntándose si todos los militantes del partido han de ser marxistas en sentido estricto. Es decir, ¿pueden entrar en el partido tan sólo los cristianos que han reformulado su fe articulándola con su asimilación del marxismo o caben también cristianos partidarios de una democracia avanzada, más bien socialistas utópicos, pero que tienen una idea clara del compromiso político y que están de acuerdo con la línea del partido? Este aspecto de la cuestión abre una perspectiva nueva al debate, ya que impulsa y amplía la dimensión política del mismo, tal como hemos señalado más arriba, al analizar la influencia de nuestro partido entre las masas cristianas que han participado en la resistencia al franquismo.

Al adquirir esta perspectiva se evita un planteamiento meramente ideológico en torno a cuestiones tales como el debate marxismo-cristianismo y su vertiente del «diálogo» institucional, la reformulación de la fe, el sentido histórico de la nueva teología de la liberación, la discusión sobre «qué es la fe», sobre su relación con el idealismo y con el espiritualismo y si es posible o no su compatibilidad con el marxismo, etc. El debate en el seno del partido debe abordar estos aspectos de la cuestión distinguiéndolos convenientemente en el análisis

propriadamente ideológico, pero teniendo buen cuidado de situarlos siempre en la lucha política por la democracia en España, en la actual coyuntura del hundimiento del franquismo; teniendo presente no tan sólo el fenómeno del cristianismo, sino todo lo que ha supuesto y supone la Iglesia en la sociedad española pasada y presente.

Las cuestiones abiertas son muchas y de una gran riqueza política, teórica e ideológica. La convergencia de comunistas ateos con comunistas cristianos no es un simple fenómeno de agregación de fuerzas. Conlleva un cúmulo de elementos, problemas, contradicciones, pero, sobre todo, de potencialidades históricas que, tal como dice la declaración del P.C.E., lo importante es que «viene a reforzar el frente de la lucha de clases y a abrir perspectivas más claras de victoria a los oprimidos». El mutuo conocimiento, fraguado en la lucha, está labrando ya rasgos de ese futuro hombre nuevo que percibimos en el horizonte.


---

## HACIA LA SUPERACION DE UN LARGO CONTENCIOSO HISTORICO

---

Si entendemos la declaración en esta perspectiva abierta, sin temor al debate, se abren nuevas perspectivas para la discusión en el seno del partido, orientándola hacia el partido de nuevo tipo capaz de construir el socialismo en la democracia. Se trata de situar la discusión no tan sólo en una perspectiva de liquidación de dogmatismos y de sectarismos todavía renqueantes en algunos sectores de nuestro partido, sino en una perspectiva mucho más dinámica de *movilización de energías* que históricamente han estado marginadas de la construcción del socialismo como consecuencia de concepciones rígidas sobre qué es o debe ser el partido, sobre el papel de las masas en la construcción de una nueva sociedad, sobre tantas cuestiones que directa o indirectamente quedan afectadas por la declaración.

Algún camarada ha dicho que



esta declaración supone el fin del monopolio del ateísmo en el partido. Creo que esto es cierto. Pero decir esto no supone tan sólo renunciar a la comodidad que nos daba contar con una «Teoría» y una «Ciencia» que ofrecían el seguro armazón teórico-ideológico, «Teoría» que nos explicaba todos los eslabones que conducen a la Revolución; no supone tan sólo aceptar cierta inseguridad teórica que nos coloca aparentemente en posición más débil ante la Historia. Esta inseguridad, esta aparente fragilidad puede ayudarnos a penetrar mejor los signos históricos que conducen y hacen avanzar hacia el socialismo aquí y ahora, al habernos liberado de ciertos «ghettos» retóricos y de ciertos manuales simplistas que deberíamos abandonar definitivamente. Si afirmamos una y otra vez que son las masas las que hacen la historia, debemos sacar todas las consecuencias que se desprenden de esta afirmación fundamental. Pues la historia no es una y otra vez que son las masas las bonados según una rígida cronología perfectamente encajada en la matriz de dogmatismos decididos de una vez para siempre.

Así pues, asumir en plano de auténtica igualdad la presencia de cristianos en el partido no supone aceptar militantes que además de estar entregados a la lucha llevan consigo un sarampión que se llama fe y que ya se les curará. No supone aceptar militantes que tienen una «tara de irracionalidad» alienante, pero que, en la medida en que no es obstáculo para la lucha, se tolera pacientemente en espera de que los cambios en la infraestructura económica liquiden la existencia de esa carencia prometeica, liquiden ese «opio del pueblo», liquiden esa búsqueda infantil del hombre que edípicamente trata de hallar refugio en un ser superior inexistente. Plena igualdad supone aceptar que trabajamos codo a codo comunistas ateos con quienes, comunistas también, creemos que la creencia perdurará a través de la historia con la esperanza de que esa creencia será fermento de transformación social que irá recuperando su fuerza profética originaria, que será plataforma capaz

de lanzarnos hacia la construcción de una nueva sociedad y de un hombre nuevo, que recuperará su expresión primigenia de lucha por la justicia y por la igualdad. Supone aceptar que en las raíces que nos han llevado a optar por el proletariado se halla, por supuesto, un análisis marxista de la realidad histórica, pero también muy honradamente una inspiración evangélica que nos ha impulsado a luchar por la liberación de una humanidad hambrienta de fraternidad y justicia. Y que esa humanidad sólo se reconocerá en el socialismo, en la suprema democracia.

Al mismo tiempo, los cristianos debemos reconocer el papel positivo del ateísmo en la evolución desalienante de la religión. Seguramente sin la crítica marxista de la religión no tendríamos la concepción actual de la fe liberadora. El proceso de maduración de esta fe liberadora se ahinca sin duda en la participación de los cristianos en la lucha de clases. Pero cuenta también con la gran interpelación histórica que ha supuesto la crítica marxista de la religión que arranca en Marx y Engels y que tiene en todo el marxismo contemporáneo un desarrollo de gran trascendencia. Es cierto que las raíces de esta crítica se hallan ancladas en una percepción sociológica de la religión cristiana tal cual se expresaba a mediados del siglo pasado. Pero si aceptamos que la tradición cristiana se extiende en el tiempo y en el espacio, hemos de constatar que los cristianos se han visto reflejados en esa crítica «tal como eran» y que sin ella no hubieran iniciado la búsqueda apasionada y profunda de una expresión de la fe, de una proclamación de la Palabra que fuera en el sentido de la liberación de la humanidad, tal como se expresó en sus orígenes.

Pues los cristianos comunistas no somos heterodoxos en el partido y en la Iglesia a un tiempo, sino que al asumir nuestro papel de comunistas y cristianos contribuimos a la lenta y dolorosa superación del largo contencioso histórico que ha enfrentado durante más de un siglo marxismo y cristianismo, y de forma más precisa las Iglesias

cristianas con el movimiento comunista internacional.

Esta es la experiencia que estamos viviendo: la acelerada convergencia de comunismo, cristianismo y socialismo. Cuando este proceso culmine no habrá quien detenga el paciente avance de construcción del socialismo en la democracia. Este es el fenómeno en el que nos hallamos comprometidos y en el que nuestro partido está cumpliendo, una vez más, papel de vanguardia y —yo me permitiría decir— de profeta de la historia. De profeta científico que no ha renunciado a la esperanza de la utopía. La gran esperanza de los hombres —creyentes o no— que estamos a favor de una sociedad sin clases, contra toda explotación del hombre por el hombre.

**Alfonso C. COMIN**

LA UNICA FORMA  
RECIBIR  
ES SUSCRIBIRSE

EN EL PROXIMO NUMERO

LA CUESTION DE LAS NACIONALIDADES

EL PROBLEMA AGRARIO

HACIA UN CODIGO DE LOS TRABAJADORES

LA REFORMA DE LA ADMINISTRACION DEL ESTADO

LA CUESTION SINDICAL EN EL PERIODO DE TRANSITO

LA SANIDAD Y LA SEGURIDAD SOCIAL



LA UNICA FORMA SEGURA DE

RECIBIR *Nuestra Bandera*

ES SUSCRIBIRSE

## Lucha ideológica y cultura popular. Valeriano Bozal

# Valeriano Bozal

## Lucha ideológica y cultura popular

El cambio de las condiciones políticas incide de forma decisiva sobre el papel del intelectual y las posibilidades de alcanzar una verdadera cultura que no sea un mero populismo. En los momentos actuales no parece suficiente con limitarse a una actitud solidaria o, siquiera, a un planteamiento de crítica y denuncia. Es posible, y necesario, iniciar ya la construcción de una alternativa que, en todos los órdenes, ponga al orden del día la hegemonía del proletariado.

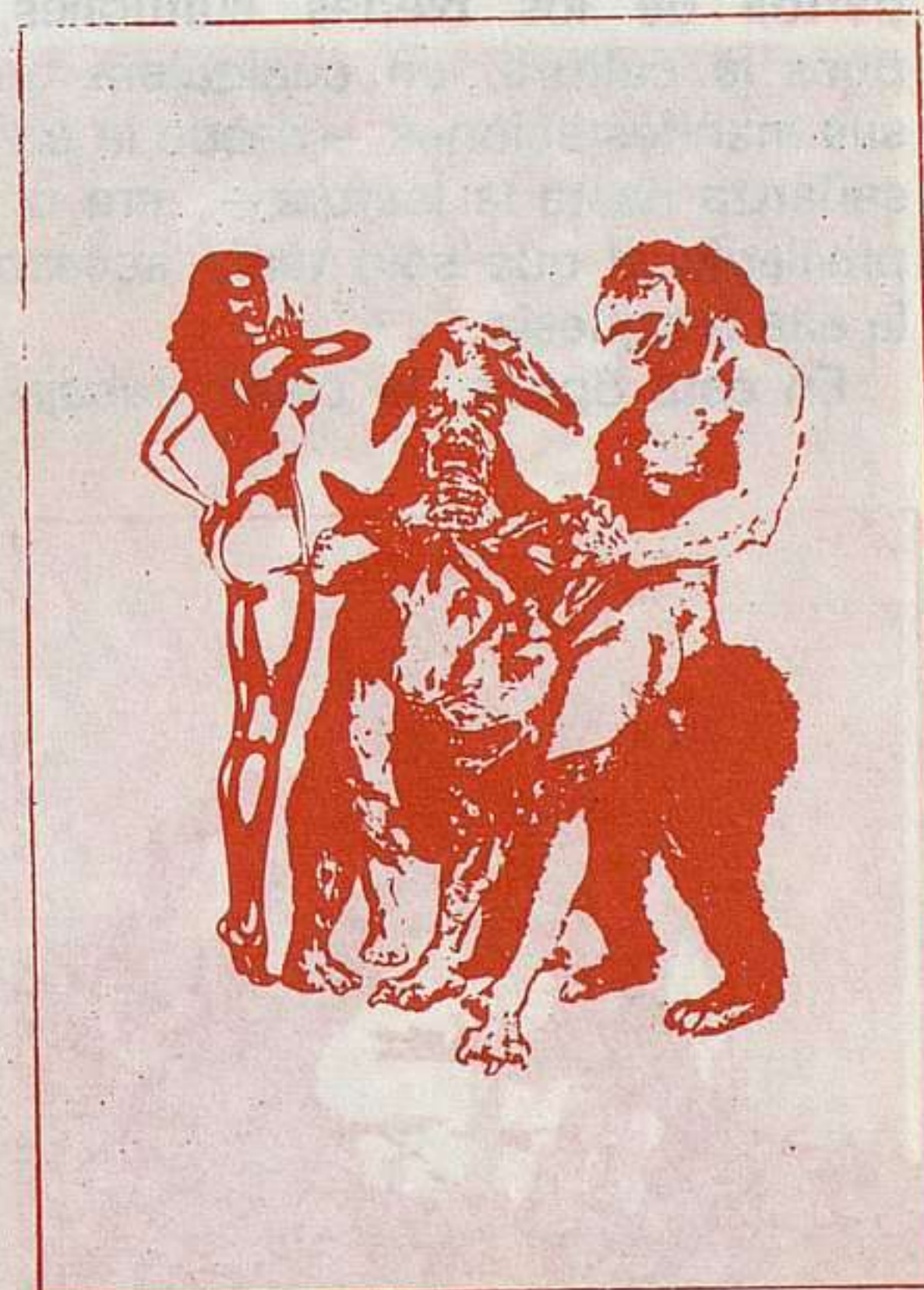
Una alternativa cultural no es, de ninguna manera, un planteamiento utópico e irrealizable. Ha de insertarse en la práctica, en el movimiento de lucha y poniendo en juego el problema del poder. Ello exige revisar profundamente no sólo el papel, sino también el lugar de los intelectuales, a fin de configurar unas verdaderas fuerzas de la cultura.

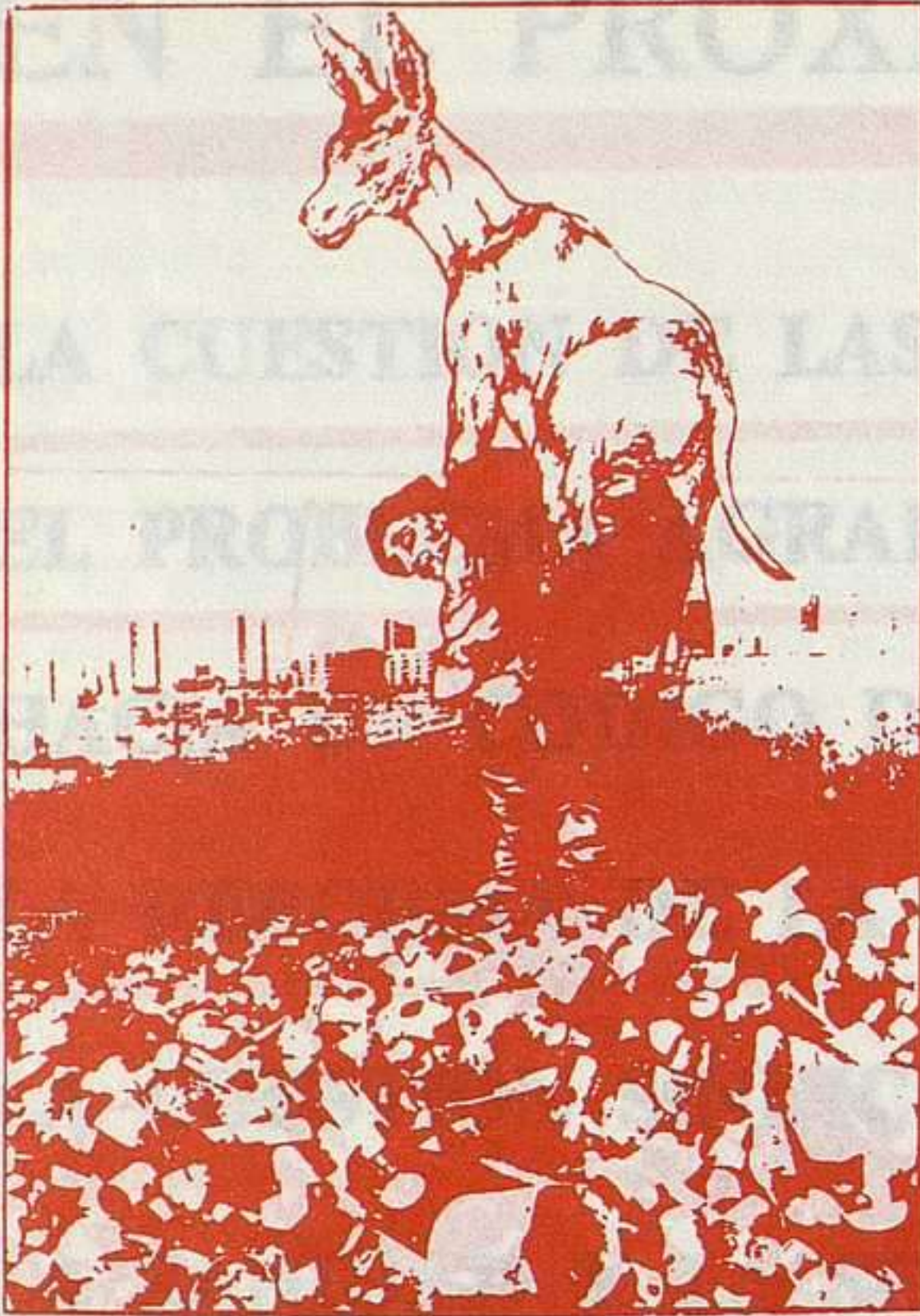
En un período de tiempo relativamente corto, la vida del país se ha transformado. Por una parte, los homenajes a artistas e intelectuales víctimas de la Dictadura — Miguel Hernández, F. García Lorca, C. Ràhola, etc. —, han supuesto movilizaciones multitudinarias reclamando las libertades. Por otra, en un plano muy distinto, la aparición de revistas y publicaciones de nuevo tipo ha puesto al orden del día un debate ideológico que durante muchos años estuvo anquilosado y coartado, cuando no rigurosamente prohibido. La aparición de *El cábaro*, *Negaciones*, *Teoría y práctica*, *El viejo topo*, *Intervención* —sumadas a las ya existentes, *Sistema*, *Zona abierta* y *Teorema*—, junto a las que se anuncian, ofre-

cen un panorama optimista. Cabe esperar que con ellos el debate se enriquezca en forma considerable, alcanzando niveles muy superiores al pasado. También cabe esperar que las posiciones de unos y otros se decanten, puesto que las condiciones políticas, culturales e ideológicas son bien diferentes.

No obstante, sería utópico pensar que todo está hecho. Casi todo está por hacer y las estructuras culturales e ideológicas impuestas por el franquismo siguen en su mayoría en pie.

Durante cuarenta años, la Dictadura ha intentado aniquilar cualquier cultura popular y de clase. Inicialmente por medio de la represión declarada. Después, por procedimientos a veces más sofistica-





dos —aunque no siempre— que no excluían la censura y el control de la producción cultural. Durante cuarenta años los contenidos culturales e ideológicos tendían a consagrar una cultura elitista y minoritaria que, si en los primeros años del franquismo se presentaba como una afirmación fascista, en los posteriores cultivó los tópicos del capital monopolista. Este elitismo se completaba con el desigual «reparto» de los bienes culturales, pues la cultura, en cualquiera de sus manifestaciones —desde la enseñanza hasta la lectura—, era un privilegio al que sólo tenía acceso la alta burguesía.

En esta óptica, la clase trabaja-

dora sólo tenía derecho a formas degradadas, subculturales, destinadas a mantener la integración y el control mediante la extensión de pautas de comportamiento y concepciones acordes con los valores de la Dictadura.

Naturalmente, en una perspectiva semejante, la clase trabajadora estaba excluida de la producción cultural. En el mejor de los casos, su papel era pasivo y de asentimiento. Sin embargo, el movimiento ciudadano y de los trabajadores ha ido arrancando, poco a poco, parcelas de intervención. La lucha por el movimiento asociativo, por la constitución de clubs juveniles, la lucha en las barriadas y en el seno de los movimientos profesionales, cada vez más fuerte, ha implicado la aparición de embriones de una producción cultural nueva, todavía incipiente y poco perfilada, pero ya prometedora.

A lo largo de esos cuarenta años, el papel del intelectual podía ser difícil, pero era claro. Una y otra vez, en su actuación civil, en sus obras, con su comportamiento, ha rechazado la opresión y la Dictadura. Hasta tal punto ha sucedido así que casi siempre intelectual y antifranquismo se han perfilado como términos sinónimos. Algunos historiadores afirman que el régimen de Franco no ha sabido tratar a los intelectuales, y que éste ha sido uno de sus errores más lamentables. Yo no creo que haya sido un error, sino el resultado necesario de su misma naturaleza. Tras el hundimiento del fascismo y el nazismo, en 1945, el Régimen fue perdiendo cualquier iniciativa ideológica que pudiera haber tenido, y la actividad intelectual, por el hecho de existir, era ya sospechosa: podía poner en cuestión la Victoria, el poder personal, la corrupción... «Cercadlos por hambre», llegó a decir Sánchez Bella.

La mayor apertura del Régimen, una vez enterrados, sin pompas ni honores, los fantasmas del inicial fascismo, no iba más allá de una idea pedestre: política de hechos. Las afirmaciones de Gonzalo Fernández de la Mora —a quien durante mucho tiempo se consideró la promesa ideológica del franquis-

mo— son verdaderas por lo que a él respecta: no *las* ideologías, pero sí *su* ideología había muerto. Los escritos con que nos torturó eran los pellejos de ese cadáver.

La muerte afectó profundamente a la «inteligencia» del franquismo. El intelectual del Régimen la perdió toda, si es que alguna vez la tuvo, dedicado, como estaba, a la apología. El resultado fue explícito. No era preciso hablar de intelectuales de la oposición: ser intelectual era ser de la oposición. El ministro Arias Salgado lo supo bien. Dueño de todos los resortes del poder, tembloroso ante la palabra cultura, distribuyó prebendas, hizo de sus intelectuales (?) funcionarios y censores, amenazó y reprimió, esterilizó. Bien lo supieron Fraga Iribarne y Sánchez Bella, no lo olvidó León Herrera.

Rechazar la Dictadura, establecer un lazo de solidaridad con el proletariado, contribuir a la devolución de la enajenada voz de la conciencia colectiva, tales eran las tareas iniciales del intelectual. Con ellas afirmaba su existencia y su dignidad. Pero ellas no fueron las únicas.

En los años cincuenta, la solidaridad se convertía en la afirmación de una cultura popular y democrática. Ahora bien, ese proyecto no pudo pasar nunca de la afirmación. Una cultura popular y democrática no es cosa que el intelectual pueda hacer por sí solo. Necesita interlocutores. Necesita unas condiciones que entonces no existían: poder enraizar con la clase obrera, con el movimiento ciudadano y popular. Los modelos teóricos y poéticos no pasaron nunca de ese nivel modélico y, como tales, deben ser analizados hoy día, estudiados sus éxitos y sus fracasos. El pueblo estaba prohibido, sólo se podía hablar *en su nombre*.

Este intercambio entre representantes condujo a una polémica muchas veces estéril —perceptible en la vida cultural de los sesenta a través de las disquisiciones entre el marxismo y el estructuralismo, el nihilismo y el pensamiento analítico, coartadas de una discusión más profunda y sólo insinuada sobre las relaciones entre la teoría y



la práctica—, y, en segundo lugar, a una penuria teórica de la que constantemente se intenta escapar.

En el momento actual el panorama empieza a ser bien diferente. Un hecho decisivo marca esta nueva situación. A lo largo de los últimos meses, el impulso ciudadano y popular ha conquistado una libertad de que antes carecía, la enajenada voz popular ha vuelto a oírse y la clase trabajadora habla ya en nombre propio. Ello ha alterado sustancialmente las condiciones en que la producción cultural venía haciéndose. A la vez, nuevas necesidades se han puesto al orden del día. Si durante muchos años del franquismo, uno de los aspectos fundamentales —sino el más importante— era la denuncia de la situación, de la represión, en una manifestación de solidaridad con el proletariado, ahora parece ya necesario entrar en una alternativa global a lo establecido. Una alternativa en todos los órdenes, en el de la enseñanza, la sanidad, los profesionales, ...el Estado. A través de este proceso, la clase trabajadora afirmará su hegemonía.

Si las condiciones en que puede hacerse la producción cultural han cambiado, también han cambiado los objetivos de esa producción. Parece posible empezar a superar el límite de la *afirmación* de una cultura popular y democrática e iniciar su construcción. Lo que hasta ahora venían siendo afirmaciones, empiezan a llenarse de contenido. Hasta ahora, el factor negativo, el antifranquismo, predominaba sobre los positivos. A partir de ahora debe ser a la inversa. El movimiento de la clase trabajadora marca la pauta en este sentido. Es la práctica misma de la lucha de clases la que perfila las alternativas más allá del antifranquismo, el antifranquismo se da por añadidura en esta creación de nuevos embriones políticos y culturales a que estamos asistiendo.

Una política cultural realmente democrática persigue, en primer término, un objetivo muy claro: incorporar activamente a la vida cultural y artística a quienes sistemáticamente han sido marginados, los trabajadores. No es problema de *difusión*, es un problema de

*producción*. Esto no es una afirmación apriorística, han sido los mismos trabajadores los que se han encargado de ponerla de relieve.

El desarrollo económico de los años sesenta trajo como consecuencia, especialmente en los núcleos urbanos (y no en todos), la aparición de una industria de la cultura y un mercado que, en relación a la década anterior, podemos calificar de floreciente. El mercado es el medio básico en que, en la sociedad burguesa, se objetiva y realiza socialmente la fuerza de trabajo, y la fuerza de trabajo intelectual no escapa a esa condición. A primera vista, el mercado supone la igualdad de todos los individuos, pues todos pueden acceder a él, todos son ciudadanos; en realidad, es un sistema de selección que rápidamente distingue dos tipos de receptores para dos tipos de cultura: la élite para la alta cultura y las masas para la subcultura. De la misma forma, el mercado se plantea como un medio neutral para la realización de la cultura: ante ella todos son ciudadanos sin distinción. Pero en realidad, ofrece como neutral lo que es cultura de clase, y, lo que es más importante, impidiendo el acceso a los bienes culturales a una clase, el proletariado, elimina toda la posibilidad de construir una cultura en su perspectiva. El mercado aparecía como el medio por excelencia del intelectual orgánico de la burguesía —para utilizar la terminología de Gramsci—, pero no del proletariado. Con su sola presencia consolidaba la pretensión pequeño-burguesa del intelectual universal, por encima de las particularidades y las clases, por encima de los enfrentamientos y la lucha de clases. Esa pretensión, que tenía ahí su acomodo, no era más que una mistificación.

A lo largo de su práctica, los trabajadores han ido poniendo en pie una réplica del mercado: el desarrollo de las actividades culturales en las barriadas y clubs juveniles, en los organismos profesionales, asociaciones vecinales y de amas de casa, movimientos femeninos, etc.; es decir, el desarrollo de un movimiento cultural de clase *cumpla* —o empezaba a cumplir—





la afirmación de cultura popular que durante los años cincuenta se había hecho.

Este es un punto importante para el debate ideológico que se inicia. Con el mercado como medio, el intelectual no llegaba a su clase, sino al «público»; no se articulaba con su clase, sino con un fetiche comercial, el comprador, con el que, a duras penas, podía mantener relación alguna. A través de estos embriones de producción cultural —que no suponen, obviamente, la desaparición instantánea y por decreto de la industria de la cultura, sino una opción diferente que *puede llegar* a ser hegemónica, en la que predo-



mina el valor de uso sobre el de cambio—, el intelectual se enraiza directamente, orgánicamente con la clase, alterando así las condiciones mismas de la producción cultural e incorporando al debate ideológico a sectores que hasta ahora permanecían apartados de él.

En general, en todas esas entidades que hemos citado cabe distinguir dos tipos de actividades: la difusión cultural —es decir, la presentación y extensión de una cultura ya hecha, procedente, por lo general, del medio de la industria de la cultura— y la producción de una cultura que enraiza directamente en la base social en que tales entidades se insertan. Ambas actividades son complementarias. La absorción de la «cultura tradicional» es condición indispensable si queremos evitar ese partir de cero que idealmente proponía la «cultura proletaria» en sus manifestaciones más extremadas.

Aquí se encuentra el puesto del intelectual. El intelectual aparece como el especialista que técnicamente es capaz de cristalizar y articular las afirmaciones, reivindicaciones y objetivos que la práctica cotidiana del proletariado saca a la luz. Esta tarea no es una pura instrumentalización del especialista. Al cristalizar y articular lo que de otra manera aparece disperso y confuso se eleva el nivel de conciencia, subiendo un escalón más en el desarrollo mismo de la lucha de clases. Por otra parte, ello evita también la instrumentalización del proletariado por parte de un representante que lo «ilumina» o lo «conduce», que le transmite la conciencia... Este intelectual, a diferencia del representante o del funcionario, no puede exhibir aval alguno, ni siquiera el del antifranquismo —que tantas veces se ha utilizado en los últimos tiempos como argumento de autoridad—, su único aval es su capacidad para pensar aquello que el proletariado hace cotidianamente, capacidad que también cotidianamente es ratificada o invalidada.

Este intelectual es un intelectual colectivo. El debate ideológico que el intelectual colectivo abre no es —ni puede serlo— un debate filo-

sófico, teórico (en el sentido de la «práctica teórica»), es un debate que prolonga en un terreno específico la lucha de clases, y en el que intervienen los actores mismos de esta lucha, no sus representantes o sus delegados.

La cultura elaborada en el seno de este debate tendrá un carácter popular y democrático. La pretensión de una cultura popular y democrática estaba ya en las afirmaciones de los años cincuenta, pero, como se indicó, en aquellas fechas era prácticamente imposible pasar de una afirmación o un mero esbozo. En la actualidad, las condiciones han cambiado. No obstante, la concepción «cultura popular y democrática» puede ser mal comprendida, entendida como cultura populista. Y es lógico que así suceda, pues la inviabilidad de una cultura popular condujo a una cultura popular deformada en el sentido del populismo. Es lógico, pero es ya evitable.

El populismo se basa en la existencia del pueblo como masa explotada, y es un negativo del elitismo burgués de la alta cultura. En sus propuestas no destaca los aspectos positivos, aquello que el proletariado puede hacer para cambiar la situación, sino exclusivamente los aspectos negativos: la penosa situación en que se encuentra, y por ello las suyas no son propuestas. Precisamente porque carece de respuestas alternativas carece también de un lenguaje y un sistema de producción intelectual nuevos: el populista se mueve en la vieja tradición profesional del intelectual pequeño burgués, y no sólo no rechaza ese estatus, sino que pretende mejorarlo mediante una defensa de la profesión a través de asociaciones corporativistas. Se mueve también en la vieja tradición del lenguaje naturalista, típicamente burgués, con lo que excita los sentimientos lacrimosos y autoconmiserativos que laten en toda masa explotada y maltratada. Su única propuesta positiva suele ser pura retórica: el héroe romántico inventado para redimir el mundo se ha convertido en el héroe proletario, aquél y éste son individuos.

El populismo se basa en problemas reales, pero es una respuesta



deformada a tales problemas. Ciertamente las masas están explotadas, pero ese pueblo explotado y reprimido no es una masa, sino un conjunto de capas e incluso de clases sociales cuya posición e intereses el populista ignora, o, mejor dicho, sublima. Es también obvio que durante la Dictadura su profesión se ha deteriorado y degradado, pero no lo es menos que elevarla; no es luchar por reivindicaciones estrictamente profesionales, sino por reivindicaciones de clase —y éste es uno de los puntos cruciales en el actual debate de CC.OO.—, que superan el profesionalismo. Resulta patente que el lenguaje naturalista y su concepción del héroe obtiene rápidas movilizaciones, una identificación inmediata con el espectador, incluso y sobre todo con el proletariado, pero no lo es menos que esa movilización, esa identificación no añade más que la autocomplacencia en lugar de la autoconciencia, en lugar de la conciencia de clase.

Desde el punto de vista del intelectual, el populismo es sumamente gratificador: se convierte en el pintor de las masas, en el poeta del pueblo... Y hasta cierto punto lo es, pero de una manera deformada: las masas y el pueblo se ven reflejadas en sus obras, en sus imágenes, en su lenguaje; entonces es aclamado y recibe todo tipo de patentes: él ha hecho posible esa identificación, ese reflejo. Después, las masas, el pueblo, vuelven a su trabajo diario, a su diario trabajo político. El artista les ha confortado; su voluntad parece ahora más firme, su ánimo más optimista: por un momento han entrado en el templo de la cultura y han visto que la cultura está con ellas.

No voy a negar que algunas de estas consecuencias son, hasta cierto punto, positivas —más en unas épocas que en otras—, pero sí se me dejará decir que no responden a lo que cabe esperar del intelectual en el proceso de construcción del socialismo y ahora, inmediatamente, en la lucha por la libertad.

Esa actitud resulta positiva —sólo hasta cierto punto— cuando el proletariado, sometido a una fuerte represión, se ve obligado a la defen-

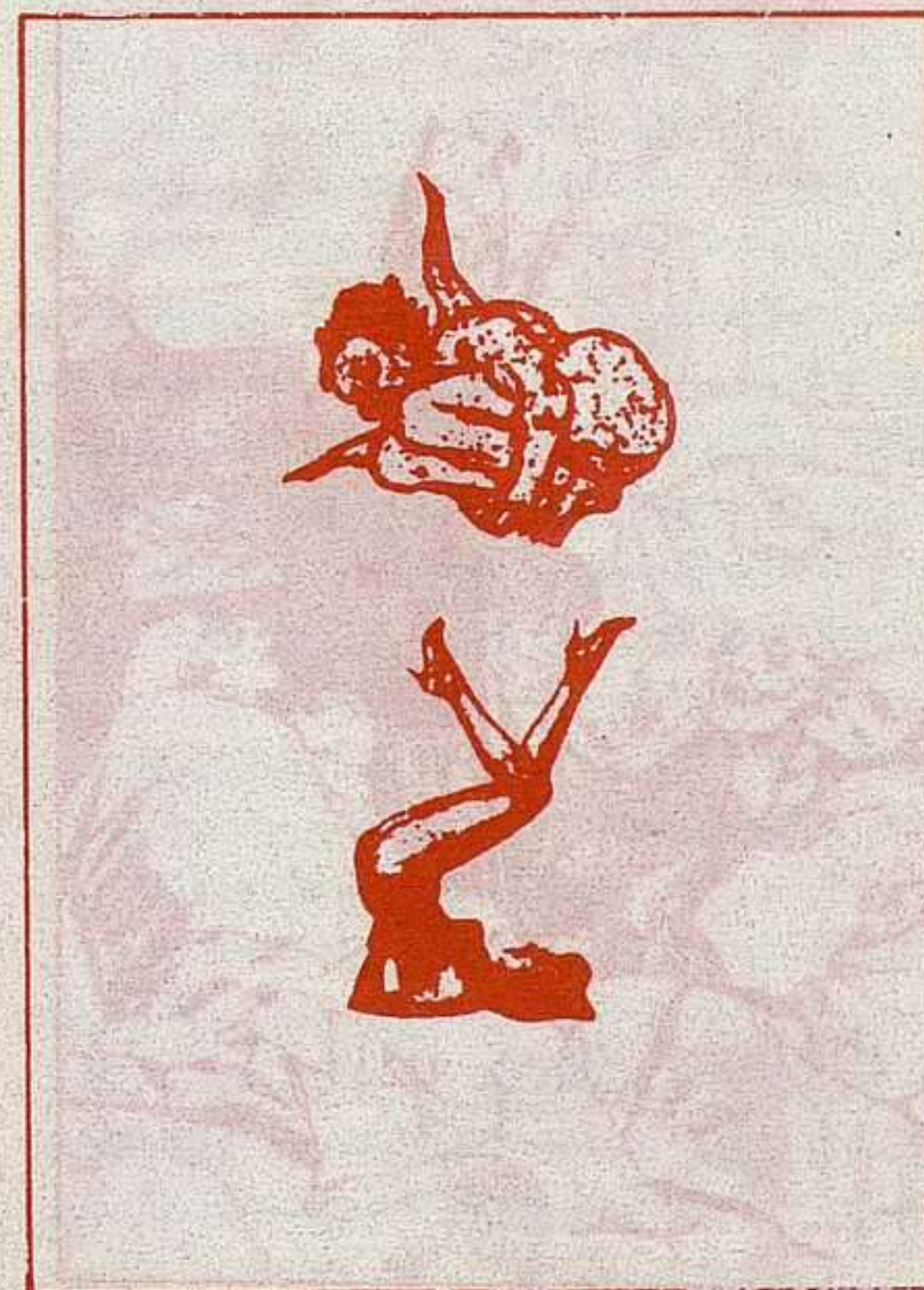
siva, debe forjar su moral de resistencia y ver en esa solidaridad que no está solo. Pero, ¿qué papel positivo es éste cuando de ofensiva se trata? ¿Acaso el intelectual no debe abandonar el populismo para lanzarse a la lucha, con sus armas específicas, en la construcción de esa sociedad nueva que estamos impulsando? ¿Acaso es su función la del coro que anima?

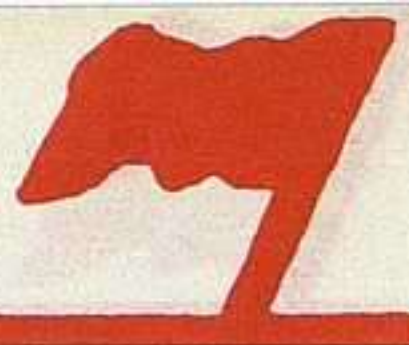
Para hacerlo debe elaborar propuestas positivas, y no puede hacerlo en solitario —tampoco abandonando su oficio—, ha de abandonar sus métodos de trabajo, sustituyéndolos por un trabajo colectivo —que no es la mera yuxtaposición de varios trabajos individuales—, en estrecha relación con el proletariado, a través de sus organizaciones, haciéndole avanzar y no limitándose al papel de espejo. Sólo así superará la vieja y obsoleta concepción del intelectual como adorno que se esconde en esa visión coral del animador. Dejemos de animar —o de pontificar— y bajemos a la arena.

Este es un punto en que la disputa teórica puede ser muy enconada, por uno y otro lado. Por un lado, porque implica el rechazo de la subcultura de izquierdas, pobre respuesta a una necesidad social real y urgente: el vacío cultural producido en la citada marginación del proletariado durante el franquismo. Por otro, porque puede ponerse en duda la noción misma de cultura popular, entendida como algo más que una pura referencia descriptiva.

Creo, sin embargo, que la pretensión de una cultura popular —no subcultura de izquierdas— es justa y que sólo a partir de ella se evitará la polémica minoritaria entre especialistas (malentendida como forma específica de la lucha de clases).

Una de las características fundamentales del capitalismo español es su incapacidad para, superando las contradicciones internas, establecer realmente lo que, de una forma amplia, podemos denominar «modelo económico y social del capitalismo avanzado». En este modelo se cubren una serie de necesidades sociales básicas que entre nosotros siguen sin ser atendidas: la enseñanza, la sanidad, los servicios, urbanos y municipales, etc., son to-





avía entre nosotros privilegios de clase. No sólo el proletariado, sino amplias capas de población, incluidos sectores de la pequeña y media burguesía, se ven afectados por esta incapacidad del sistema, por esta penuria. La degradación de las condiciones de vida (la llamada eufemísticamente «calidad de vida») es un fenómeno cotidiano y evidente. La lucha reivindicativa en estos frentes, los movimientos ciudadanos y populares han puesto de manifiesto que el sistema creado por el franquismo es incapaz de atender semejantes necesidades, que para lograr una satisfacción se necesita una ruptura. Es decir, la lucha en estos frentes a puesto al orden del día la ruptura política, sobrepasando ampliamente los niveles de la reivindicación sectorial.

Es en torno a estos temas donde encontramos las manifestaciones más elaboradas de la cultura popular y democrática: la alternativa a la enseñanza, la alternativa en elaboración a la sanidad, los nuevos enfoques que obtienen los problemas urbanos, la lucha por el reconocimiento y uso de las lenguas nacionales, la puesta en cuestión de los mecanismos de mercado... son las puntas de lanza de una cultura popular, no populista. En su proceso de elaboración han intervenido —y están interviniendo— amplios sectores de población, y ahí alcanza el proletariado su hegemonía. Incluso en niveles tan especializados como el de la filosofía se advierte un cambio de rumbo: las propuestas habidas en el último Congreso de filósofos Jóvenes, celebrado en Cádiz, tienden a ver la filosofía no como una entelequia más o menos ideal, sino como una producción cultural concreta, y resaltan la necesidad de empezar a analizarla desde unos de sus más relevantes medios productivos: la enseñanza.

Precisamente por su carácter popular, estas alternativas se presentan como propuestas prácticas, insertándose en un movimiento de lucha y poniendo en juego el problema del poder. La obtención de una escuela pública o de una sanidad social no es un ideal platónico ni una pura propuesta teórica, sino un objetivo que debemos alcanzar prácticamente, y lo mismo sucede

con la transformación de la enseñanza de la filosofía (condición necesaria para la transformación de la filosofía misma). Por ello, la consecución de una cultura popular y democrática va unida a la de la hegemonía de la clase trabajadora.

V. BOZAL



Dicha afirmación es también válida para los sectores populares y democráticos. El sistema creado por el franquismo es incapaz de atender semejantes necesidades, que para lograr una satisfacción se necesita una ruptura. Es decir, la lucha en estos frentes a puesto al orden del día la ruptura política, sobrepasando ampliamente los niveles de la reivindicación sectorial.

Es en torno a estos temas donde encontramos las manifestaciones más elaboradas de la cultura popular y democrática: la alternativa a la enseñanza, la alternativa en elaboración a la sanidad, los nuevos enfoques que obtienen los problemas urbanos, la lucha por el reconocimiento y uso de las lenguas nacionales, la puesta en cuestión de los mecanismos de mercado... son las puntas de lanza de una cultura popular, no populista. En su proceso de elaboración han intervenido —y están interviniendo— amplios sectores de población, y ahí alcanza el proletariado su hegemonía. Incluso en niveles tan especializados como el de la filosofía se advierte un cambio de rumbo: las propuestas habidas en el último Congreso de filósofos Jóvenes, celebrado en Cádiz, tienden a ver la filosofía no como una entelequia más o menos ideal, sino como una producción cultural concreta, y resaltan la necesidad de empezar a analizarla desde unos de sus más relevantes medios productivos: la enseñanza.

Precisamente por su carácter popular, estas alternativas se presentan como propuestas prácticas, insertándose en un movimiento de lucha y poniendo en juego el problema del poder. La obtención de una escuela pública o de una sanidad social no es un ideal platónico ni una pura propuesta teórica, sino un objetivo que debemos alcanzar prácticamente, y lo mismo sucede



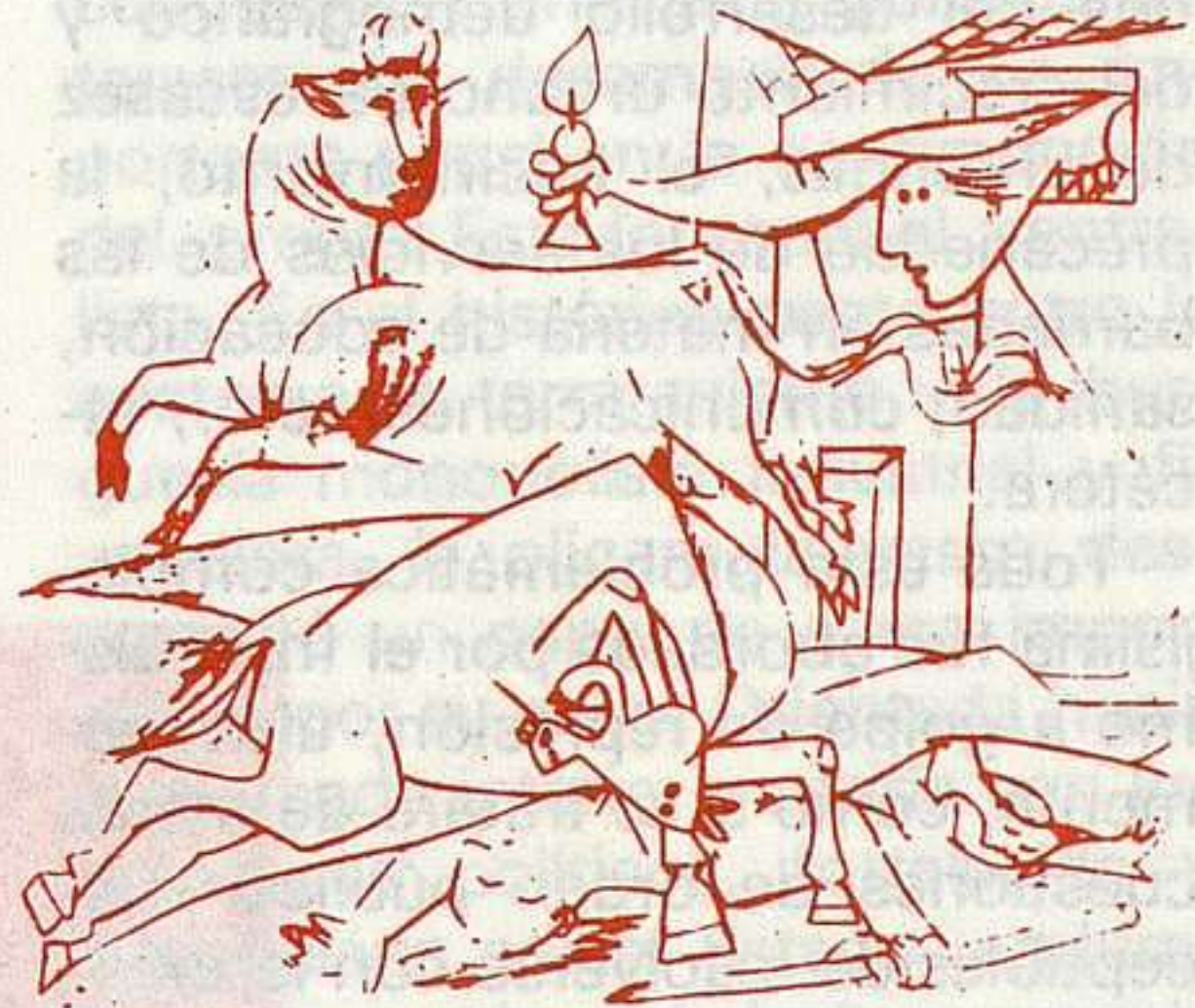
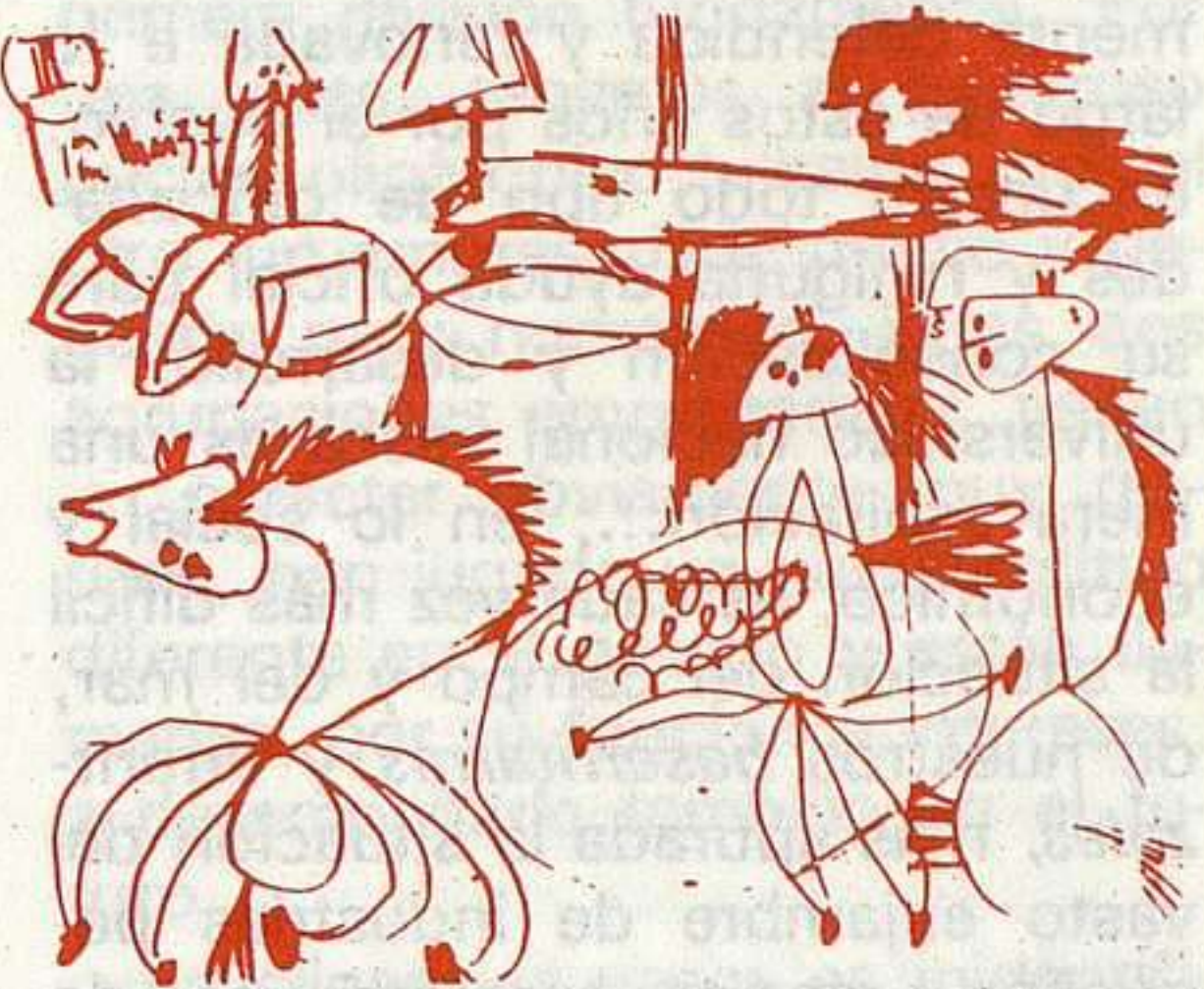
# Entrevista a Francisco Idiáquez

## Entrevista a Francisco Idiáquez

**N.B.**—Durante los años de la dictadura, los problemas del País Vasco han sido considerados por el gobierno franquista y por el régimen como cuestiones de orden público. Cabe decir que no ha sido solucionado ninguno y que desde 1939 se han agudizado mucho más, precisamente por la manera en que han sido tratados. ¿Cómo inciden estos problemas específicos en la actual lucha por la democracia en el mismo País Vasco y a nivel de todo el Estado? ¿Cuál puede ser el papel de Euskadi en la lucha por la democracia y la libertad en el momento actual?

**F.I.**—Los problemas específicos de Euskadi sobre los que me preguntáis se pueden reducir en su formulación a uno solo capital: la falta de libertad nacional, y, consiguientemente, la voluntad arraigada y amplísima en nuestro pueblo de luchar por conseguir su propio poder, su autogobierno. Euskadi ha padecido, desde en-

trado el pasado siglo, una progresiva liquidación de su régimen foral y de sus instituciones propias, sucumbidos frente a presiones y asaltos de un centralismo uniformador y opresivo. La comunidad vasca ha venido viviendo, salvo la brevísima etapa en que Euskadi se constituyó como Región Autónoma dentro de la II República, una opresión política y cultural, vivamente sentida, que amenazaba con la extinción de sus valores y rasgos distintivos. El régimen franquista, profundamente antivasco, agravó esa situación opresiva hasta límites desconocidos. La represión más sistemática sobre nuestro pueblo corrió paralela a la multiplicación de los problemas derivados del sojuzgamiento político y de la misma transformación profunda, económica y social, de nuestra nacionalidad. En sí misma considerada, la Represión, dicha así, con mayúscula, como trauma casi continuo padecido por nuestro pueblo bajo el franquismo, con su cortejo interminable de muertes, torturas, encarcelamientos, es un problema que se superpone a todos los demás, y cuyas





secuelas deberán ser extinguidas a través de una amnistía total y sin exclusiones si de veras se quieren sentar las bases para una convivencia democrática y pacífica en nuestro país.

Hoy, todos los problemas importantes que afectan a Euskadi están por resolverse, incluso por abordarse: en lo político, el pueblo vasco carece del más mínimo grado de autonomía y de libertad nacional; en lo cultural, nuestra lengua, tenazmente defendida y renovada a lo largo de estos años por el pueblo, encuentra todo tipo de dificultades y ninguna ayuda oficial para su consolidación y desarrollo; la universidad nacional vasca es una mera aspiración...; en lo social y económico, es cada vez más difícil la situación del campo y del mar, de nuestros *baserritarras* y *arrantzales*, más apurada la situación del vasto enjambre de industrias pequeñas y medias, características de amplias zonas vascas; se multiplican los problemas de nuestra clase obrera y de las restantes capas de asalariados; alcanzan una gravedad enorme los problemas derivados del desarrollo demográfico y del crecimiento urbano (la escasez de viviendas, el hacinamiento, la precariedad de los servicios de las barriadas en materia de educación, sanidad, comunicaciones), etc., etcétera.

Toda esta problemática complejísima fue abordada por el franquismo a golpe de represión, efectivamente, como si se tratara de meras cuestiones de orden público susceptibles de resolverse con la intervención, tan cuantiosa como fuera preciso, de las fuerzas policiales y los tribunales especiales. Y el pueblo vasco, con una conciencia cada vez más arraigada y comúnmente sentida de su propia identidad, ha luchado a lo largo de todos estos años contra la agresión de que era objeto. Y esa lucha que han protagonizado la clase obrera y un amplísimo abanico de fuerzas y sectores populares, creo yo que ha sido una aportación de mucha entidad a la lucha de todos los pueblos de España contra el franquismo y por la libertad; el «problema vasco» ha contribuido a desgastar y agotar la dictadura, esto es evi-

dente; y ahora mismo, los esfuerzos de la comunidad vasca por alcanzar su autonomía política son perfectamente armónicos con los esfuerzos de todas las fuerzas democráticas del Estado por instaurar en el país una auténtica democracia. Inclusive es mi convicción de que la configuración de una autonomía política, de un autogobierno vasco, supondría (acompañada de un paralelo reconocimiento del hecho plurinacional del Estado) un reforzamiento, una consolidación de la democracia española, sustentada no en el centralismo uniformador y opresivo, sino en la unidad libre, voluntaria, de las nacionalidades que componen España.

**N.B.—En los últimos meses, la clase obrera de Euskadi ha llevado a cabo grandes movilizaciones. Sin entrar en la disputa de las cifras, tampoco en la polémica del éxito, ¿cabría pensar en una cada vez más estrecha relación entre el movimiento obrero y el movimiento nacional? ¿Cuáles son las cuestiones en litigio que pueden dificultar la unidad? ¿Es posible hablar ya de una perspectiva nacional-popular?**

**F.I.—**Hoy puede afirmarse con toda energía que movimiento obrero y movimiento nacional se hallan profundamente imbricados, que no

forman ya cuerpos o desarrollos distintos.

Es cierto que, históricamente, el surgimiento de la conciencia nacional en nuestro pueblo, impulsado por el nacionalismo de Sabino Arana Goiri, fue protagonizado sustancialmente por la burguesía nacional vasca; ésta configuró el movimiento nacional vasco, basado en un fondo democrático y en una aspiración popular, con rasgos reaccionarios, conservadores y excluyentes frente a un movimiento obrero que por toda una serie de causas y tradiciones mantenía el centralismo como actitud lógica de clase. Por eso, durante décadas, movimiento nacional (nacionalista) y movimiento obrero siguieron desarrollos separados, cuando no enfrentados. Así, segregada la clase obrera del movimiento nacional vasco, éste se encontraba ante una limitación decisiva en una sociedad, como la nuestra, cada vez más industrial.

Hoy aquella dicotomía ha sido superada. La clase obrera de Euskadi, compuesta por nativos y también por contingentes numerosísimos de inmigrados o hijos de inmigrados, asume la problemática del país y siente como suya la causa nacional. Esta no es una afirmación que hago por oportunidad política. Es un hecho real, y un hecho de enorme trascendencia, sin el cual no podría hablarse con seriedad de



una perspectiva nacional-popular. Los trabajadores de Euskadi, en su gran mayoría, sienten como propio el problema nacional y aspiran a la construcción de una nueva Euskadi libre. Claro está que ese sentimiento, esa convicción y objetivos, no son fruto de una concepción burguesa de la nación; las clases trabajadoras de la sociedad vasca son en lo fundamental inmunes a las ideologías nacionalistas excluyentes, segregacionistas; aspiran a sumar, a aglutinar; son hostiles al separatismo, al independentismo, y se orientan, por el contrario, a la unidad de clase por encima de las diferencias nacionales (aunque dentro del respeto a éstas).

Así pues, hoy la clase obrera de Euskadi es, por su ser y por su sentir, profundamente nacional. Y lo ha demostrado hasta la saciedad: en asambleas masivas, en acciones y movilizaciones de una amplitud extraordinaria, en los pronunciamientos y programas de sus organizaciones sindicales sin excepción, los temas de la amnistía y de la libertad nacional han estado a la orden del día. Pero lo ha demostrado no sólo en estos últimos tiempos, sino a lo largo de los cuarenta años de dictadura, pues no se puede concebir lucha más nacional por su carácter que la mantenida consecuentemente por la clase obrera contra el peor enemigo que ha tenido la causa vasca: el

régimen de Franco. Si hoy podemos hablar, como real, de una perspectiva popular-nacional es porque los trabajadores vascos, nativos o inmigrados, desean en su inmensa y mejor parte una Euskadi nacionalmente afirmada, socialmente liberada y democráticamente regida. La clase obrera es en nuestra nacionalidad el eje necesario de esa perspectiva; no en vano el País Vasco es una sociedad intensamente industrializada, hasta el punto de que en sus provincias más pobladas, como Vizcaya y Guipúzcoa, el sector terciario no alcanza más allá del 5 al 7 por 100 de la población.

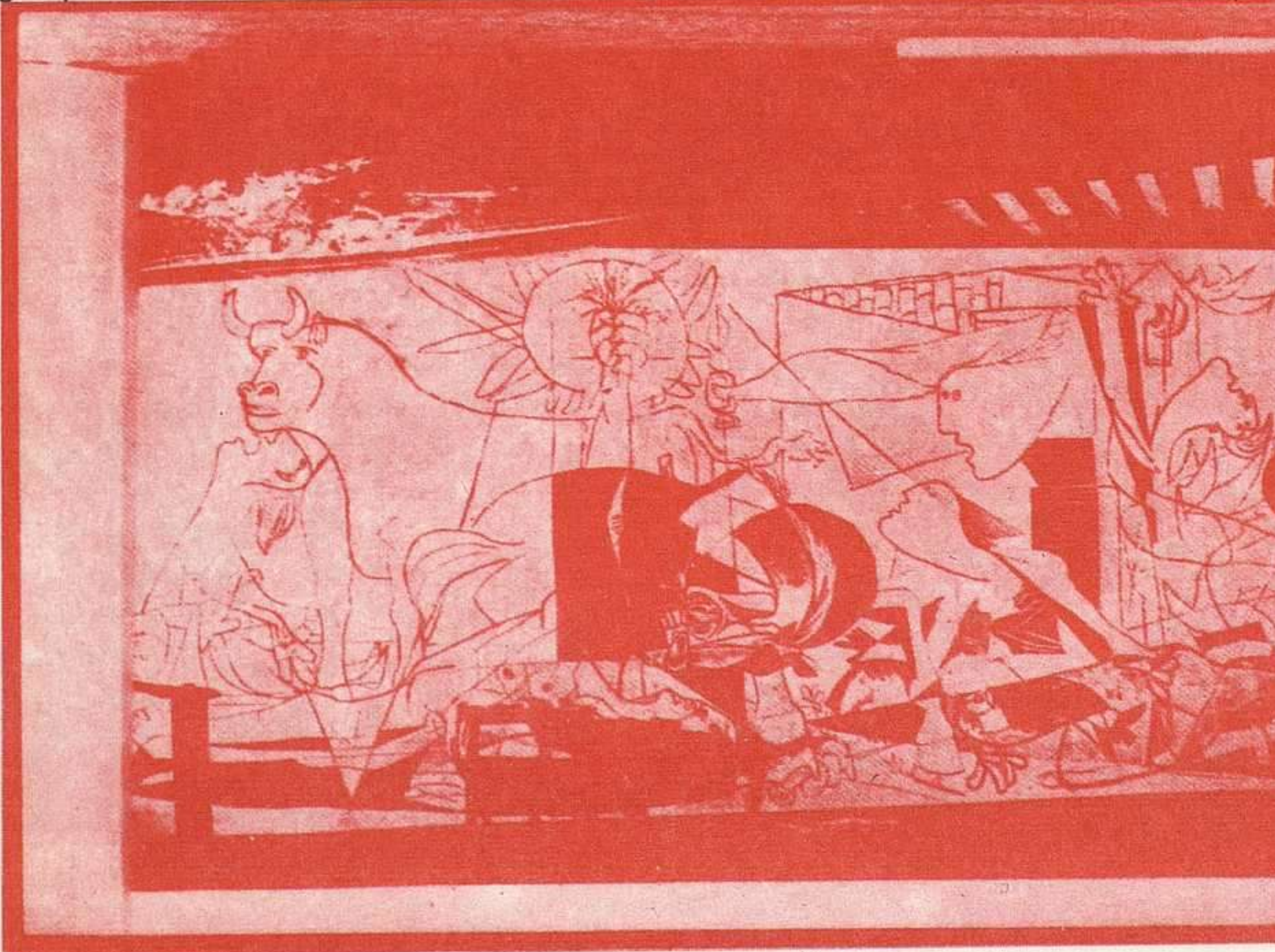
Concluyo mi respuesta a vuestra pregunta: es un dato fundamental de nuestra historia que los vascos hemos superado una etapa que ha puesto a prueba nuestra cohesión y vitalidad, que hemos salvado nuestra existencia como pueblo; esto ha sido posible partiendo de aquellas primeras fuerzas sustentadoras de una conciencia nacional angustiada, pero recibiendo después la aportación decisiva de nuevas energías, de nuevas fuerzas sociales y políticas, entre las que la fundamental ha sido la clase obrera. Esta es, pues, un componente decisivo en la construcción política de la futura Euskadi.

**N.B.—De un tiempo a esta parte estamos asistiendo a in-**

**tentos de reorganización del empresariado vasco, que, a pesar de las dificultades y balbucesos, no tiene igual en el resto del Estado. ¿Cuál es, a grandes rasgos, la configuración de clase de este empresariado? ¿Cabría identificarlo sin más con el de otras nacionalidades del Estado?**

**F.I.**—Un análisis sumario del empresariado en Euskadi obliga a una primera división fundamental. Por una parte, tenemos al poderoso núcleo oligárquico bilbaíno; por el otro, un empresariado medio y pequeño muy numeroso. Estas dos agrupaciones empresariales tienen un carácter obviamente muy distinto, han jugado un papel político diferente en el pasado y están llamadas, por su función e intereses, a desempeñarlo también en el futuro.

La oligarquía vasca es inidentificable con los núcleos empresariales de cualquier otra nacionalidad del Estado. De enorme potencia, esa oligarquía, vasca por su origen y ubicación, pero profundamente centralista y antivasca por sus intereses, ha desempeñado un importante papel en la configuración del propio Estado español centralista. En el histórico pacto entre la aristocracia terrateniente y la burguesía monopolista industrial y financiera, la oligarquía vasca desempeñó un papel de suma importancia por su peso. Orientada hacia el mercado interior, nutrida con los privilegios políticos, fortalecida y beneficiada por el Estado, endurecida y avezada en la lucha contra la clase obrera de la Ría bilbaína, la oligarquía monopolista vasca, industrial, financiera, especulativa, ha cerrado filas históricamente contra todo movimiento de emancipación nacional. Al numeroso y combativo proletariado industrial de Euskadi corresponde un enemigo de clase de singular potencia. Con sus apellidos de rancio carácter vasco, los Oriol, Careaga, Urquijo y un cumplido etcétera, configuran un núcleo de poder financiero, industrial y político que ha participado y participa activamente en la explotación capitalista y en la opresión de todos los pueblos de





España, y que en Euskadi añaden a su odio por las libertades democráticas su más cerrada hostilidad a todo cuanto suponga aspiración a libertades nacionales vascas.

Junta a esta oligarquía de tan acusado perfil centralista la dimensión industrial de Euskadi, acoge a un empresariado pequeño y medio muy extendido y de carácter distinto. En este empresariado, particularmente en el sector de la máquina-herramienta, se encuentran amplios núcleos dinámicos y competitivos. También son estos industriales, particularmente los pequeños, los más permeables a los planteamientos democráticos y nacionales, aunque dentro de unos límites muy reales y en medio de contradicciones indudables. Recientemente, en efecto, han tenido lugar experiencias de constitución de sindicatos empresariales, particularmente entre industriales pequeños de Guipúzcoa, del Duranguesado vizcaíno, y, en menor medida, de Alava y otras zonas. Intentos que se basan en la incertidumbre de esos sectores empresariales cara al futuro, su posición de debilidad frente a la gran industria y la Banca, la difícil situación en la que les ha colocado la crisis económica, la conciencia de la necesidad de agruparse ante el desplome del sindicato vertical y de abrir un diálogo con las representaciones auténticas de una clase obrera singularmente conflictiva, la convicción de que se abre una nueva etapa en donde el problema de las libertades y el propio problema nacional vasco les obliga a medidas y posicionamientos nuevos. Esos intentos han tropezado con la franca hostilidad del gran empresariado, y, en la medida en que asumen actitudes de intención democrática, los vemos con interés, desde luego, y como factores potencialmente positivos para el inmediato futuro democrático. De todas formas, un análisis reposado obligaría a distinguir la diferente configuración del pequeño y del medio empresariado, que ya ha dado origen a sindicatos distintos: así, mientras pequeños empresarios e industriales nutren a los sindicatos EKOR y FEV (las dos ramas desgajadas del primitivo intento de EINKORI,

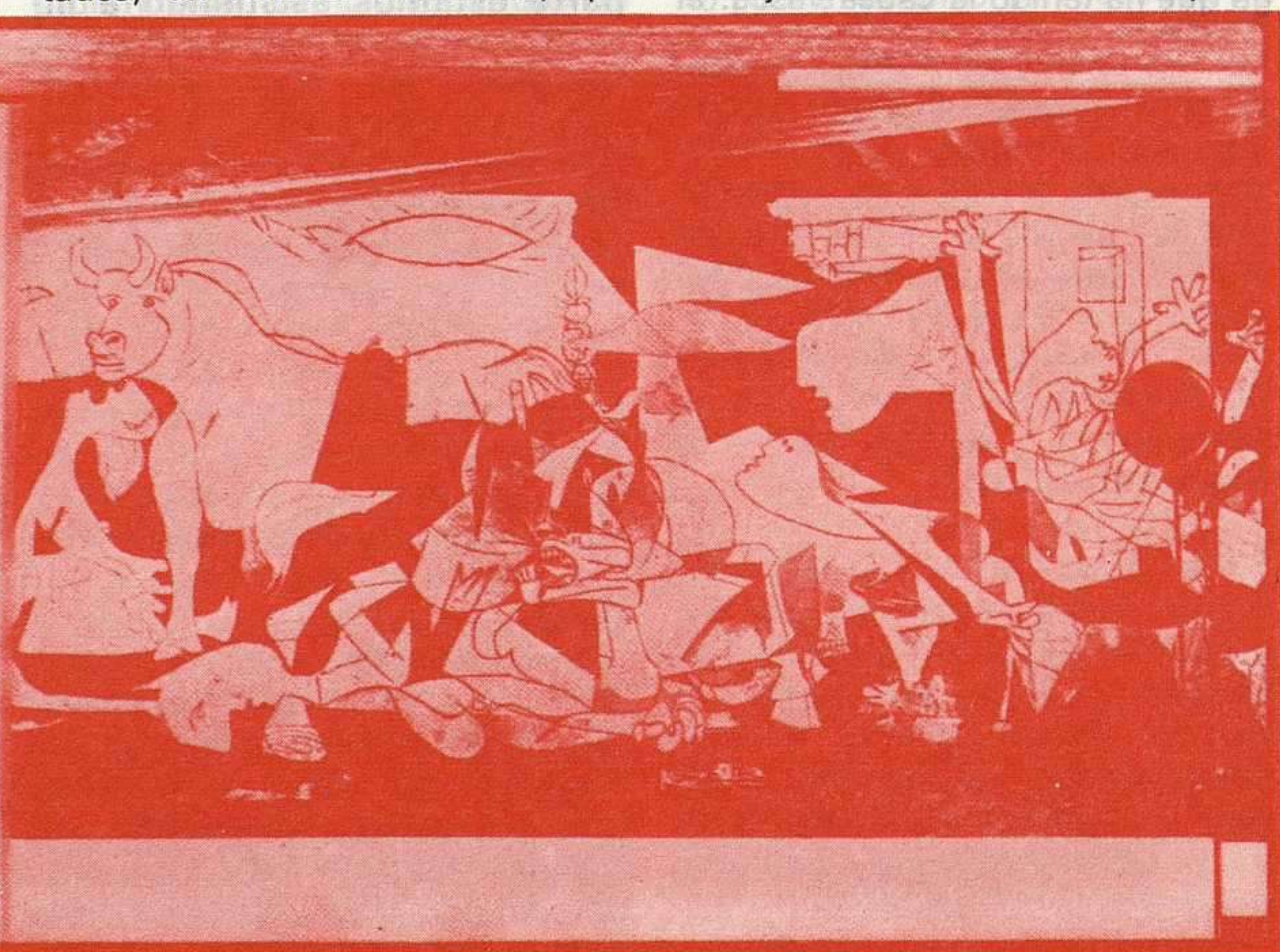
el empesariado medio guipuzcoano, apoyado en la Cámara de Comercio y con una voluntad más decidida de defensa de intereses de clase y una menor receptividad a los problemas políticos y nacionales, ha constituido el S.E.G. (Sindicato de Empresarios de Guipúzcoa); ejemplos que acreditan la compleja configuración del empresariado vasco no oligárquico y al tiempo su grado de unidad y de organización precario.

**N.B. — Uno de los factores básicos en la configuración de un pueblo es su cultura, y muy especialmente el eje fundamental de esa cultura: la lengua. El franquismo ha perseguido con gran dureza la cultura vasca; sin embargo, es posible apreciar hoy día un verdadero renacimiento cultural en Euskadi. ¿Cuál ha sido el papel que en este punto ha jugado el P.C. de Euskadi?**

**F.I. —** La opresión política sobre Euskadi se ha operado también, y con particular virulencia, en el terreno cultural, particularmente fueron perseguidas y sofocadas las manifestaciones de la vertiente euskaldun de nuestra cultura dual. Hoy, el esfuerzo de lingüistas, literatos, investigadores, etcétera, ha logrado, pese a todas las dificultades, un renacer indudable, que

sólo podrá llegar a cotas más importantes de desarrollo en un contexto de libertades democráticas y de libertad nacional.

Nuestro partido ha contribuido en estas décadas al desarrollo cultural vasco en la medida de sus posibilidades: ciertamente, un partido fundamentalmente compuesto por trabajadores y blanco constante de la represión no era el instrumento más apto para contribuir decisivamente en terrenos como el de la poesía, la canción u otras manifestaciones folklóricas. Estas y otras nobles tareas han debido ser abordadas por investigadores, lingüistas, literatos o artistas de extracción social bien distinta a la obrera, y es lógico que haya sucedido así. Hoy, cuando los recursos y las energías humanas y espirituales del P.C. de Euskadi son mayores, su aportación cobra otro alcance. Pero, con todo, y a pesar de sus dificultades en el pasado, yo no quiero omitir una reflexión sobre la que creo una importante contribución de los comunistas vascos a un elemento fundamental de la cultura vasca: la defensa del euskera. El euskera, sometido a persecución en el pasado, y salvado de forma notable, pero aun precaria, sólo tendrá verdadero futuro en la medida en que progresivamente sea lengua hablada por la clase trabajadora de nuestro país; las masas trabajadoras han de ser el soporte



humano de una lengua nacional en Euskadi; y en la medida en que el P.C. ha contribuido a sensibilizar a la clase obrera, incluidos vastos sectores de inmigración, hacia la problemática vasca, en la medida en que ha contribuido a que los trabajadores hagan suyo el objetivo de la libertad nacional, ha sentado bases para que el euskera llegue a ser progresivamente patrimonio también de esas vastas capas laboriosas, sin las cuales no pasaría de ser una lengua minoritaria de incierto futuro. Este es un elemento que a menudo se olvida cuando ciertos compatriotas nos reprochan, a menudo sin mala intención, una contribución escasa a la promoción del euskera.

**N.B.—Al menos por algunos sectores y en algunas organizaciones, el P.C. de Euskadi ha sido y es considerado como un partido «sucursalista». ¿Hasta qué punto puede hablarse del carácter nacional vasco del P.C. de Euskadi, cómo puede fijarse?**

**F.I.—**El P.C. de Euskadi es el partido de los comunistas vascos, surgido de la realidad concreta de Euskadi y dotado de sus propios órganos de dirección, con la misión de llevar adelante el proceso democrático y revolucionario en el marco nacional de Euskadi. Es un par-

tido plenamente nacional por su trayectoria histórica, por su política nacional de ayer y de hoy, por su sensibilidad y penetración en todos los sectores de la vida y de la sociedad vasca.

Ya a raíz de su constitución como tal, en el proceso de estructuración multinacional de los comunistas del Estado español, el P.C. de Euskadi propuso las bases de un agrupamiento de las fuerzas nacionales vascas antifascistas defendiendo el Frente Popular vasco, que triunfó en las elecciones de febrero de 1936. Al iniciarse la guerra, el P.C. de Euskadi formó parte del Gobierno Autónomo de Euskadi, institución fundamentada en el Estatuto de Autonomía y que dio forma concreta a la unidad nacional de los vascos frente al fascismo. Tomó cuerpo lo que nosotros siempre hemos llamado la «política nacional vasca», que siempre hemos defendido por encima de todo: la necesidad de la unidad de todas las fuerzas vascas para resistir y acabar con la dictadura y para recuperar para nuestro pueblo su poder propio, su autogobierno, basado en el Estatuto de Autonomía.

Después de la derrota en la guerra civil, nuestro partido se impuso desde el primer día la difícil tarea de volver a poner en pie las fuerzas revolucionarias y nacionales; en aquellos años terribles de hambre y de terror fascista, apoyándose en

los destacamentos más decididos y avezados de la clase obrera, el P.C. de Euskadi contribuyó de forma muy importante a la tarea profundamente nacional de remontar las consecuencias de la derrota y poner en pie la resistencia vasca. En una lucha desigual que costó innumerables sufrimientos, incontables vidas a nuestro partido, empezando por las del grueso de sus dirigentes más destacados, encabezados por Jesús Larrañaga, torturados y ejecutados por el franquismo. La lucha guerrillera, la primera huelga general en España (la de 1947 en Euskadi, convocada por el Gobierno vasco en el exilio) nos tuvo siempre presentes. El P.C. de Euskadi fue siempre protagonista destacado en las grandes acciones obreras bajo el franquismo, y blanco siempre de la represión de éste. Al contribuir como lo hizo a la restauración del movimiento obrero y con él a la movilización posterior de otros sectores del pueblo vasco, el P.C. de Euskadi estaba cumpliendo la más nacional de sus tareas: estaba realizando la política nacional vasca. Pretender presentar a nuestro partido como un partido no nacional, no vasco, es una insidia o un dislate fruto de la ignorancia.

Y si nuestra trayectoria nos avala como un partido esencialmente consagrado a la defensa de Euskadi y de su futuro democrático y socialista, nuestra política básica, inalterada en sus lineamientos esenciales, confirma ese carácter. Durante largos años hemos venido defendiendo la necesidad de que la unidad política de los vascos, forjada en las circunstancias terribles de la guerra y rota después en los comienzos de la «guerra fría», se restableciera plenamente, con el fin de aunar todas las fuerzas patrióticas en la lucha contra el régimen y conseguir, en el momento de la salida democrática, el restablecimiento de las instituciones autonómicas, del Gobierno de Euskadi, del Estatuto de Autonomía. Esa política está a la orden del día. Es más, está llamada a tener un futuro dilatado, a mi juicio, pues se hace evidente que el proceso de reforma y transición que estamos viviendo no va a comportar satisfacción de las aspiraciones de libertad de





nuestro pueblo, y ello hará que siga vigente la necesidad de un pacto, de una unidad de todas las fuerzas políticas democráticas vascas para seguir luchando por los medios adecuados para obtener esa libertad nacional que nos va a negar una democracia mixtificada.

Nacional por su trayectoria de lucha, nacional por su política y nacional por su arraigo en todos los sectores de nuestro pueblo: si durante largos años el P.C. de Euskadi se apoyó casi exclusivamente en los núcleos proletarios que han constituido, lógicamente, su nervio y que eran los primeros destacamentos resistentes, hoy, sin perder su condición fundamentalmente obrera, a sus filas acuden en gran número intelectuales y hombres de la cultura vasca, universitarios y profesionales, cristianos... El partido se ha desarrollado en cantidad y calidad, extendiendo a lo largo y ancho de Euskadi, en las zonas de ancha inmigración, como en las fundamentalmente euskaldunes, sus organizaciones, reforzadas éstas, además, por la presencia y la aportación singularmente importante de hombres jóvenes procedentes del movimiento nacionalista revolucionario. Todo ello ha contribuido a dar al P.C. de Euskadi la fisonomía y el carácter de un partido nacional que identifica sus intereses y objetivos con los de las más numerosas y progresivas capas de la nación vasca.

ción inaceptable, en el terreno de la semántica, del carácter nacional. Pero es lo cierto que en Euskadi (y en las restantes nacionalidades del Estado, pero creo que con más virulencia en Euskadi) está a la orden del día la división entre «abertzales», por un lado, y «españolistas», sucursalistas, por el otro; y que esta campaña de división y de agresión verbal hacia los segundos es inspirada y alentada por distintos medios. Yo quiero detenerme un momento en este problema, que es, junto con el de la espiral de la violencia, uno de los más graves que vivimos en estos momentos.

Se está intentando dividir al pueblo vasco, y muy particularmente a su clase obrera. La inspiración derechista de este intento de división se nos aparece evidente. Claro está que sería una simplificación que no respondería a la realidad atribuir esa intención y esa inspiración a cuantos se reclaman «abertzales». No pretendo eso. Pero es lo cierto que se está produciendo una tentativa derechista de manipulación del movimiento nacional vasco, mediante la que se pretende reducir, en la medida de lo posible, el papel político futuro de la poderosa clase obrera, tratando de introducir en ella cuñas y diferencias ajenas a su carácter y pensamiento y basadas en el origen geográfico, en las características étnicas, en la adscripción a sindicales de ámbito es-

tatal... Y junto a la clase obrera se pretende llevar esa división a todas partes. ¡Y cuánta intransigencia, intolerancia, obcecación caracterizan esa tentativa! ¡Con qué violencia, aspereza, agresividad se manifiestan algunas gentes ante este problema! Asombra, y alarma, la constante apelación al anticomunismo más elemental y primario que a menudo se utiliza, el clima de coacción moral que algunos intentan crear; estas actitudes, que han cobrado un filo particularmente agudo en los últimos meses (aunque vengan de muy atrás) se manifiestan un poco por todas partes e impiden constantemente, o la rompen, la unidad creada a los más distintos niveles: comités de barriada, plaraformas de profesionales, asambleas de pueblo... Insospechadamente, las posiciones divisionistas brotan aquí y allá, envenenando situaciones y ocasionando rupturas. Parecería que se está intentando echar las bases de un perdurable enfrentamiento entre los vascos, cuando aún ni siquiera hemos conseguido un ápice de libertad nacional, cuando nuestros presos siguen en las cárceles, cuando se nos quiere endosar unas libertades políticas mixtificadas. ¡Y todo ello en nombre de Euskadi! El derechismo y la ignorancia política que alimenta la intransigencia y la intolerancia son, respectivamente, el elemento que inspira y el ele-

**N.B.—Las organizaciones llamadas «patriotas» tienen una indudable influencia en el País Vasco; podrías señalar cuáles son, a tu juicio, las características de clase de estas organizaciones, cuál es su papel en la consecución de una perspectiva popular-nacional — y no sólo nacional— a que antes nos referíamos.**

**F.I.—Permitidme ante todo señalar la impropiedad del término «abertzale», patriota, cuando el mismo se aplica de forma restrictiva, queriendo diferenciar con él a varias de las fuerzas políticas de Euskadi (las nacionalistas), con exclusión de otras. Es una apropia-**





mento que permite una tentativa tan grave y tan contraria al interés nacional.

Esta situación ha tenido ya consecuencias muy negativas: debido en gran parte a ella no hemos sido capaces todavía en Euskadi de articular una instancia unitaria que represente a nuestra nacionalidad; esa actitud divisionista está en la base de las resistencias a articular la oposición vasca con el resto de la oposición democrática del Estado; esas actitudes facilitan la pervivencia de la violencia en Euskadi...

Claro está que las realidades políticas, la conciencia de los verdaderos intereses de Euskadi y la voluntad de unidad que anima a la mayoría de nuestro pueblo se imponen y se impondrán. Y que constatemos ahora con alarma este intento de división, la virulencia de una lucha ideológica empeñada por la derecha, no quiere decir que creamos que esa división va a prender con fuerza ni en la clase obrera ni en los sectores más amplios del país. Pero ahí está, hoy por hoy, el problema.

Me preguntáis por las características de clase de las organizaciones «abertzales». Aquí la generalización es imposible. En el seno de cada una de las casi incontables organizaciones de este carácter conviven, mezcladas, distintas posiciones de clase; las atraviesan co-

rientes y tensiones diversas; ya es un hecho notable que tal conglomerado de siglas (con la influencia más o menos canalizada que tiene en ciertas zonas) haya sido incapaz de cohesionar en un partido de izquierda nacionalista solvente, con un programa, con una organización, con una imagen. Es una notable falta de coherencia, producto de una trayectoria dilatada de escisiones y tensiones, pero producto también de la equivocada orientación política que se han impuesto.

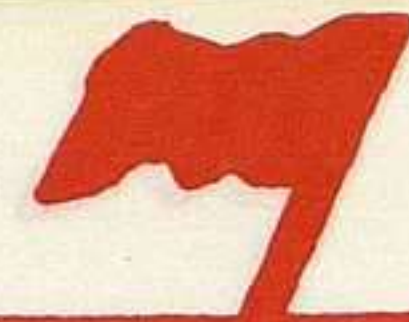
Dicho lo anterior, y pese a todo ello, hay algo que nosotros no podemos ni debemos perder de vista. Y es que más allá de los intentos de manipulación de que son objeto, los militantes y adherentes de esas organizaciones se mueven, en general, detrás de unos objetivos nacionales y democráticos hondamente sentidos; que núcleos y organizaciones de las llamadas «abertzales» han contribuido, junto a los primeros grandes movimientos obreros en Euskadi, al despertar de una conciencia nacional; que detrás del movimiento «abertzale» late una reivindicación, la nacional, profundamente democrática y profundamente arraigada en nuestro pueblo. Y ello por encima de las crispaciones presentes, y de las que todavía seguirán, sitúa indudablemente a esos sectores, con su peso real, en la perspectiva popular-nacional, en la perspectiva de la

edificación de la nueva Euskadi. Pues si antes he mencionado a la clase obrera como componente esencial de esa perspectiva, como factor potencialmente hegemónico de la misma, no es menos cierto que ella necesita de un bloque social muy amplio; que incluirá obreros industriales y trabajadores de los servicios, artesanos, campesinos y pescadores, pero también profesionales, enseñantes, sanitarios y cuantos realizan una función realmente productiva y no parasitaria en el actual engranaje social, y entre los cuales hay que contar numerosos pequeños y medios empresarios de la industria, del comercio o de los servicios. Todo ello exige la colaboración positiva entre todas las fuerzas populares, superando divisiones, sectarismos y maniqueísmos. La conciencia de esta necesidad debe acabar prevaleciendo.

**N.B.** — ¿En qué estado se encuentran actualmente las relaciones con las otras organizaciones políticas vascas de cara a la creación de una instancia unitaria? ¿Cuáles son las dificultades más sobresalientes para su constitución? ¿Se trata de dificultades coyunturales o tienen un alcance más profundo? ¿En qué forma podrían solventarse y qué hace el P.C. de Euskadi para solventarlas? ¿Puede ser el Gobierno vasco esa instancia?

**F.I.** — A lo largo de estos últimos años, en los que por distintas vías el proceso de la unidad de la oposición democrática iba progresivamente cristalizando, Euskadi se ha hallado siempre en indudable retraso en este proceso. Cataluña primero y luego otras zonas del Estado, han dado a luz instancias unitarias con grados de representatividad diversos, pero reales. El proceso de la unidad de la oposición ha alcanzado decisivos logros, mientras los vascos éramos incapaces de articular nuestra propia unidad interna. El P.C. de Euskadi siempre ha denunciado esta situación, proponiendo incesantemente la superación de la misma. En Euskadi se ha dado como en ninguna otra nacionalidad o zona





del Estado, la contradicción entre la conciencia política y la combatividad indomable de un pueblo y la falta de unidad en la cúspide; esta falta de unidad interna ha supuesto una dilapidación de gran parte de las energías y esfuerzos del pueblo vasco y no ha contribuido a esclarecer ante ese pueblo la confusión e incertidumbre sobre la salida que convenía, que conviene al interés nacional.

Con particular intensidad desde hace varios años, los comunistas vascos nos hemos esforzado por conseguir la articulación unitaria de las fuerzas de nuestro país detrás de las instituciones emanadas del Estatuto de Autonomía de 1936, y muy particularmente del Gobierno de Euskadi. La reivindicación estatutaria, que hace apenas dos o tres años éramos prácticamente los únicos en defender con alguna fuerza, ha ganado a las más amplias capas de opinión, aunque subsistieran opiniones diversas sobre el Estatuto en concreto a reivindicar. En cuanto al Gobierno de Euskadi, siempre hemos considerado que, debidamente actualizado en su composición, es decir, acogiendo al conjunto de las fuerzas nacionales vascas y superando su insuficiente representatividad actual, podía muy bien ser la instancia unitaria en que se reprodujera nuestra unidad nacional. Consecuentes con esta postura, solicitamos en su día nuestra reincorporación a dicha institución.

Durante los últimos meses, la actividad unitaria en Euskadi ha estado centrada por las negociaciones entre el Partido Nacionalista Vasco, el P.S.O.E., Acción Nacionalista Vasca y Partido Comunista de Euskadi, negociaciones dirigidas a contituir de una vez una instancia unitaria en Euskadi. Instancia unitaria que habría de tomar la forma de un Consejo Federal Vasco, mientras el Gobierno en el exilio quedaría reducido, si se quiere expresar así, al rango de depositario de la legitimidad democrática histórica del pueblo vasco. Tales negociaciones no han conducido todavía a la creación de tal Consejo. Me preguntáis si las dificultades para la unidad en Euskadi son coyunturales o tienen un alcance más

profundo. Mi respuesta es que, desde luego, y pese a que como pretextos para no plasmar la unidad política se hayan esgrimido otras causas de desacuerdo (como, por ejemplo, el complejo tema de Navarra), las verdaderas razones de retraso son ajenas a Euskadi, trascienden el marco geográfico de nuestro país y se insertan en lo que ha sido en este período reciente la lucha entre reforma y ruptura; se trata, en definitiva, de que, mientras unos estábamos por la ruptura, otros buscaban fórmulas distintas de acomodo.

Hoy, la nueva situación creada tras la aprobación de la Ley de Reforma por las Cortes, ha repercutido en esta situación. La perspectiva de una negociación con el Gobierno Suárez y la conciencia de que el interés de Euskadi exigía la presencia de una representación vasca en la comisión negociadora de las fuerzas de oposición ha acabado, finalmente, y no sin posturas vacilaciones y tensiones, imponiéndose; y así, por vez primera en cuarenta años, Euskadi se halla representada, articulada con la oposición del Estado a través de Julio Jáuregui, miembro del P.N.V., cuya presencia respalda un amplio abanico de fuerzas vascas: P.N.V., P.S.O.E., P.C. de Euskadi, Democracia Cristiana Vasca, A.N.V., P.S.P. de Euskadi, Partido Carlista... Se trata de un hecho de gran

importancia, que arrumba discusiones estériles entre nosotros y nos sitúa en una perspectiva nueva. No es todavía la unidad política nuestra, pero abre perspectivas favorables para la creación de una instancia unitaria vasca, y yo diría más, para una suerte de compromiso o pacto de las fuerzas vascas de defender en el futuro, en las futuras Cortes constituyentes, la autonomía de Euskadi, el autogobierno del país. Así, la realidad política española, imponiéndose con todo su peso, nos ha situado en un nuevo momento, que yo califico de favorable y muy esperanzador.





## Nuestra historia

# Nuestra Historia

En la etapa que con este número se inicia, *Nuestra Bandera* tiene el propósito de consagrar una de sus secciones a la historia del Partido Comunista de España y de los partidos hermanos de las nacionalidades. Entendemos la historia del partido como una tarea abierta. Ciertamente, existen ya una serie de trabajos y publicaciones, pero todavía quedan muchos aspectos que iluminar y, en su caso, revisar, con la perspectiva que da el tiempo transcurrido y el acceso a nuevas fuentes.

Dentro de los límites de espacio que permite la índole de la revista, *Nuestra Bandera* va a abrir sus páginas a diferentes clases de materiales. Por un lado, a trabajos que aborden algún aspecto de la historia del partido o apunten a hipótesis o problemas a investigar. Por otro lado, a diversos tipos de documentación, ya se trate de inventariar el contenido de un archivo, de ofrecer repertorios bibliográficos o de publicar documentos. Dentro de éstos, se considera de gran interés publi-

car, junto a artículos de prensa, resoluciones, manifiestos, etcétera, testimonios de militantes que pueden ayudar a completar las lagunas de la documentación escrita y a ofrecer lo que se podría llamar el perfil humano del partido y de sus hombres.

Por otra parte, la historia del partido está unida de una manera indisoluble a la historia de España; de ahí que, en su caso, esta sección se abra a trabajos y documentos que pongan de relieve la incidencia de su política en la realidad española y el contexto en la que ésta opera, ayudando a su comprensión.

Inauguramos esta sección con uno de esos testimonios a que se aludía más arriba: el que nos ofrece Antonio Guardiola. Con ocasión de la presentación pública y de la entrega de carnets del partido, ha escrito este veterano camarada de la organización del partido en Murcia, bajo el título de «Recuerdos de un adulto», unas páginas manuscritas llenas de interés en las que recoge sus primeras ex-

periencias de luchador y de fundador de la organización del partido en algunas localidades. Militante de la Casa del Pueblo en Jumilla, se traslada después a Valencia y a Barcelona, en las que reside hasta 1923, ofreciéndonos en los «Recuerdos» sus reflexiones y testimonios acerca del movimiento político y sindical de la clase obrera en dichas localidades. Fundador de la Agrupación Comunista de Barcelona ciudad, debe volver a Jumilla por razones de salud. En la imposibilidad, por razones de espacio, de recoger en su integridad los «Recuerdos», ofrecemos las páginas en que nos describe, a partir de su vuelta a Jumilla, el camino que desemboca en la fundación, en febrero de 1932, de la primera agrupación comunista en esta localidad.

J. T. V.



## ¿POR DONDE EMPEZAR?

Anclado en Jumilla y viviendo la incertidumbre de una salud quebrantada y recuperación dudosa, todo mi ciclo de acción lo centraban los pensamientos contradictorios de la resistencia y la fe en vencer la incertidumbre y cómo recobrar los hilos partidarios cortados por la separación partidaria de mi propia raíz.

Empezó a publicarse en los primeros días o semanas del espadón librador de la letra a 90 días fecha, «La Opinión»; diario madrileño, en el que colaboraban algunos comunistas profesionales del periodismo o camaradas dirigentes conocidos. Seguirles la pista, leyendo este rotativo, era ya una ocupación alimentadora de mi ilusión por encontrar el hilo cortado por mi marcha de Barcelona. Ilusión evaporada. El tal rotativo feneció al poco de nacer.

Cinco años de ausencia trastornaron las amistades juveniles. Tampoco yo era igual, siendo el de antes; teniendo idéntico interés por la búsqueda de una camino de clase, definido en un norte político que no estaba preciso al marchar, al regreso era diferente. La inclinación política estaba afincada en la ideología comunista. La formación no era aún suficiente. No obstante, desde la decisión librada, me consideraba

no solamente inscrito en las filas comunistas, sino militante. Si se quiere, un suave escalón que comprometía más la militancia. Era, me consideraba, integrante del Comité de la Agrupación Comunista barcelonesa. Lo que me ligaba a una responsabilidad actuante. Una credulidad en lo transitorio del mal me hacía pensar en una baja provisional que no se alargaría más lejos de dos o tres meses.

El tiempo pasaba y lo accidental adquiría carta de naturaleza. El problema era volver a empezar. Pero tenía que hacerlo desde una situación dada, la de la enfermedad, y de una exigencia concreta, estar absorbido por las exigencias de tratamientos y afán de luchar y vencer.

Ya no era panadero, ni militante activo del partido en Barcelona. No tenía apoyaturas socio-políticas en el pueblo. Lo viejo conocido arrastraba la amistad desvaída de una adolescencia sobrepasada por los años y la nueva conquista política.

Una idea fija me llevaba y me traía por los caminos del pensamiento: alimentación, sol y calcio. Parece que no, pero cómo consume el tiempo y el sosiego una pasión de vivir, de vencer la lesión. Las jornadas no se miden como en el trabajo, por horas; ni siquiera por días y semanas. Tampoco por el salario que se tiene, perdido por la enfermedad, precisamente cuando más lo necesitaba.

Envuelto en ese maremágnum de contrariedades y disposición de superarlas, se presenta en la puerta de la casa de mis padres el capitán de la Guardia Civil y una pareja. Había llegado a ellos la confidencia de que yo estaba envuelto en la difusión de una publicación clandestina que los anarquistas hacían en París. «Liberación.» «¿Yo? —dije—. Les han informado mal.» «No sea usted tonto —respondió el capitán—.» «No hago otra cosa que administrar una enfermedad bastante grave, ante la que hago cuanto humanamente puedo y pueden mis padres.»

Hicieron un registro y se llevaron cuanto encontraron. Libros, periódicos, estuvieran o no relacionados con la política, y entre el material apartado para secuestro, un ejemplar de la publicación «Liberación». Todos sus márgenes estaban apos-

tillados a pluma por mí, criticando el contenido de los artículos o editoriales. «Verán ustedes que si discrepo de la publicación, y no por cosas baladíes, sino de principio, no voy a dedicarme a su difusión.»

«De todas formas —respondió el capitán, con cierto tono de jefe de la Comandancia de la «Benemérita» en el pueblo— tengo orden de detenerlo.» Estaba en la cama. «Ustedes no pueden detenerme sin una autorización médica.» No hicieron mucho hincapié, percatados, sin duda, de que mi estado no lo aconsejaba. Una revisión del médico que me asistía y de otro del servicio municipal dictaminó al día siguiente que, dada la lesión que padecía el enfermo, no permitía su traslado a una prisión sin poner en grave riesgo su vida.

Desistieron de cumplir la orden que dijeron tenían de detenerme, modificándola por la de detención en el propio domicilio. A partir de aquel momento, dos parejas de la Guardia Civil montaron guardia cerca de mi casa, a derecha e izquierda, a una distancia prudencial.

El periódico que hacían los anarquistas en París, que dirigía Eusebio C. Carbó, lo recibía en el pueblo uno de la media docena de libertarios que había, Domingo, por correo, desde la capital gala, y al ver a la Guardia Civil en su casa no se le ocurrió otra cosa que desviarla a la mía, no sé si atribuyéndome su difusión o simplemente diciéndole que era uno de los que lo leía.

La pasividad duró desde julio de 1923 hasta mediados de 1925. La prisión atenuada se alargó por cinco o seis meses. A los dos meses de la visita y registro de la Benemérita, llegó a mi casa un juez militar, instructor del sumario que abrirían; un comandante del Regimiento de Artillería con asiento en Murcia, acompañado de un capitán como secretario. Llevaron toda la carga de libros que la Guardia Civil se llevó cuando el registro y me estuvieron tomando declaración por espacio de cinco horas. A los varios meses recibí una citación del Juzgado de Instrucción de Yecla. Por lo visto, los militares desistieron del caso y lo pasaron a lo civil. De nuevo me tomaron declaración y nadie después me comunicó nada.

A mediados de 1925, ya bastante mejorado, traté de buscar trabajo en el pueblo. Lo encontré e inicié una etapa normal, con la cautela y la preocupación de que la lesión se pudiera reproducir. Por esto empezó en mi vida una nueva etapa.

## DE NUEVO EN LA CASA DEL PUEBLO

En el pueblo, como en el resto del país, lo de la Unión Patriótica se tomaba a chacota, era la rechifla de mucha gente. Sin embargo, no aparecía actividad alguna en oposición a la dictadura, ni siquiera contra el alcalde y el Concejo Municipal, designados por el Gobierno Civil.

Se criticaba la aceptación de los socialistas Julián Besteiro y Francisco Largo Caballero del nombramiento con que los distinguió el Gobierno del general Primo de Rivera, el primero para integrar la Asamblea Nacional y el segundo, como representante del Consejo de Estado.

Al poco tiempo de estas designaciones, el Gobierno levantó la clausura de la Casa del Pueblo; antes permitió la actividad legal del Partido Socialista y de la U. G. T.

Ya encuadrado en una vida normal, incluso antes, estando enfermo, cultivé amistades con jóvenes de mi edad y con adultos. Unos, los jóvenes, independientes, mostrando simpatías republicanas e incluso cerca de los comunistas, a su manera. Eramos un grupo de cinco, con una gran amistad fraternal. Discutíamos con mucha frecuencia y no se daban discrepancias. Hubo ocasiones que nos planteamos qué hacer. En ningún caso oculté mi militancia comunista, aunque en aquel tiempo fuera pasiva. Otras amistades con hombres de mayor edad, las mantuvimos con un grupo de republicanos. Mostraban inclinación por atraernos a las filas republicanas. Ante insinuación de alguno porque nos inscribiéramos en su círculo, le manifestamos claramente que no. Estábamos dispuestos a aunar voluntades para la acción contra la dictadura y su instrumento político, la U. P.; es decir,

a una actividad unitaria, pero nada más.

El problema que se nos planteaba era qué camino abríamos para poder ligarnos al sector más importante del pueblo: los obreros agrícolas y los campesinos, albañiles y otros pequeños grupos de artesanos, oficinistas y comerciantes. La masa esencial la formaban los citados en primer lugar. Una buena parte estaba en la Casa del Pueblo. La circunstancia de que estuviera afiliada a un mismo tiempo a la U. G. T. y al Partido socialista, constituía un obstáculo para los que formábamos un grupo de amigos no identificados con el P. S. O. E., sí en oposición, por la colaboración con el Gobierno dictatorial de algunos de sus dirigentes, como el de los casos ya mencionados.

Por lo que a mí concretamente se refiere, o se refería, mi resistencia a ingresar así no más a la Casa del Pueblo, dada su filiación socialista, era manifiesta y notoria ante el grupo de amigos. Por otra parte, ninguno de ellos mostraba deseos, por situaciones particulares de trabajo, a dar el paso de afiliarse al P. C. En aquella situación, pensar en organizar el P. C. nos habría cerrado el camino para su desarrollo y especialmente para vincularnos con la masa trabajadora agrupada en la Casa del Pueblo.

Las veces que en el grupo de amigos se abordaban estas cuestiones había concordancia en la oposición a la dictadura y en la actitud discrepante, opositora, de quienes, desde el campo obrero o demócrata, colaborasen con el Gobierno dictatorial. Había cierta simpatía hacia los comunistas, pero negativa a inscribirse.

Aunque todos teníamos criterios sobre los problemas político-sociales e independencia para hablar sobre ellos y defender sus puntos de vista, el que generalmente apuntaba o iniciaba posiciones o conveniencias era yo. Un inconveniente en el grupo que facilitara ligarse a los obreros agrícolas y a los campesinos, era que en el grupo de amigos no contábamos con ninguno. Particularmente yo tenía amistad con algunos jóvenes trabajadores de la tierra. Unos estaban en la Juventud Socialista y otros no. Críti-

caban la colaboración de dirigentes socialistas con la dictadura y el que a cambio de la colaboración tolerara el Gobierno la legalidad del P. S. y la U. G. T.

Para mí, la situación aparecía clara. Si me decido a formar el Partido Comunista, en una situación como aquella, será raquítico y sin peso ante la masa organizada en la Casa del Pueblo. Hace falta buscar un resquicio que nos resuelva de momento el problema. Estas consideraciones las expuse ante otros muchachos que coincidían totalmente con la militancia comunista y sentían un aprecio personal por mí, llegando, tras reflexionar y medir los pros y los contras, a tomar la decisión de solicitar el ingreso en la Juventud Socialista. Lo hicimos y fuimos admitidos, con la natural satisfacción por los compañeros que la dirigían.

Al poco de militar en la Juventud, y viendo la inyección de entusiasmo y actividad que aportamos a la organización, fuimos elegidos para el Comité de la J. S. que había de regir la actividad de la misma durante el año 1929. Con los tres que dimos el primer paso, lo hicieron otros tres del grupo de amigos.

El paso dado había sido acertado. El centro de actividad en la Casa del Pueblo, en la práctica, pasó de la Agrupación Socialista a la Juventud. De ser ésta una organización raquítica, sin trascendencia en la Casa del Pueblo y mucho menos





fuera, pasó a cuadruplicar sus efectivos y a ser una fuerza política muy influyente en la Casa, en el transcurso de 1929 y 1930. En el seno de la J.S. fuimos localizando a compañeros con los que teníamos libertad para hablarles del Partido Comunista, de la unidad de acción de comunistas y socialistas y de la unidad sindical de la U.G.T. con la Federación de Sociedades Obreras de San Sebastián y de todo este movimiento con la C.N.T.

En esta ocasión se reproducía el caso de la Juventud Socialista Madrileña, en 1919; de la Federación de Juventudes Socialistas, en 1920, y de la que fue reconstruida después que la anterior se convirtió en Partido Comunista Español en abril de 1920, que también, cuando la escisión del P.S., en 1921, se pasó toda ella al Partido Comunista Obrero, quedando apenas el cuñado de Saborit, Mariano Rojo y José Castro, que era funcionario del Instituto Nacional de Previsión, para improvisar una nueva Juventud Socialista, en la que el primero, Mariano Rojo, era secretario general, y el segundo, José Castro, presidente.

Cuando la huelga política de 1930, la Juventud Socialista, la Agrupación y los albañiles formaban el comité de huelga, en el que estaba yo representando a la juventud.

En los meses de noviembre y diciembre de 1930 surgió en la J.S. la idea de presentar una candidatura para el comité de la Agrupación Socialista, esto es, de la Casa del Pueblo. Realizadas las elecciones, fue aplastante la victoria de la can-

didatura propugnada por la J.S., en la que había también algún adulto identificado con la lucha que los jóvenes socialistas veníamos sosteniendo. En esta candidatura triunfante figuraba yo como presidente.

Tratamos de averiguar cómo entrar en contacto con la dirección central del Partido Comunista. En ese año de 1931, triunfante la República y formado el primer Gobierno republicano, levantamos en el pueblo la bandera de la reforma agraria y el rescate del patrimonio comunal que habían arrebatado al pueblo los caciques de infinidad de generaciones, para entregarlas a los obreros agrícolas que carecían de tierra. Existía entonces en Jumilla una masa de trabajadores agrícolas muy combativa. Eran los que se dedican a las penosas tareas de la recogida del esparto y de la agricultura. Nuestra justa prédica nos ganó la entusiasta adhesión del sector jornalero y bastantes campesinos pobres.

### ANTE UN PASO DECISIVO

La Juventud Socialista y la Agrupación Socialista, o sea, la organización de la Casa del Pueblo, estaba dirigida por compañeros que sentían una gran simpatía por el Partido Comunista. Muchas veces hablábamos si ahora viviera José García («Cadáver»), el que en los meses finales de 1919 se batía en las asambleas de la Juventud Socialista en defensa de la Revolución Socialista de Octubre y por el ingreso en la III Internacional, vería coronado el fruto de su lucha.

Una vigorosa lucha contra la política del Gobierno republicano-socialista, de contemplación con la reacción y de no dar satisfacción a los anhelos de tierra y libertad de los trabajadores, se desarrollaba en el pueblo. En contra de una tal política se libraba en el pueblo una lucha incesante de la que se dirigían peticiones al Gobierno y protestas por no ser atendidas.

Al fin, hallamos cómo escribir al Comité Central del Partido Comunista. Conseguimos el vínculo por mediación de una editorial suya, a la que pedíamos materiales, de los

que difundimos bastantes (libros, folletos, etc.).

Desde nuestras primeras comunicaciones al C.C. empezamos a exponerles la situación que teníamos. Una influencia grande en la Casa del Pueblo, dirigiendo la Casa y la J.S. Habíamos entrado en contacto con la Federación de Sociedades Obreras de San Sebastián. El hecho de que el edificio de la Casa del Pueblo estuviera a nombre del P.S. era una dificultad para lograr un viraje completo, para el que había condiciones. Sencillamente no sabíamos qué solución darle al problema de nuestra influencia. Una y otra vez, el C.C., y en su nombre el camarada Luis Arrarás, que debía estar en organización, nos contestaba que «para ingresar en el Partido Comunista era preciso demostrar una permanente y decisiva lucha contra el Gobierno y los social-fascistas que participaban en él».

Vuelta por nuestra parte a insistir pidiéndoles que necesitábamos que el partido enviara algún camarada a ayudarnos a dar una salida al importante movimiento de la Casa del Pueblo, que con la sola oposición de un grupo de veteranos socialistas que estaban incondicionalmente al lado del P.S., dirigíamos los camaradas del partido, o que estábamos con el partido. En una palabra, necesitábamos ayuda y la reclamábamos. Luis Arrarás una y otra vez contestaba lo mismo: «Que para ingresar en el P.C. necesitábamos demostrar que luchábamos contra el Gobierno y los socialfascistas que estaban en él.»

Huelga enumerar las cartas que mandamos, obteniendo siempre la misma respuesta. No les bastaba saber que difundíamos 50 ejemplares de «M.O.», tres veces más que de «El Socialista». Había domingos que esa cifra de 50 se duplicaba. Que difundíamos centenares de libros y folletos. Que se nos había creado una situación en la Casa del Pueblo insostenible si no acertábamos a darle una solución. Para buscarla necesitábamos una ayuda del Comité Central.



## COMO SE FORMO EL P.C. EN JUMILLA

El C.C. nos acosaba a luchar contra «los socialfascistas» por mediación de Luis Arrarás, sin tomarse siquiera la molestia de hacernos una visita para ver si lo que solicitábamos merecía ser atendido o precisábamos seguir haciendo «méritos» para tener acceso al partido.

En tales circunstancias, quienes fueron a Jumilla, reclamados por los viejos dirigentes de la Casa del Pueblo, fueron dos miembros de la Comisión Ejecutiva del P.S.O.; uno, Felipe García (panadero) y el otro no recuerdo. Ya allí, ayudaron a los camaradas a solicitar una asamblea extraordinaria de la Agrupación Socialista para examinar la política que seguía. Convocamos la Asamblea. La presidí yo, como titular, pero ni en el acto ni en un cambio de impresiones que habíamos tenido los más identificados con la adhesión al partido acertamos a encontrar la mejor solución.

«Respondiendo a la petición de un grupo de compañeros y hallándose presente una delegación de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista, en la que se pide examinar la orientación que sigue el Comité de la Agrupación, hemos convocado la presente asamblea. El orden del día es —dije yo— examinar la orientación de la Agrupación frente a la política del Gobierno, para que los compañeros digan si responde a su sentir o, por el contrario, consideran que debemos modificarla en el sentido de estar de acuerdo de manera incondicional con el paro obrero, con la falta de una reforma agraria que vienen pidiendo los trabajadores y los campesinos modestos desde que se proclamó la República, y sobre lo que el Gobierno no ha hecho nada; con la política de tolerancia ante las actividades de la reacción fascista y con la política represiva que sigue con el movimiento obrero y su prensa.»

Y agregué: «Contra esa política que aplica el Gobierno y que suscriben los ministros, los diputados y la Ejecutiva del P.S.O. estoy yo, y están los compañeros del comité de la Agrupación, que la vienen vo-

tando reunión a reunión. Por si hay alguien que ha venido con la idea de provocar un escándalo de consecuencias imprevisibles (teníamos noticias de que había un pequeño grupito, a la cabeza del cual estaba el presidente de la Sociedad de Pastores y Muleros, preparado para la provocación, con la idea de hacer intervenir a la fuerza pública), no debemos darle el gusto de que logren sus designios.»

«Por consiguiente, compañeros, pongo fin a mis palabras expresando mi total desacuerdo con la política del Partido Socialista y del Gobierno. Estoy total y absolutamente identificado con las aspiraciones de los trabajadores y del pueblo en la necesidad de mejorar las libertades políticas, resolver la carencia de trabajo o dar una subvención a los parados, con la realización de una pronta reforma agraria que entregue a los obreros y campesinos las tierras de los grandes terratenientes que no están bien cultivadas, que no se reprima la prensa obrera, como ha sucedido recientemente con el diario **Mundo Obrero**, que ha sido suspendido por denunciar la sublevación que preparan el general Sanjurjo y la reacción fascista; por todo esto y otros aspectos de la política oficial, presento mi dimisión de presidente de la Casa del Pueblo, no porque esté contra ella, sino por la estructura de ser a un mismo tiempo filial de la U.G.T. y del Partido Socialista.» Dejé la presidencia y me marché de la reunión. Tras de mí marchó casi toda la gente. Quedó un pequeño grupo para cocinarse cómodamente el «enderezamiento» de la política de la Agrupación Socialista.

Tras de los que salimos, totalmente identificada, salió la Juventud Socialista, menos media docena, entre los que figuraban dos que, aun estando de acuerdo con nosotros, quedaron por conveniencias particulares.

## EL PRIMER MITIN COMUNISTA

Un sábado de la primera semana de febrero de 1932 tenía lugar la Asamblea de la Agrupación U.G.T.-Socialista; al día siguiente, domingo, solicitamos el local del cine Moderno para la celebración de un mitin del Partido Comunista de España, en el que harían uso de la palabra los camaradas Rafael Millá, miembro del Comité Central del P.C., y yo.

Al propio tiempo estuvimos gestionando sala para realizar una asamblea en la que se constituyera la Agrupación Comunista. No se llevó a cabo por negársenos cuantos locales gestionamos. Ante las dificultades de encontrar local, editamos unas octavillas invitando a una manifestación para el tercer domingo de febrero, en lugar que avisaríamos previamente.

El mitin del cine Moderno, con aforo para cerca de 1.500 personas, estuvo abarrotado, y la gente agolpada a las puertas sin poder entrar. Hubo un entusiasmo desbordante. Se aplaudió los planteamientos hechos por el camarada Millá, y, en lo que a la localidad se refería, por mí, con ovaciones y aclamaciones incesantes.





Como estaba proyectado y anunciado, el domingo siguiente al del mítin celebramos una asamblea a cinco kilómetros del pueblo, en una cueva que había en una montaña de Los Berciales. Cabrían unas cien personas. Al ver la cavidad de la cueva y la gente que éramos, no cesábamos de reír. Tuvimos que realizar la asamblea fuera de la cueva, al aire libre y en plena montaña.

## CONSTITUCION DE LA AGRUPACION COMUNISTA

A la Asamblea del Partido Comunista en Jumilla, celebrada en la montaña por negarnos local, asistieron más de 700 trabajadores agrícolas, algunos campesinos y tres o cuatro jóvenes de distintos oficios artesanales y un dependiente de comercio.

Llevábamos preparados los estatutos de los famosos 20 artículos, que fueron aprobados por aclamación y en medio de aplausos muy prolongados. Fue un acto importante. Además del acto constitucional del partido de los trabajadores, se plantearon algunos objetivos de lucha. Primero abrir un local y qué nombre se pondría al local. También se aprobó por unanimidad que al local del Partido se le pusiera Centro Obrero Comunista. Segundo, que no nos limitáramos a un local cualquiera, que de momento sí, lo que encontráramos, pero que era necesario pensar en un local propio con instalaciones mínimas: biblioteca, sala para escuela, café y secretarías para las necesidades del partido y la juventud.

Se acordó intensificar las manifestaciones y la lucha contra el paro; reclamar participación en el Comité Agrícola local; levantamiento de la clausura de **Mundo Obrero**; proseguir con más fuerza la acción en pro de la reforma agraria y por la recuperación de la tierra propiedad del pueblo (de los bienes comunales), y, finalmente, iniciar una campaña contra la política de negligencia y de tolerancia del Gobierno con los grupos fascistas y los pistoleros que pagaba la reacción y contra los provocaciones de ésta.

Se eligió un comité de siete camaradas y una comisión que, asesorada por el comité, resolviera la necesidad de mobiliario para el local. Fueron originales las soluciones que la comisión arbitró para dotar al local de los muebles más precisos. Ahora que ya pasó, y los guardas forestales no molestarán, se puede decir. Un grupo de cuatro y un carro con dos mulas fueron a un bosque comunal, situado a 10 ó 12 kilómetros del pueblo, serraron un par de pinos apropiados y se los trajeron a una aserradería, y con un buen carpintero amigo nuestro planearon la aserradería de aquella madera, se cepillaron los tablonos y se contruyeron bancos, sillas y una mesa. Después de hechos los muebles, se barnizaron y al final resultaron de estilo campero muy moderno.

No tardamos mucho en encontrar local en plena calle principal. Los altos de una casa de dos plantas. Hicimos nuestro cartelón, con el nombre que se acordó, y lo plantificamos sobre los dos balcones centrales de los cuatro que ocupábamos.

## COMENTARIOS SOBRE LA MARCHA DE LA CASA DEL PUEBLO

Nuestra ida de la Casa del Pueblo, y sobre todo la salida que yo le di, fue criticada por los camaradas y otros obreros que, sin militar todavía en nuestras filas, compartían nuestra política y nuestra actitud en su aplicación en el pueblo. La crítica consistía en que yo no tenía que haber puesto la dimisión de la presidencia de la Casa del Pueblo. Que yo debía haber adoptado la posición de que se discutiera. Y lo que no estuvieran de acuerdo con lo que se hacía que se hubieran marchado, si querían. Y si alguien intentaba provocar, la asamblea —decían— los habría tirado por los balcones. Pensaba entonces, y pienso ahora, que, efectivamente, la crítica de los camaradas y los demás obreros que la hacían era justa. Que quizá lo más ventajoso hubiera sido hacer frente a la situación. Aunque considero justa la crítica, dudo si la

salida era caer en la provocación que los dirigentes socialistas reformistas, y los dos miembros de la Ejecutiva que con ellos la planearon, en colaboración con el alcalde republicano, o nos habría perjudicado y desprestigiado más que con la salida que le dimos. De todas maneras, la Casa era de ellos y las consecuencias que resultaran si les dábamos motivo a desarrollar su provocación.

Como agua pasada no mueve molino, ahora no puede corregirse el error. Aquél fue un problema que queríamos nos hubiera ayudado el Comité Central a encontrarle la mejor solución.

A pesar del error, si lo hubo, y yo tengo mis dudas, lo cierto es que la Casa del Pueblo quedó enormemente debilitada, y nosotros, los comunistas, dirigiendo a las masas desde fuera y organizando las actividades y huelgas que nos valieran persecuciones y procesos. Entonces y hasta el final de la guerra, nuestra influencia en las masas no decayó.

**Antonio GUARDIOLA**





## Movimientos urbanos: Cuestión municipal y democracia avanzada. Tres notas. Jordi Borja

# MOVIMIENTOS URBANOS: CUESTION MUNICIPAL Y DEMOCRACIA AVANZADA.

AVANZADA, TRES NOTAS

JORDI BORJA.

Las reivindicaciones urbanas y las movilizaciones que aspiran a la democratización de la vida municipal (democracia local) forman parte hoy del gran movimiento popular por la ruptura y la democracia, por una mayor igualdad social a partir de reformas socio-económicas urgentes. Pero estas reivindicaciones y movilizaciones, como las que se dan en el movimiento sindical, en la enseñanza, en la sanidad, en el campo, van más allá, apuntan hacia soluciones socialistas, o en todo caso, pueden ir en esta dirección.

### 1. LA CUESTION MUNICIPAL EN LA PERSPECTIVA DEL SOCIALISMO

Nuestra preocupación respecto a la cuestión municipal no se reduce a una cuestión táctica de tipo democrático, un eslabón particularmente débil del Estado autoritario, una ocasión para la movilización de masas en la ciudad y los barrios. Es un aspecto importante, como lo es otra dimensión, que está también en la base de la mayoría de los movimientos urbanos: la defensa de las condiciones de vida, la lucha por la vivienda y los equipamientos, las reivindicaciones relativas al salario indirecto.

Las reivindicaciones urbanas y las movilizaciones que aspiran a la democratización de la vida municipal

(democracia local) forman parte hoy del gran movimiento popular por la ruptura y la democracia, por una mayor igualdad social a partir de reformas socio-económicas urgentes (fiscal, régimen del suelo, rol del sector público en la vivienda y los equipamientos, planeamiento urbano y regional, etc.). Pero estas reivindicaciones y movilizaciones, como las que se dan en el movimiento sindical, en la enseñanza, en la sanidad, en el campo, van más allá, apuntan hacia soluciones socialistas, o en todo caso pueden ir en esta dirección.

La vía democrática al socialismo no es una vía simplemente electoral: una victoria en unas elecciones que permite tener mayorías parlamentarias y de Gobierno y aplicar una serie de medidas transforma-

Este artículo recoge gran parte de la introducción del documento de política municipal, elaborado por el P.S.U.C. en 1976. Se han modificado algunas cosas y se ha redactado de nuevo el punto 2: "Cambio democrático y democracia local".

LA GENTE VINO HACE AÑOS  
AL FALTAR PAN Y TRABAJO.



EN MADRID BUSCARON CASA.  
ES DIFIKIL ENCONTRARLA.





doras. Para conseguir estas mayorías y para poder aplicar estas medidas es necesario que las fuerzas sociales y políticas socialistas, avanzadas, hayan ido conquistando posiciones de hegemonía en todos los niveles de la sociedad, es necesario que en la sociedad se desarrollen «elementos de socialismo»: en la vida económica, cultural, administrativa, es decir, en los mecanismos de acumulación y consumo, de cohesión ideológica y en los valores sociales, en la gestión y en la participación en el sistema político.

Si los comunistas, si la izquierda pensara que el socialismo se reducía a «tomar el poder» en un momento dado, fuera por la vía insurreccional o electoral, la cuestión municipal se reduciría a una utilización, con el fin de aumentar las fuerzas para el día «D». La práctica comunista fue, durante mucho tiempo, limitarse a una buena gestión social para ganar la confianza de las masas populares y utilizar estas posiciones para hacer propaganda del socialismo. La práctica socialdemócrata ha sido más limitada aún: utilizar la gestión municipal para hacer electoralismo indiscriminado y aumentar los ligámenes de la organización política local con el aparato político estatal y los intereses económicos.

Pero hoy la sociedad civil, en los países capitalistas, ha ido madurando para el socialismo y exige cada vez más soluciones de este tipo. También en el nivel municipal y urbano: el planeamiento, la municipalización del suelo o de los servicios, la vivienda como servicio social, la descentralización y la participación ciudadana, etc., se han convertido en objetivos cada vez más mayoritarios. Aquí se dibuja una nueva concepción de lo que son las soluciones socialistas. El socialismo ya no es sinónimo de «estatización», no se reduce a la política de expropiación del gran capital y de planificación central e integral que un partido o un conjunto de partidos aplican desde el poder. Los elementos de socialismo que se apuntan en la sociedad civil y en el interior mismo del Estado en el marco local y regional, en el poder

contraactual y político de los sindicatos, en la fuerza de los partidos de izquierda, con los que se debe negociar, aunque no gobiernen, en la hegemonía de las ideas democráticas avanzadas, igualitarias, en la cultura y en los aparatos del Estado, señalan otras dimensiones del socialismo, mucho más complejas que las versiones esquemáticas y primitivas del socialismo estatista. Un socialismo descentralizado y pluralista, una propiedad pública y semipública que puede revestir diversas formas (estatal, nacional o regional, cooperativas, empresas sindicales, municipales, etc.), una organización social múltiple y libre como corresponde a una sociedad compleja y desarrollada, una cultura y una ideología ni oficiales ni dependientes del Estado, sino diversas y libres como las formas de vida social organizada que les producen y expresan. El socialismo democrático y descentralizado es lo contrario de un socialismo estatista y burocrático.

En el estado democrático la lucha por el socialismo se libera al interior de todas las instituciones del Estado. Es una lucha de posiciones y no de movimientos (Gramsci) define todo un período histórico, y no es la batalla de un día que se espera fortificado desde organizaciones e ideologías marginales a la vida social. Por esto, en la concepción de la vía democrática al socialismo, la cuestión de las nacionalidades, de las autonomías regionales, de la democracia municipal, adquieren una especial relevancia. No se trata de reducirse a tareas de eficaz gestión social (desde el poder local) o a plantear reivindicaciones de viviendas y de servicios (desde la oposición), aunque esto sea indispensable. Tampoco, en el extremo opuesto, podemos pensar que el Estado socialista se construye paso a paso, empezando, por ejemplo, por el barrio y la empresa y subiendo gradualmente. De lo que se trata es de entender la lucha por el poder local, en este caso, como un movimiento en el que se combinan la presión social popular con el acceso a las instituciones municipales, y desde aquí acelerar el doble proceso de transformaciones socio-económicas y de reforma democrática

del Estado en el marco de un movimiento más amplio destinado a conquistar la hegemonía, la mayoría, en la sociedad y en acceder a los centros de poder político en el Estado.

El poder municipal es un punto de encuentro entre la sociedad civil y el Estado.

En este nivel se combinan las reivindicaciones ligadas a las condiciones de vida con la organización de la gestión social. La vida cotidiana y la vida política se confunden en la vida ciudadana y municipal. Las luchas sociales repercuten más directamente en el sistema político, los valores y las ideologías avanzadas pueden concretarse en líneas de actuación inmediatas. Es un terreno especialmente favorable a la conquista de la hegemonía por parte de las fuerzas populares y socialistas.

Porque nada nos parece más erróneo que suponer que, por el hecho de que los movimientos urbanos y la gestión municipal no están en el centro ni de los mecanismos de acumulación capitalista ni de los aparatos de decisión política tienden inmediatamente a la integración reformista o a la protesta marginal. Si en la sociedad urbana se pudiera ahogar la lucha de clases, si el capitalismo monopolista pudiera llevar hasta sus últimas consecuencias su lógica de desarrollo, si el Estado centralista burocrático fuera la única dimensión política de las sociedades occidentales, seguramente sería así. Pero a estas tendencias se oponen otras, como son:

a) La importancia adquirida por el consumo colectivo y por el salario indirecto en el capitalismo desarrollado y las formas de explotación indirecta que se dan a este nivel, con la correspondiente importancia de las luchas sociales urbanas.

b) El papel del Estado, y en este caso de la Administración Local, como gestor de esta explotación, la necesidad de tener en cuenta las presiones sociales y la contradicción que representa que fuerzas de carácter socialista conquisten la dirección de las instituciones locales. En los aparatos del Estado, en los órganos políticos locales, en la

Administración y en los organismos técnicos, por sus funciones cada vez más extensas y por la presión social mayoritaria, tienden a imponerse criterios de racionalidad y de planeamiento, de interés público colectivo, de justicia social, de descentralización.

c) Las contradicciones internas del capitalismo a nivel territorial urbano. Encontraremos los intereses de la propiedad del suelo, de los grandes constructores (pero también del capital bancario e industrial que intervienen en la especulación del suelo y en la construcción) que tienden a la apropiación de las plusvalías urbanas, a la sumisión de la ciudad a la lógica del beneficio inmediato (con los consiguientes déficits sociales), a disminuir al máximo la presión fiscal y, por tanto, los recursos públicos. Pero también se dan tendencias opuestas: necesidad de disminuir las rentas especulativas del suelo por parte del capital industrial y comercial, de atenuar las presiones sociales en el lugar de trabajo a través de una política de servicios públicos, de hacer más eficaz la actuación de la Administración para evitar el progresivo colapso urbano.

d) La progresiva legitimidad mayoritaria que adquieren las soluciones de democracia político-social, de carácter socialista, no solamente entre las clases populares, sino también entre las clases medias, aparatos del Estado y servicios públicos, medios técnicos y profesionales, así como medios culturales y de comunicación de masas e incluso entre sectores del capitalismo. Estas soluciones no aparecen como válidas como resultados de un convencimiento intelectual, sino como consecuencia de la lucha de clases, ya que si ésta no se diera en forma de luchas sociales, de denuncias respecto a la corrupción, de exigencias de planeamiento y participación, la ciudad capitalista se desarrollaría con costes sociales, organización burocrática y emulación especulativa crecientes. Las soluciones de urbanismo y gestión municipal que adquieren esta legitimidad (el control público del suelo y del derecho de edificación, una política de vivienda y equipamientos que sirva igual a todos los ciu-

dadanos, la democratización de la Administración local, el desarrollo de la vida colectiva, etc.) tienen el doble carácter de dar prioridad a los agentes públicos sobre los privados y de articular la gestión administrativa con la participación social. Es decir, se enfrentan tanto con la lógica del capitalismo monopolista como con la del Estado burocrático.

## 2. CAMBIO DEMOCRÁTICO Y DEMOCRACIA LOCAL

Hoy la crisis política que vive el país, instalado en un proceso de transición hacia la democracia desde instituciones heredadas del Estado autoritario y empujado por partidos y movimientos tolerados pero no reconocidos legalmente, se manifiesta con fuerza particular a nivel local.

En primer lugar, porque aquí no puede darse, como ocurre en el nivel central del Estado, una cierta iniciativa de la monarquía y del gobierno, empeñados en controlar el proceso de transición y, por tanto, también obligados a plantear soluciones democráticas. A nivel local, mientras el cambio democrático no se haya producido del todo y se refleje en nuevas instituciones, los gobernadores civiles y los alcaldes no tienen ni fuerza ni legitimidad para desarrollar iniciativas propias. En segundo lugar, porque la crisis política y social es aquí especialmente aguda. La agravación de los problemas urbanos, resultado de veinte años de capitalismo salvaje y especulativo, así como de incompetencia y especulación de la Administración, ha conducido a una situación caótica, al mismo tiempo que se desarrollaban amplios movimientos ciudadanos y se constituía una fuerte vida asociativa en los barrios.

En este período de transición, sin embargo, aparece en la Administración local una nueva política, que pretende recuperar la iniciativa y frenar la presión ciudadana. Se trata de la política inaugurada por los alcaldes y gobernadores más identificados con la línea del gobierno, y que consiste, en primer lugar, en considerarse como admi-

**EN TIERRAS QUE NO TENÍAN GRAN VALOR SE CONSTRUÍA.**

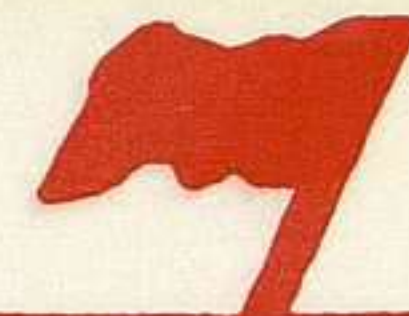


**LUEGO RESULTA QUE VALEN Y, HALA, A LA PUTA CALLE.**



**ACUDEN A AYUNTAMIENTOS PARROQUIAS Y MINISTERIOS**





nistradores de la transición, a los que no se puede pedir una política a largo plazo, pero que intentan dar una solución técnica a los problemas más urgentes que están planteados. En segundo lugar, se aceptan todas las demandas expresadas por la población, y se establece diálogo con las asociaciones y entidades, pero sin abordar de hecho ninguna realización importante ni modificar el estatuto legal de las Asociaciones (muchas de ellas aún en «trámite» y, en general, con escasísimas posibilidades de control y participación en la gestión municipal). Y en tercer lugar se mantienen proyectos y operaciones puntuales, de efectos a menudo irreversibles (pérdida de espacios de uso público, densificación de áreas urbanas, destrucción de patrimonio natural, artístico o histórico, realización de obras públicas al servicio de una política urbana concentradora y especulativa, etc.).

Pero también en este período se dan dos elementos positivos nuevos. El movimiento de barrios alcanza *categoría ciudadana*, tanto en sus formas organizativas (Federación de AA.VV., por ejemplo) como por su rol cívico-político. Las cuestiones globales de la política urbana y de las instituciones locales pasan a primer término. Los casos de Madrid, Barcelona y Bilbao son particularmente importantes. El otro aspecto nuevo y positivo es la aparición fulgurante de los *partidos políticos*, tanto en la escena política general como en la local. Los partidos aparecen como portadores de proyectos políticos y sociales globales que inciden directamente en la política de la transición. Para ello deben superar, claro está, el tradicional papel de denuncia, de estímulo de las reivindicaciones populares, de denuncia de la corrupción y el autoritarismo, del planteamiento de exigencias democráticas genéricas. Todo esto debe ser desarrollado en propuestas institucionales, socio-económicas y urbanas, que haga aparecer a los partidos como agentes de *construcción de la democracia*, y de esta forma ingerir decisivamente en el proceso de transición.

Ante la política reformista a nivel

local, creemos que, tanto el movimiento ciudadano como los partidos políticos democráticos, deben plantear dos tipos de propuestas.

En *primer lugar*, propuestas de actuación para hoy sobre la base de una *política municipal para la transición*, negociada entre la administración local y el conjunto de asociaciones y entidades que integran el movimiento ciudadano. Esta política municipal para la transición nos parece que queda perfectamente contenida en el documento que la Federación de AA.VV. de Barcelona presentó al alcalde Socias, cuando éste tomó posesión de su cargo (diciembre del 76). Los principios expuestos en este documento y en otras propuestas de la F.A.V. pueden resumirse en los siguientes puntos:

1. Transparencia y apertura de la gestión municipal respecto a la ciudad. Aquí pueden incluirse un conjunto de medidas destinadas a desarrollar la información pública respecto a la gestión municipal; descentralizar funciones en las Juntas Municipales de Distrito y otorgar posibilidades de control a las AA.VV.; revocación de los cargos políticos municipales que se hayan distinguido por su comportamiento antidemocrático; plenos municipales abiertos e información constante a las Asociaciones y ciudadanos en general; promoción de un debate público sobre la estructura municipal, etc.

2. Política urbana para la transición concretada, sobre todo, en dos puntos: *congelación* de todas las actuaciones que puedan producir efectos irreversibles y que hayan sido criticadas por el movimiento ciudadano y puesta en marcha de un plan de urgencia negociado con las organizaciones ciudadanas que dé respuesta a los problemas más urgentes y que sanee la gestión municipal. Aquí pueden incluirse desde la realización de obras de equipamientos y viviendas de carácter social hasta la recuperación de espacios y locales para uso público; desde la supresión de gastos suntuarios hasta una política municipal de compra del suelo, etc.

3. Defensa de los derechos ciu-

dadanos y del ejercicio de las libertades.

El movimiento ciudadano debe exigir de los actuales gestores de la Administración local, el reconocimiento práctico de derechos democráticos elementales, empezando por la legalización de las Asociaciones y el ejercicio de las libertades públicas (reunión, manifestación, etc.).

La diferencia entre la demagogia reformista y una sincera voluntad de ir hacia la democracia se sitúa precisamente en este terreno: en el reconocimiento de las libertades y del correspondiente protagonismo popular en el proceso de cambio político.

Decíamos que habría que plantear dos tipos de propuestas. Las segundas corresponden, sobre todo, a los partidos políticos, aunque también el movimiento ciudadano debe expresarse al respecto y se refiere a la configuración, desde hoy, de las instituciones que deben hacer posible la democracia local. Los principios de una organización municipal democrática pensamos que deben ser:

- El principio de autonomía.
- El principio de descentralización.
- El principio de la electividad y de la representatividad y revocabilidad.
- El principio de la participación y control populares.

Estos principios no son unos principios que se desprenden de unas necesidades técnicas de tipo urbanístico o administrativo. Se desprenden de una opción política que puede resumirse así: construir una ciudad lo más igualitaria posible y en la que el conjunto de la población participe cada vez más en su Gobierno.

*El principio de autonomía* debe entenderse según dos criterios:

1. Todas aquellas funciones que puedan cumplirse a un nivel inferior deben dar lugar a que los órganos correspondientes tengan las competencias propias, de carácter exclusivo y decisivo que les corresponden.

2. Los órganos superiores pueden tener órganos delegados o descentralizados (por ejemplo, la

Generalitat en los municipios) que no deben confundirse con los órganos autónomos propios (por ejemplo, el Ayuntamiento no debe ser un órgano delegado). Desaparición de la figura del gobernador civil.

En concreto, el principio de la autonomía debe aplicarse en Catalunya a tres niveles: Generalitat, división regional, provincial o comarcal y municipio. En otro momento nos referiremos a los niveles supramunicipales. Pensamos que un punto de partida puede ser la Divisió Territorial de la Generalitat de 1936, con el caso especial del área metropolitana barcelonesa.

En el período constituyente habría que ver otros:

- La cuestión del traspaso de competencias y la división de competencias en los tres niveles citados.
- La financiación de los entes locales y los mecanismos de colaboración intermunicipal (Cajas de Compensación, Banco de Crédito Local).
- La creación de nuevas unidades supramunicipales (mancomunidades de Municipios, sobre todo, en los casos de municipios pequeños) e intramunicipales (división por distritos, en los casos de grandes municipios).

**El principio de la descentralización.** La descentralización de funciones es el mejor medio para asegurar el conocimiento directo de los problemas por parte de la Administración y la participación y control democráticos de la población. Es una garantía de eficacia y de democracia.

En el caso de Barcelona, la descentralización presupone una *nueva división por distritos*, pues los doce actuales no están correctamente delimitados y son demasiado grandes, y una nueva concepción de las *Juntas o Consejos Municipales de Distrito*.

Los actuales distritos deben ser reestructurados para dar lugar a nuevas unidades más homogéneas, desde el punto de vista geográfico y social, y con una talla que permita tanto la actualización de los órganos descentralizados como la par-

ticipación y control popular. Pensamos que se puede dividir Barcelona en unos 30 a 35 distritos aproximadamente, con una talla aproximada de 50 a 75.000 habitantes.

Las competencias de las Juntas Municipales deben ser objeto de una nueva formulación basada tanto en su carácter electivo como a que dispongan de una real descentralización de funciones.

**El principio de la electividad y representatividad.** Comportan, en primer lugar, el carácter elegido de los distintos órganos colectivos y la subordinación de los cargos técnicos a los cargos políticos elegidos. La electividad debe aplicarse tanto al Consejo Municipal como a las Juntas Municipales de distrito.

Sobre el sistema electoral, y siguiendo la ley de 1934, preconizamos:

- a) La elección de los «conseillers» por lista única en todo el término.
- b) La elección del alcalde por los «consellers» y entre los «conseillers».
- c) La elección de los regidores (que suplirían a los actuales delegados de servicios) de la misma forma.
- d) La posibilidad de revocación a través del referéndum popular.

Los mismos criterios se aplicarían en las Juntas Municipales de Distrito.

**El principio de la participación y del control popular.** Este principio debe configurar tanto la organización de la Administración Municipal como la gestión de los servicios sociales. Algunos elementos a tener en cuenta son:

- a) La transparencia de la vida municipal. La elaboración democrática del presupuesto y de las grandes actuaciones.
- b) La autogestión o la participación de los usuarios en la gestión de los servicios públicos (transportes, Patronato Municipal de la Vivienda, C.E.N.U. o equivalente, etcétera).
- c) La creación de Comisiones de Control sobre el Municipio con participación de las Juntas de Distrito y de las Asociaciones ciudadanas.

## LES PONEN PLANES PARCIALES Y ASÍ LA LUCHA REPARTEN.



## PERO VEN QUE NO ES PROBLEMA DE UNO SOLO, NI DE TREINTA



## JUNTOS HAYAN SOLUCIÓN: DERECHO DE PETICIÓN.





d) La Delegación de las Juntas de Distrito de las realizaciones de las actuaciones municipales que corresponden a su ámbito o, al menos, su control; por ejemplo, licencias de edificación, gestión de servicios, etc.

Las Juntas de Distrito deben tener un funcionamiento abierto y trabajar sobre las bases de las Comisiones en las que participen las Asociaciones interesadas.

e) El referéndum municipal.

f) La iniciativa popular para proponer decretos municipales.

g) La iniciativa de masas para elaborar las propuestas previas a la elaboración de programas de urbanismo o de programas sectoriales.

h) La participación de los interesados y de las asociaciones de barrio en los proyectos de remodelación y renovación urbanas.

### 3. DEMOCRACIA DE BASE Y DEMOCRACIA REPRESENTATIVA

#### A) La construcción de la democracia de base

El papel del movimiento popular ciudadano no se agota con el cambio democrático. No se trata de que después desaparezca porque ya habrá Ayuntamientos democráticos y partidos políticos. Todo lo contrario, debe continuar para profundizar la democracia, para articular la democracia representativa con la democracia de base. Para que pueda darse este desarrollo de la democracia de base pensamos que deben cumplirse algunas condiciones.

En primer lugar, la movilización social por los intereses inmediatos y las aspiraciones espontáneas que dan vida a estas organizaciones de base debe cumplir una función social, debe ser reconocida institucionalmente a través de mecanismos de participación y control en la vida municipal, de la autogestión de los equipamientos colectivos y los servicios sociales, de la aceptación por parte de la Administración de su

representatividad y capacidad de negociación, etc.

En segundo lugar, para que la articulación con la democracia representativa sea posible es necesario que las instituciones públicas estén lo más descentralizadas posible y sean representativas a todos los niveles (distrito, comarca, regiones, etc.). Y, por último, la existencia de verdaderos partidos de masas, presentes en estas organizaciones de base y de grandes organizaciones sindicales, con formas también de organización territorial, proporcionan estímulos importantes al desarrollo de la democracia de base.

La democracia de base, expresión de la movilización popular ciudadana, juega un papel esencial en la construcción de la vida democrática y en su evolución.

En el período constituyente, esta democracia de base será el principal medio para asegurar la democratización de la Administración y la solución progresiva de los problemas sociales urbanos más urgentes. Durante este período es tanto o más importante «quién lo hace» que no «lo que se hace». Es fundamental asegurar el máximo espacio posible a la movilización social para dar un carácter lo más democrático que se pueda a las instituciones.

En el período posterior se planteará la lucha por la hegemonía entre las fuerzas sociales y políticas, por distintos modelos del desarrollo y de organización de la vida política. La existencia de una democracia de base importante, con un rol reconocido social e institucionalmente, que sea un medio para que las masas se expresen e intervengan en la vida política de cada día, puede ser el arma decisiva de las fuerzas progresistas, pues, por su propia naturaleza, las organizaciones de la democracia de base lucharán por modelos de desarrollo de carácter social avanzado, igualitario, por profundizar la democracia de las instituciones, por la obtención de nuevos derechos civiles y sociales, etcétera. Pensamos que en las sociedades modernas, el carácter progresivo o conservador de la democracia, el desarrollo o no de «elementos de socialismo», van estrechamente ligados al papel de la

movilización popular y de la democracia de base.

Tanto en el período constituyente como en el período posterior de consolidación y estabilización democráticas se enfrentarán diferentes posiciones sobre el carácter y el funcionamiento de la democracia.

Hoy ya se adivinan cuáles pueden ser las principales opciones respecto a las instituciones (sin que, por el momento, correspondan a organizaciones políticas precisas).

Las concepciones de tipo *tecnocrático-conservador*, son las que conciben la Administración como una cuestión técnica que exige cuerpos especializados, centralización y jerarquía. En todo caso, se conceden garantías a los ciudadanos frente al Estado para que puedan defender sus intereses particulares y, si no hay remedio, se aceptan periódicamente elecciones para los cargos de tipo global acentuando, entonces, la personalización de las elecciones y el presidencialismo de las instituciones. La autonomía municipal se limita al máximo y se entiende como delegación. Tanto si se acentúa el aspecto liberal en lo socio-económico como intervencionista o planificador es sobre la base de una gran «independencia» de los aparatos técnicos u administrativos y, en la práctica, de su vinculación a los grandes intereses privados. En ningún caso se contemplan los mecanismos de control y participación populares. Es la concepción de la derecha liberal, que necesitan aumentar la racionalización y el consenso de los aparatos de Estado, pero no quieren transformar la organización social.

Una segunda concepción la podríamos denominar *electoralista y reformista*. En esta opción se pone el acento en los partidos políticos concebidos como máquinas electorales que buscan los votos de todo tipo y en las elecciones como momento exclusivo de participación popular. Luego serán las fuerzas mayoritarias los encargados de la gestión municipal y de realizar reformas moderadas capaces de satisfacer a sus bases sociales. Aquí también se mantiene el carácter «separado» de los órganos técnicos y administrativos respecto a la población. En la medida que estas



fuerzas no se apoyan en movilizaciones sociales con objetivos precisos, sus posibilidades de modificar las instituciones y los mecanismos socio-económicos son pequeños.

La tercera concepción, la que defendemos, es la opción de *democracia avanzada, política y social*. La democracia como marco de libertad no para vivir al margen del Estado, sino para transformar la sociedad en un sentido igualitario. En esta opción se trata de hacer las instituciones del Estado lo más representativas y descentralizadas posible; pero, al mismo tiempo, multiplicar las formas de participación y de control y de gestión popular a través de las organizaciones de base de la población. Es decir, se trata de articular la democracia representativa con la democracia de base. Una Administración local democrática y descentralizada articulada con las asociaciones de vecinos y el conjunto de entidades de barrio y ciudadanas, así como con otras organizaciones sociales (sindicatos, asociaciones de usuarios, profesionales, patronales, deportivas, etc.) no solamente para asegurar la gestión de la ciudad, sino también la transformación democrática de las instituciones y de la vida social.

### B) Democracia de base y democracia representativa en el período provisional

En el período constituyente se dará posiblemente un gran salto de la movilización social, de los organismos de base de la población y la crisis de muchas instituciones de la Administración y la consiguiente necesidad de reconstruirlas sobre bases democráticas.

Dos errores creemos que habrá que evitar entonces: a) la del «doble poder» o «poder popular», que supone que una sociedad y un Estado complejos pueden conquistarse y gobernarse desde organizaciones de democracia directa, al margen de la democracia representativa y del conjunto de instituciones legales heredadas, y b) la de limitar el cambio a la simple presencia de representantes de partidos en los

organismos políticos y suponer que la movilización popular ya no tiene razón de existir. No solamente esta movilización se dará, y cometeríamos un grave error si nos mantuviéramos al margen o en contra, sino que es necesaria para culminar el proceso de creación de las instituciones democráticas.

Los objetos de la movilización popular en este período pueden ser:

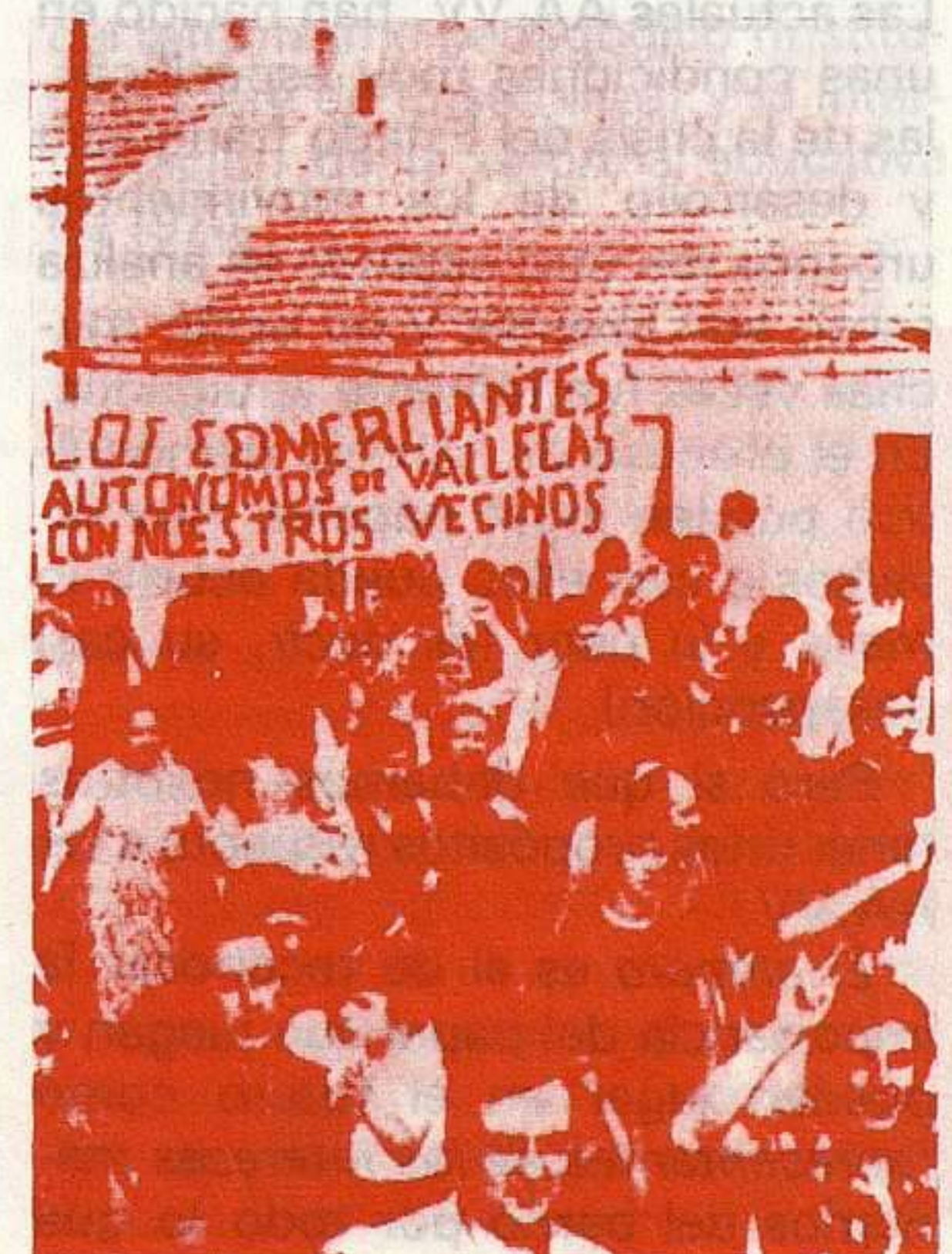
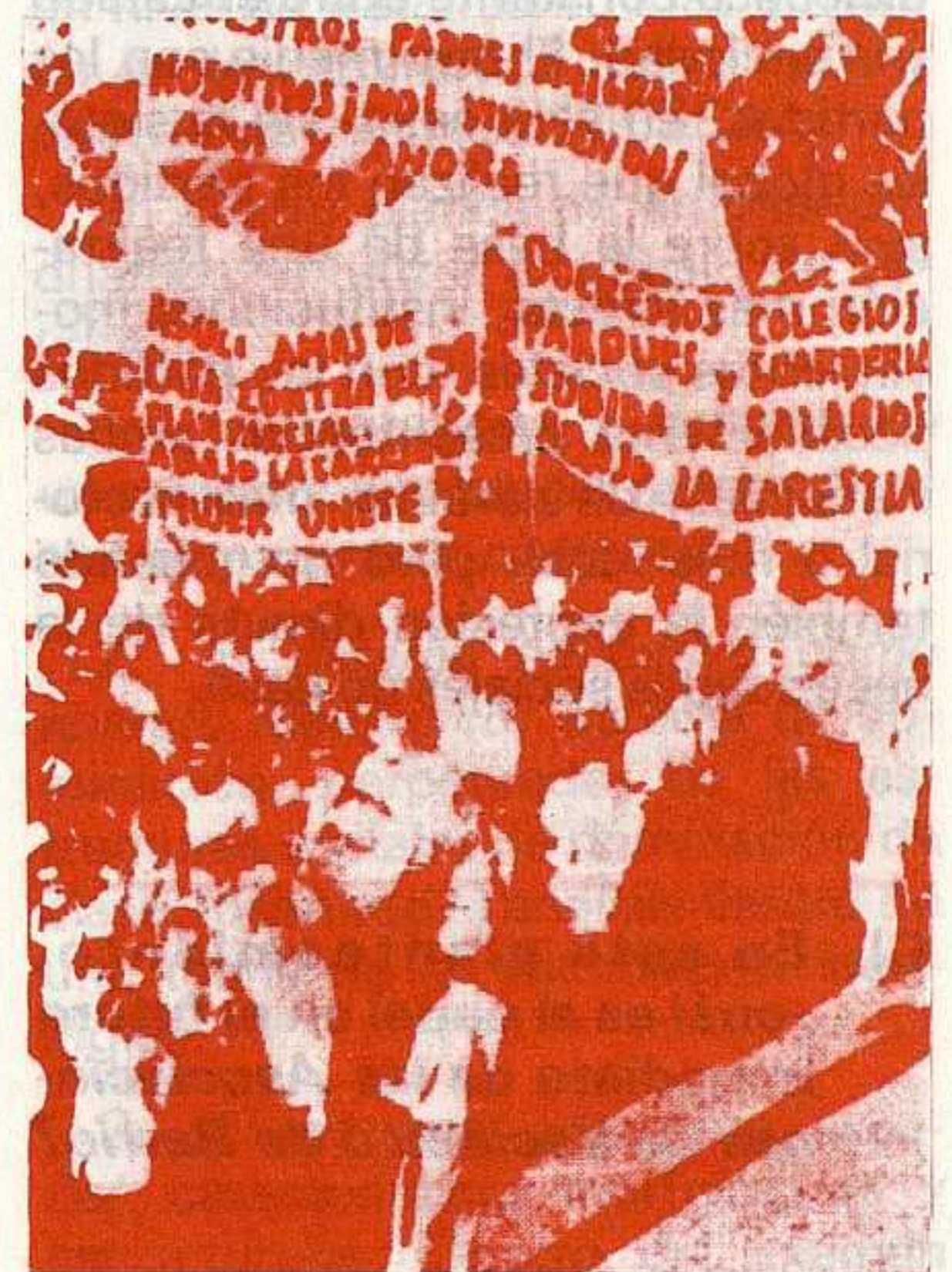
a) La legitimación y la aplicación de los principios de organización municipal democrática básicos: autonomía; electividad y revocabilidad de los cargos y representatividad de las instituciones, descentralización, participación y control populares.

b) Contribuir a la formación de los órganos locales, asegurando la presencia en ellos de las fuerzas políticas de base popular. Es probable que en los organismos de base comarcal, municipal o de barrio, en su formación, además de representantes de las fuerzas políticas democráticas y de las que, procedentes del sistema anterior, establezcan un pacto para la democracia, deben estar presentes de alguna forma las entidades ciudadanas, de barrio, profesionales, culturales, etc., así como las sindicales. En estos niveles más próximos a la población y que deberán tomar medidas sociales inmediatas se requiere que los órganos provisionales sean lo más representativos posibles y, en el período inicial, en el que las mismas fuerzas políticas estarán en formación, seguramente sería artificial una representación limitada a los grupos políticos.

c) Plantear los problemas sociales urbanos más importantes y establecer mecanismos de colaboración con las instituciones democráticas, para elaborar soluciones. Encuadrar los movimientos espontáneos y ordenar las demandas que exploten en este período, en el marco de un programa coherente y de una práctica articulada con las fuerzas políticas representativas y las instituciones provisionales, para evitar las acciones desordenadas y el caos urbano.

Dejemos, de todas formas, las cosas claras. Nosotros somos parti-

### A LAS CORTES VAN Y LLEVAN A RESOLVER SUS PROBLEMAS





darios de la democracia representativa, de la participación de la población en la gestión del Estado a través de elecciones libres y de pluralidad de partidos sin exclusiones. Pensamos que el eje principal del Estado, en sus niveles central o federal, nacional o regional, comarcal, municipal y de distrito o de barrio, como debe asegurarse a través de los mecanismos representativos. Pero no limitaremos la participación socio-política al momento de la elección, aunque de aquí salgan los organismos que detenten la autoridad principal. La democracia de base no es lo opuesto a la democracia representativa, sino que es su complemento. Es un medio para asegurar una tensión dialéctica constante entre el Estado y la sociedad. El otro medio son los partidos. En este caso, sin la síntesis global que realizan los partidos, sino sobre la base de una realización más directa, instituciones-movimientos sociales (con los partidos posiblemente presentes en ambas instancias) de carácter más sectorial o más local, pero permitiendo también la expresión directa de las necesidades sociales de base.

### C) En este planteamiento, ¿cuál es el papel en el futuro inmediato de las Asociaciones de Vecinos o de Barrio?

No se trata de hacer previsiones. Las actuales AA.VV. han nacido en unas condiciones muy específicas, las de la crisis del Estado franquista y desarrollo de los movimientos urbanos (en otro capítulo se analiza esto), son jóvenes y no están muchas veces fuertemente arraigados. En el proceso de cambio democrático pueden jugar papeles muy diversos y con ellos puede ocurrir lo mejor y lo peor (es decir, su casi desaparición)

Pero sí que debemos nosotros tener unos propósitos respecto a las AA.VV.

El primero es el de reconocer la importancia del papel que juegan y pueden jugar en el futuro como representantes de los intereses maritimos del barrio por todo lo que

respecta a las condiciones de vida y a la gestión municipal.

Las AA.VV. no deben ser instrumentos de un grupo político, sino deben estar abiertas a todos los vecinos.

Para ello, deben ser realmente representativas en su funcionamiento, en su programa y en sus formas de acción. Especial atención merece la cuestión del funcionamiento. Si las AA.VV. tienen que hablar en nombre del barrio, tienen que ser interlocutores privilegiados de la Administración, deben asegurarse de que pueden hablar en nombre de los vecinos. Para ello, deben haber juntas responsables elegidas por todos los socios. En la medida que no hay otra asociación o entidad en la zona, esta Asociación de Vecinos será la organización representativa del barrio.

El segundo propósito es no pretender que la AA.VV. monopolice toda la vida social organizada del barrio. Es seguramente deseable que en cada barrio haya una sola Asociación de Vecinos como organización más global sobre las cuestiones urbanas y municipales, pero muchas veces será inevitable que surjan más asociaciones. Además cuestiones más específicas sirven de base para la formación de otras asociaciones: por ejemplo, padres de alumnos, usuarios de transporte, movimiento de mujeres, organizaciones de jóvenes, agrupaciones de jubilados, entidades culturales, recreativas, clubs deportivos, peñas, etc., etc. Los órganos locales descentralizados deberán reconocer a todas estas asociaciones dándoles tanto posibilidades de desarrollar sus actividades como de participar, o controlar la gestión administrativa, en función de su representatividad y de su especialidad.

En tercer lugar, debemos mantener la autonomía de las organizaciones de base respecto a la Administración y los partidos. La posibilidad de participar en organismos públicos, la utilización de locales, la gestión de ciertos servicios, no debe convertir a las asociaciones en organismos subordinados de la Administración. Para ello, deben deslindarse sus funciones, de representación de intereses sociales co-

lectivos, pero particulares, de los de los órganos administrativos descentralizados y no deben sustituirse a éstos. El mejor medio para asegurar la autonomía de las organizaciones de base es su funcionamiento democrático.

Sobre el funcionamiento democrático hay que señalar que cuando hablamos de las organizaciones de masas como democracia de base no quiere decir que su funcionamiento no deba regirse también por las normas de la democracia representativa. Son órganos de democracia de base, porque no representan al conjunto de la sociedad, sino a grupos sociales y territoriales específicos. Pero deben asegurar esta representación a través de mecanismos que aseguren la participación real de todos. Por esto una Asociación de Vecinos no puede funcionar en forma de régimen asambleario, de juntas abiertas, de grupos de trabajo formados por iniciativa individual, etc., pues hace de la A. de V. un instrumento solamente de algunos grupos activistas.

Para concluir queremos insistir en la importancia que pueden tener las AA.VV. en la construcción de nuestra democracia local, pero en la necesidad de superar tanto la práctica minoritaria y vanguardista de muchas de ellas como la de adaptarse a nuevas situaciones en que se exigirá combinar la actividad con la representatividad, la denuncia con la solución constructiva, la oposición con la gestión.

Para que las AA.VV. puedan juzgar el papel de protagonistas activos de la vida local deberán, desde la apertura del período constituyente de la democracia, aparecer como entidades representativas del barrio y no solamente como organización de activistas, pero, al mismo tiempo, deberán ser el principal medio organizativo, a través del cual se plantearán las reivindicaciones sociales urbanas y relativas a la gestión municipal, es decir, deberán recoger las demandas de base y canalizar las luchas urbanas no para integrarlas en la Administración ni para crear un contrapoder, sino para establecer relaciones de cooperación con la administración provisional, cooperación conflictiva en



unos casos, de colaboración explícita, en otros, según que concuerden o no las posiciones de ambos.

La democracia de base, pues, debe ser entendida ya en el período provisional no como un elemento de caos (como ocurrió en Portugal), sino de orden democrático.



## Libros

# Libros

«Escuela, ideología y clases sociales en España», Carlos Lerena, Editorial Eriel, Madrid, 1976 (465 páginas, 650 ptas.).

En un cierto sentido podría considerarse este libro como la justificación de los resultados de un trabajo empírico sobre una muestra masiva de estudiantes de E.G.B. y universitarios, realizada por el autor en el año 1972. Ahora bien, si la exposición y explicación inmediata de los datos ocupa 80 páginas, el planteamiento teórico del tema le lleva las 380 restantes, y completa uno de los más importantes libros que sobre sociología de la educación han sido escritos en España.

El que los presupuestos teóricos de los que parte no sean originales suyos, los continuos débitos a la escuela francesa de sociología teórica —Lerena fue durante dos años discípulo de P. Bourdieu— no quitan valor original a parte de sus elaboraciones más generales, mostrándose en su conjunto un buen instrumento para el conocimiento profundo del sistema educativo español.

En el nivel abordado sólo tendría precedentes en el trabajo de I. Fernández de Castro: «Reforma educativa y desarrollo capitalista», en la obra colectiva «La enseñanza en España» (Ed. Comunicación) y en

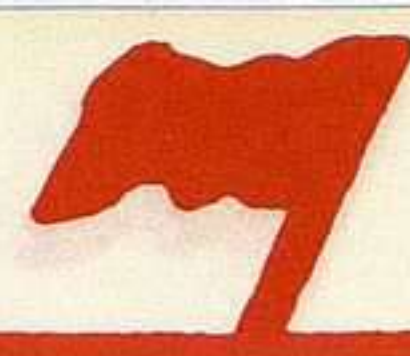
4. Explicación de los datos de la encuesta sobre trayectorias escolares del alumnado de E.G.B. y de la Universidad.

Este último apartado es una nueva e inabarcable apoyatura empírica —esta vez realizada en nuestro país— de las conclusiones generales que se exponen en los capítulos del libro. La extensión de la escolarización, los resultados de las prácticas de las metodologías: «movilidad social a través de la educación», «selección por el mérito personal», etcétera, no portan, en la trayectoria escolar, la marca profunda de las desigualdades de clase. La división clasista a través de los mecanismos del sistema escolar marca el un nivel de tratamiento más empírico en los apartados sobre educación de los informes FOESSA.

En cuatro planos de análisis podríamos sintetizar el trabajo de Lerena:

1. La exposición y defensa de un método: *sociología teórica frente a empirismo sociológico*.
2. *El sistema educativo como aparato ideológico*: sistema de dominación, perpetuador de las estructuras sociales de dominación de clase, insertado el análisis dentro de una teoría de la dominación ideológica.
3. *El sistema educativo español*: características morfológicas y estructurales. Dentro del examen de su evolución destacan la crítica del reformismo pedagógico (Institución Libre de Enseñanza) y la interpretación de la reforma educativa de 1970.





4. Explicación de los datos de la encuesta sobre trayectoria escolar del alumnado de E.G.B. y de la Universidad.

Este último apartado es una nueva e inapelable apoyatura empírica —esta vez realizada en nuestro país— de las conclusiones generales que se exponen en los anteriores capítulos del libro. La extensión de la escolarización, los resultados prácticos de las mitológicas: «igualdad de oportunidades», «movilidad social a través de la educación», «selección por el mérito personal», etcétera, no borran, en la trayectoria escolar, la marca profunda de las desigualdades de clase. La división clasista a través de los mecanismos del sistema escolar marca el horizonte de clase del alumno, al mismo tiempo que pretende dar la justificación-ocultamiento de su situación.

Los resultados de su estudio (procedencia de clase, condiciones de vida, rendimiento escolar, horizonte de clase, etc.) permiten afirmar a C. Lerena: «La jerarquización interna de la población escolar es, hasta cierto punto, un calco de la jerarquización de las diferentes posiciones sociales de partida».

Razones de espacio impiden comentar siquiera los resultados más importantes obtenidos en cada nivel de análisis. Conceptos como «orden cultural» y «orden técnico» que aparecen en el trabajo encerrando la dinámica de las relaciones internas y hacia las demás clases y grupos sociales de los intelectuales —en el sentido más amplio del término—, en el capitalismo competitivo y en el monopolista de Estado, respectivamente, merecerían, junto a otras cuestiones, una atención propia. Tres puntos escogeré, en razón de las propias referencias:

1. *¿Qué es la sociología teórica?* (por no poner otros adjetivos): A nivel metodológico, parte el autor de una demoledora y justificadísima crítica del empirismo sociológico, del mito, tan extendido por las escuelas anglosajonas, de ver en el recuento de los datos y los «hechos» el reconocimiento de la realidad, «sin presupuestos previos». Si

la crítica se pudiera sintetizar en una frase, ésta sería: «es cierto, la sociología o es empírica o no es sociología, pero la empirista es la peor de las sociologías». En su identificación de conocimiento con realidad de los hechos convierte a aquél en justificación de «lo que es», cobertura ideológica de toda realidad de dominación de clase.

En el campo más específico de la sociología de la educación, de las ideologías sobre el tema, desarrolla una crítica común a lo que denomina plataforma ideológica del «esencialismo - idealismo - empirismo-psicologismo». Ciertamente: como dos caras de una misma moneda, pero con todo el reduccionismo de las hipótesis más globalizadoras, sería aquí nuestra objeción.

Y en positivo: si la sociología es el estudio de la sociedad, debe penetrar en sus mecanismos de funcionamiento, ocultos tras las montañas de datos y «hechos», ver los mecanismos de regulación y reproducción, de dominación en suma. Esto debe hacerse reconociendo como distintos el dominio del conocimiento del de la realidad (al margen de las continuas y mutuas transferencias).

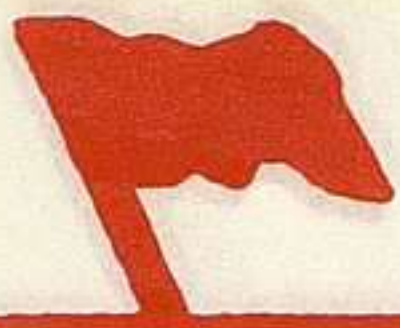
Identificando los presupuestos del autor —presupuestos que no son verdades «a priori», que no siendo ocultados se someten a la crítica teórica y a la crítica de los hechos—, con fuentes de pensamiento, éstas parten de Marx, siguen con Gramsci, y en el campo más específicamente sociológico: Weber, Durkheim y Veblen, para concretarse en Bachelard, Bordieu, Passeron..., tomando de Poulantzas y Althusser diversas aportaciones sobre teoría de las clases, del estado y de la dominación ideológica.

2. *La crítica del reformismo pedagógico*: previamente realizada en un plano ideológico general, encuentra su formulación más extrema al emplear el término «escuela tradicional» para designar la que, naciendo en el plano declarativo del Plan de reforma de Quintana en las Cortes de Cádiz, se relanza administrativamente a través de la Ley Moyana (1857) y llega hasta la dé-

cada 1960-70, hasta la «Reforma Villar». Nos explicaremos: Parte de la tradicional caracterización de las diferentes etapas del sistema educativo: escolástico, liberal y tecnocrático, pero «desde la perspectiva de estos cuarenta años de posguerra» y sobre la base de las peculiares formas de nuestra revolución industrial no se atreve a denominar «liberal» el sistema escolar español de todo el período. Utiliza el término para meter, hasta cierto punto, en un bloque a los dos polos de la lucha ideológico-política que en torno a la escuela se libró en nuestro país desde 1812 hasta 1939: el reformismo institucionista y sus variantes y la escuela tradicional reaccionaria y clerical y su peculiar continuación franquista, porque, a pesar de las diferencias insalvables, «existen diferencias más insalvables que las que separaban a ambas».

Aun no negando que las dos responden a proyectos de fracciones de la burguesía —y habría que matizar mucho sobre ello— nos siguen pareciendo más importantes las diferencias. Al margen de la enconadísima y sangrienta polémica histórica entre ellas, hoy en día todavía hay que levantar la reivindicación de la escuela pública y gratuita (por supuesto que con un contenido de clase modificado, como objetivo de transición hacia la escuela en una sociedad socialista democrática). Y no creo que aquí se contradigan el trabajo de investigación sociológica con los proyectos políticos de transformación social.

3. *El proyecto tecnocrático de la «Ley de Educación»*. Coincide aquí y desarrolla en diversos aspectos las aportaciones que en Fernández de Castro comienzan y avanzan en «Sistema educativo - sistema de clase» (V. Bozal y L. Paramio en «Zona abierta n.º 4» y «La enseñanza en España») entre otros. Al margen de las realizaciones concretas de la reforma educativa, al margen de la «contrarreforma» de Julio Rodríguez y de Esteruelas y de la lógica indefinición actual, hoy en día no se puede dejar de relacionar el proyecto con las profundas modificaciones de la formación social española en la década de los sesen-



ta y la consiguiente aparición de una fracción del capital —«democrática», europeísta— que reclama hegemonía en el seno del bloque dominante, una actualización —acorde con el desarrollo económico— de los distintos aparatos del Estado. Y esto en palabras de Lerna, en «una profunda crisis de legitimidad no ya del aparato político, sino del sistema social, y concretamente de la estructura de clases, cuya legitimación no puede ser ya garantizada por el conjunto de instancias tradicionales..., por otros aparatos ideológicos del Estado y como más importante, el sistema de enseñanza tradicional». Las peripicias de la reforma educativa, añadimos, dan también cuenta de la magnitud de las contradicciones y de la crisis.

Dos objeciones que, tratándose de un libro del valor del que comentamos, no importa hacerlas al terminar: la primera la de no ocuparse del tema del enseñante (en un tratamiento tan extenso se echa en falta, más cuando el profesor es el agente más inmediato y directo del sistema educativo). La segunda no es imputable al autor, sino a la editorial: 650 pesetas es un precio prohibitivo que no resiste comparaciones.

Javier DIAZ

Giorgio Napolitano, *Intervista sul P.C.I.*, a cura di Eric J. Hobsbawm, Laterza, 1976.

Giorgio Napolitano, miembro del Secretariado del P.C.I. y responsable de la sección de problemas del trabajo, contesta a las preguntas del historiador inglés Eric J. Hobsbawm sobre los aspectos más polémicos de la situación política italiana y sobre los planteamientos teóricos que de ellos se derivan. Las respuestas de Napolitano no parten sólo de una perspectiva nacional,

con numerosas y ricas referencias a la historia italiana desde la lucha antifascista hasta la actualidad, sino que se insertan en el marco más amplio del movimiento obrero y comunista internacional.

Me parece de gran interés el análisis en profundidad que realiza Napolitano del concepto de socialismo en la democracia; es decir, de un socialismo presidido siempre por la libertad como valor fundamental, en la línea de lo que Togliatti quería expresar al decir: «A la democracia no queremos quitarle nada, queremos añadirle muchas cosas». Al concepto de «democracia de tipo nuevo», de «régimen de democracia progresiva», se llegó ya durante el fascismo, siendo éste un punto de partida para elaboraciones posteriores. La experiencia de la derrota del movimiento obrero por parte del fascismo y la búsqueda de un camino eficaz para luchar contra él, fueron decisivas para el P.C.I., primero entre los partidos comunistas que tuvo que hacer frente a esa situación. Gramsci fue el primero que empezó a trabajar en una línea de superación del sectarismo y esquematismo que habían llevado a creer en el carácter revolucionario de la ocupación de las fábricas que se produjo entre 1919 y 1920. Más tarde, en el seno de la Internacional Comunista, tras largas y dramáticas discusiones, se tomó una posición clara en el sentido de la necesidad de que el movimiento obrero y comunista asimilara plenamente el cometido de la defensa de todas las libertades democráticas burguesas. Napolitano atribuye especial importancia, ya en esa etapa histórica, a las aportaciones de Togliatti en la elaboración de la nueva perspectiva de una democracia que superara el falso dilema acerca de si el objetivo de la lucha contra el fascismo tenía que ser la simple restauración de las libertades (según la concepción socialdemócrata) o la instauración de la dictadura del proletariado: un régimen democrático abierto a la posibilidad de desarrollos sucesivos y de transformaciones en sentido socialista. Se llega así a la concepción del socialismo preconizado hoy por el P.C.I.; es decir, de un socialismo entendido como superación de las limitaciones de la democracia, co-

... di un movimento di massa che si è sviluppato in un'ottica di democrazia proletaria, di democrazia socialista. La democrazia proletaria è una democrazia che si fonda sulla partecipazione attiva del popolo, sulla sua iniziativa, sulla sua responsabilità. È una democrazia che si fonda sulla libertà, sulla giustizia, sulla solidarietà. È una democrazia che si fonda sulla lotta, sulla lotta per la libertà, per la giustizia, per la solidarietà. È una democrazia che si fonda sulla lotta per la liberazione del popolo, per la liberazione del paese, per la liberazione del mondo. È una democrazia che si fonda sulla lotta per la costruzione di una società socialista, di una società di libertà, di una società di giustizia, di una società di solidarietà. È una democrazia che si fonda sulla lotta per la costruzione di una società di pace, di una società di fraternità, di una società di amore. È una democrazia che si fonda sulla lotta per la costruzione di una società di verità, di una società di onestà, di una società di integrità. È una democrazia che si fonda sulla lotta per la costruzione di una società di progresso, di una società di sviluppo, di una società di benessere. È una democrazia che si fonda sulla lotta per la costruzione di una società di futuro, di una società di speranza, di una società di fiducia. È una democrazia che si fonda sulla lotta per la costruzione di una società di libertà, di una società di giustizia, di una società di solidarietà, di una società di pace, di una società di fraternità, di una società di amore, di una società di verità, di una società di onestà, di una società di integrità, di una società di progresso, di una società di sviluppo, di una società di benessere, di una società di futuro, di una società di speranza, di una società di fiducia.



questa volta  
la trappola d. c.  
non funziona

IO VOTO COMUNISTA



MEMORABILE VITTORIA DELLE FORZE POPOLARI  
**La legge truffa non è scattata**  
Il risultato nascosto al Paese per manipolarlo?  
**SPLENDENTE AVANZATA DEL P.C.I.**

In primo giudizio Grande affermazione democratica a Roma

Partito	Voti	Seggi
P.C.I.	3.500.000	35
Dem. cristiana	2.500.000	25
P.S.I.	1.500.000	15
P.S.D.I.	1.000.000	10
P.F.I.	500.000	5
Altri	500.000	5

NEVATO: risultati fino alle ore 4 di estremo

Partito	Voti	Seggi
P.C.I.	3.500.000	35
Dem. cristiana	2.500.000	25
P.S.I.	1.500.000	15
P.S.D.I.	1.000.000	10
P.F.I.	500.000	5
Altri	500.000	5



mo consecuencia de la lucha por dar a ésta nuevos contenidos.

El avance hacia el socialismo en la democracia plantea problemas muy complejos, para los cuales Napolitano declara que el P.C.I. no tiene preparadas todas las «recetas». Aparece en primer lugar el problema de la transición de alianzas electorales a gobiernos populares capaces de llevar adelante un proceso de transformación en sentido socialista, problema que se ha planteado con especial gravedad a raíz de la experiencia chilena. Ante este problema clave para salir de la actual crisis italiana, el P.C.I. considera que, una vez que las alianzas se transforman en gobiernos, su grado de eficacia depende, en gran medida, del grado de maduración anterior de las fuerzas que forman parte de ellas. Hoy, en Italia, un gobierno en que estuviesen presentes las izquierdas, tendría mayores probabilidades de resultar eficaz de las que tenía la alianza entre el P.C.I. y el P.S.I. en 1948 si hubiese ganado el Frente Popular —porque se ha llegado, a través de un proceso largo y difícil, a una afinidad y a una convergencia bastante amplias entre los dos partidos principales de la izquierda, acerca de la forma de entender el proceso de transformación de la sociedad italiana hacia el socialismo. Por otra parte, elemento esencial de la situación actual de este país es, en opinión de Napolitano, la profunda maduración que se ha producido en la conciencia civil y política de fuerzas que van más allá del electorado comunista y socialista, maduración a la que han contribuido el movimiento sindical unitario, las fuerzas católicas, las múltiples formas de participación democrática que se han ido desarrollando, el alto grado de tensión política y la autodisciplina de las masas. El «compromiso histórico» es, por tanto, precisamente el entendimiento entre todas estas corrientes del movimiento democrático y popular, con el fin de dar al país la dirección política que exige la gravedad de los problemas en el tapete y la complejidad de los procesos de transformación que el país necesita desarrollar.

Esta propuesta del P.C.I. nace de la convicción de que existe en la

sociedad italiana una exigencia objetiva de transformación profunda como único camino para salir de la crisis y de que la conciencia de la necesidad de una renovación sustancial ya está difundida no sólo entre la clase obrera y las clases trabajadoras, sino también entre amplios sectores de capas medias; es decir, en la amplia mayoría del pueblo italiano. Se podría argumentar que, en esta perspectiva, las contradicciones internas existentes en la base social en que se apoyaría el gobierno, plantearían problemas todavía más complejos que si se tratara de un puro gobierno de izquierdas, pero, en opinión del P.C.I., lo fundamental es buscar, para cualquier medida de modificación de los equilibrios anteriores, el mayor consenso posible. Esto lo puede lograr un gobierno representativo de todas las corrientes y tradiciones culturales y políticas democráticas. Napolitano recuerda aquí la concepción gramsciana de que la realización de la hegemonía de la clase obrera sobre otros grupos sociales presupone que ésta tenga en cuenta los intereses y las tendencias de dichos grupos.

¿Se puede entonces afirmar que existe una vía italiana al socialismo? La respuesta de Napolitano es afirmativa, en el sentido de que en cada país, evidentemente, existen condiciones específicas que determinan el proceso, pero también pone de relieve la necesidad de tener en cuenta las relaciones y condicionamientos internacionales que son mucho más fuertes incluso que en un pasado reciente. En este sentido, para Napolitano es importante destacar la existencia de un núcleo común en la búsqueda de una vía de avance al socialismo en todos los países de Europa occidental: la afirmación de la hegemonía de la clase obrera en el terreno democrático. En la construcción del socialismo, la aceptación de una pluralidad de aportaciones políticas y culturales y el reconocimiento de la autonomía de los diferentes sectores de la sociedad, así como la búsqueda de formas progresivas de participación popular y de democracia de base, son elementos indispensables para el carácter democrático del proceso de construcción

de la nueva sociedad. Por otra parte, el respeto de los derechos de la oposición y el alternarse de mayoría y minoría en una dialéctica parlamentaria, deben considerarse como «una de las expresiones irrenunciables de la organización de la vida democrática». Quedan, así, definitivamente, superadas las concepciones que asignan al partido comunista una función dirigente exclusiva en los procesos de transformación socialista de la sociedad.

Es importante conocer el proceso a través del cual el P.C.I. ha llegado a formular su concepción de transición al socialismo como un proceso a largo plazo. Napolitano recuerda que, en 1947, se interrumpió bruscamente la elaboración de las teorías de las vías nuevas hacia el socialismo, que había comenzado entre las dos guerras, después del VII Congreso de la Internacional, y sobre el que habían trabajado, por una parte, Gramsci, desde la cárcel, y, por otra, Togliatti, cuyas aportaciones ya habían sido decisivas para la primera formulación de esta teoría. En ese año se desencadenó la guerra fría y el P.C.I. optó por una identificación total con el mundo socialista, justificando incluso las intervenciones del P.C.U.S. y de otros partidos comunistas en el poder en la vida cultural y artística de sus países. Esto hacía que el P.C.I. apareciera ante la opinión pública como defensor del tipo de sociedad socialista o de gestión del poder propio de la U.R.S.S. y de las democracias populares. Pero en 1956, con el XX Congreso del P.C.U.S., se presenta la posibilidad de reanudar la búsqueda que nueve años antes había quedado interrumpida. Se vuelve a afrontar así cuestiones fundamentales: la cuestión de un régimen socialista fundado en una pluralidad de partidos, la cuestión de una relación nueva entre partido y organizaciones de masas. Aparece de nuevo, y se matiza mejor, el concepto de libertades democráticas que no se pueden definir burguesas, por la función que ha desempeñado la clase obrera, en países como Italia, en la conquista y consolidación de las mismas. Ya en su VIII Congreso, en 1956, el P.C.I. expone su forma de concebir la construcción del socialismo, ne-



gando la dictadura del proletariado y afirmando la continuidad entre democracia y socialismo.

En el X Congreso, Togliatti habla del avance hacia el socialismo como un proceso *gradual*. Por supuesto, esta concepción de gradualidad no debe producir una confusión con las concepciones de los partidos socialdemócratas, pues la diferencia con dichos partidos no estriba en la aceptación o no aceptación de este concepto, sino en tener o no tener una perspectiva de construcción del socialismo, con todo lo que ésta supone no sólo a nivel teórico, sino también en la opción de campo en el plano internacional, en el sentido de una actitud coherente de lucha contra el imperialismo, en la forma de concebir los desarrollos a dar a la democracia las reformas a realizar. Para el P.C.I. es fundamental dar contenidos cada vez más ricos a la democracia, promoviendo una efectiva participación de las masas en la dirección de la vida económica, social y política, realizando cambios sustanciales en las relaciones de poder entre las clases.

Otro aspecto de gran interés que destaca en la entrevista es, en mi opinión, el análisis que realiza Napolitano de la actual crisis económica italiana y de las posibilidades de salir de ella. Para el dirigente del P.C.I., esta crisis tiene que verse en el contexto de la crisis general del mundo capitalista, que no es simple consecuencia de una fluctuación cíclica de tipo tradicional, sino que tiene implicaciones mucho más graves: crisis del sistema monetario, crisis de las relaciones económicas internacionales, tensiones entre países capitalistas y entre países capitalistas desarrollados y países del tercer mundo. Frente a esta situación, el P.C.I., marcado históricamente por la derrota del movimiento obrero por parte del fascismo, no puede subestimar las posibilidades de soluciones reaccionarias de la crisis, y, por ello, considera fundamental evitar el peligro de que se creen condiciones para el desarrollo de ofensivas reaccionarias de las clases dominantes. Cuando a la ofensiva de las fuerzas obreras y de izquierdas, la derecha, a partir de 1969, responde con lo que se ha definido como la «estrategia

de la tensión», en la forma, también del terrorismo más brutal, el P.C.I. consigue superar esas situaciones reaccionando con firmeza ante los peligros de intimidación y desorientación, y evitando que se creen unas bases de masas para un movimiento de derechas, en oposición al avance de la clase obrera.

Ahora, en la fase actual de la crisis económica, que es al mismo tiempo crisis política, social y moral profunda, el mayor peligro sería que las clases medias constituyesen un bloque contra la clase obrera. Por ejemplo, los industriales pequeños y medios, que se ven en una posición difícil en un mercado dominado por las grandes concentraciones monopolistas, acusan fuertemente también las reivindicaciones obreras. Otro peligro lo constituyen las contradicciones que se pueden producir, en el seno de las mismas masas trabajadoras y populares, entre trabajadores activos y parados, entre trabajadores de la industria y empleados de la Administración. En esta situación, puede encontrar serias dificultades la línea de la alianza entre clase obrera y capas medias e incluso la unidad misma de las masas trabajadoras, y puede introducirse una maniobra antidemocrática.

Para salir de la crisis es necesaria una línea de renovación profunda de la economía y de la sociedad italianas, una vía de superación de la crisis actual que no se resuelva en una pura y simple revitalización de los tradicionales mecanismos de desarrollo de la economía capitalista. El movimiento obrero tiene que tener una conciencia clara de la necesidad de dar una respuesta positiva a los problemas abiertos por la crisis del capitalismo. Precisamente en la convicción de esta necesidad radica uno de los aspectos de fondo de la política del P.C.I.: no se puede esperar que un cambio en sentido socialista se produzca a raíz del derrumbamiento de la economía capitalista, es necesario intervenir en la crisis del capitalismo para afirmar la función dirigente de la clase obrera, unir a su alrededor un amplio bloque de fuerzas sociales y dar al país una nueva dirección política, capaz de iniciar un proceso de transformación.

Napolitano recuerda aquí la teoría gramsciana acerca de la necesidad de una actitud positiva por parte de la clase obrera frente a los problemas de la producción y de su capacidad para indicar una alternativa en el terreno mismo de la organización de la producción. Capacidad incluso de superar a los capitalistas en el gobierno de las fuerzas productivas del país, considerada por Gramsci como un aspecto fundamental de la lucha por la hegemonía, por la afirmación de la clase obrera como nueva clase dirigente. En esta fase de crisis profunda del capitalismo, el movimiento obrero tiene que ver claramente la necesidad de no ser un factor de disolución, sino de reconstrucción y renovación de la sociedad, abriendo el camino para una transformación en sentido socialista.

Para salir de la crisis y poner en marcha un desarrollo económico duradero, es necesario introducir cambios cualitativos en el mecanismo de desarrollo y de dirección de la economía y de la sociedad, modificaciones en sentido socialista, es decir, lo que el P.C.I. llama «elementos de socialismo». Es necesario un cambio profundo también en la dirección del Estado, que no se concibe en términos de «conquista del poder» por parte de la clase obrera y de rápida transición hacia el socialismo, sino de acceso efectivo de las clases trabajadoras a la dirección social y política.

**Nataliá CALAMAI**



«Crisis agrarias y luchas campesinas: 1790-1976» (Ed. Ayuso).

El desarrollo del capitalismo en nuestro país viene provocando, desde fines del siglo pasado, la disolución de las estructuras sociales sobre las que se asentaba la agricultura tradicional y, por tanto, la desaparición de ésta. En tanto el aparato del Estado impedía una respuesta colectiva, las contradicciones generadas en este proceso se van a disolver inicialmente en una suma de opciones individuales, en este sentido hay que situar la emigración. Sin embargo, en los últimos años, la continuación de este proceso, con el consiguiente acen tuamiento del control del capitalismo sobre el sector, va a provocar el surgimiento de movilizaciones y respuestas colectivas de trabajadores agrícolas y campesinos, descritas en parte en el libro de la editorial Ayuso *Crisis agrarias y luchas campesinas, 1970-76*. En este libro se recoge, por primera vez, la respuesta de los habitantes del medio rural ante la crisis antes mencionada.

Este libro aparece como obra colectiva de los protagonistas de esas movilizaciones, que aportan su experiencia al trabajo de sistematización de la información y de reflexión sobre los conflictos realizados por el grupo coordinador. De esta manera la obra describe las prácticas de lucha desarrolladas por los campesinos y trabajadores en toda la geografía del país, convirtiéndose en un instrumento de trabajo político y sindical para las distintas organizaciones de campesinos.

Los campesinos, en sus luchas, van a hacer frente a un variado tipo de problemas que responden al amplio espectro de contradicciones producidas por la penetración del capitalismo en el campo. Esta se ha realizado, sobre todo, a través del control por el capital de los sub-

sectores de abastecimiento de *inputs* y de transformación y comercialización de los productos agrarios, de los que depende el campesinado en cuanto son los que van a fijar las condiciones del mercado de sus productos y de los factores de producción. Se produce así una situación de dependencia de la agricultura respecto a otros sectores productivos.

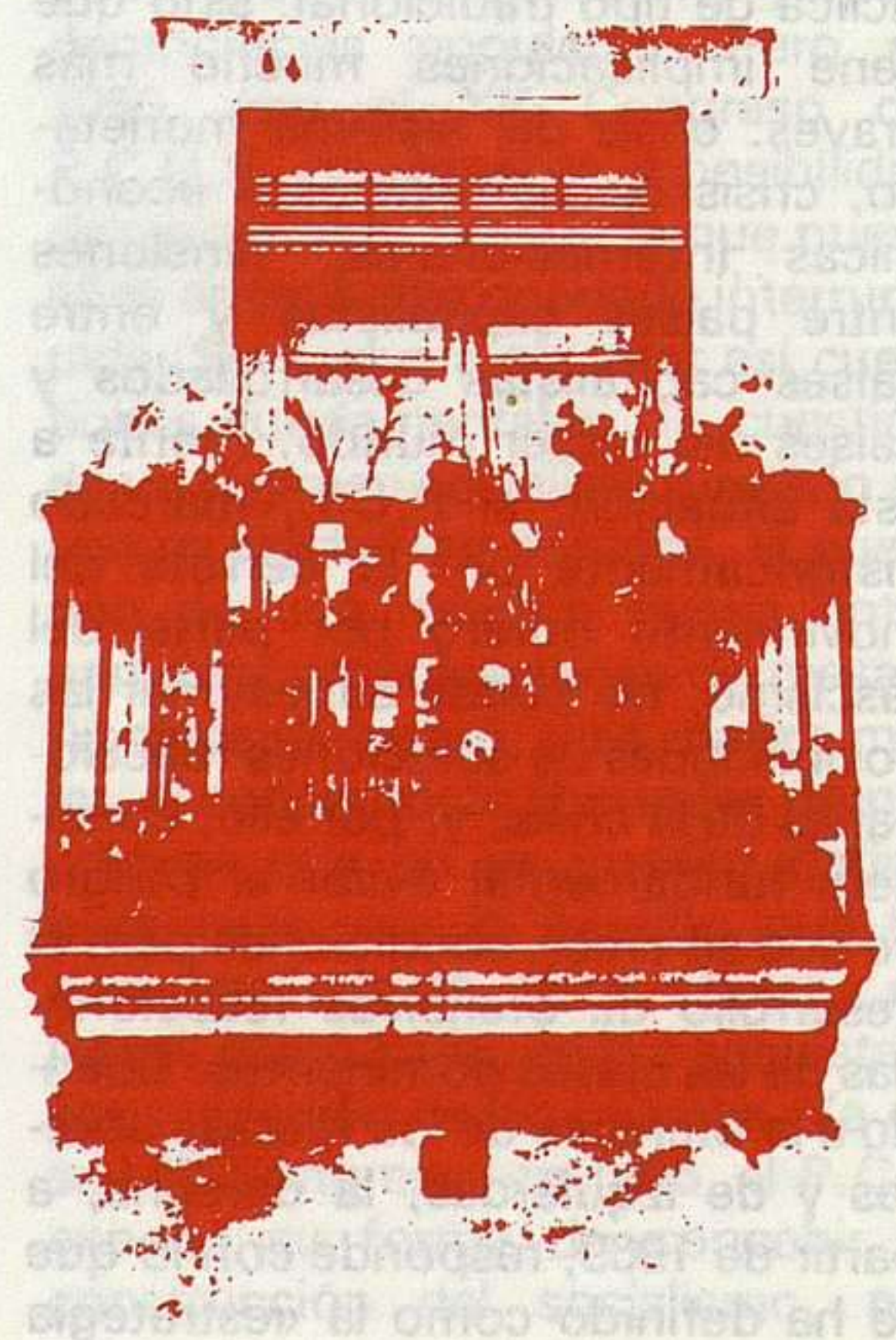
La progresiva concentración de estas actividades en pocas empresas, relacionadas con capitales multinacionales y vinculadas con sectores de la burguesía cercana a los resortes del poder, va a permitir el que se vayan creando situaciones de monopolio en diversas áreas, contando con el apoyo de la política agraria del Gobierno, puesto de manifiesto en los criterios de la fijación de los precios de los productos agrarios y en la política de comercio exterior (explotación de aceite de oliva, importaciones de maíz y soja...).

Por ello, las luchas contra los monopolios y contra las medidas de política agraria van a constituir el frente de lucha más amplio y significativo, donde se ponen de manifiesto los distintos intereses expuestos.

A través de los proveedores de *inputs* y de las empresas de transformación y comercialización y de las instituciones de crédito se ha producido un fuerte drenaje de los recursos de capital hacia otros sectores productivos. Sin embargo, la situación política y económica generada en los últimos cuarenta años ha llevado a que el campo aporte al desarrollo capitalista no sólo sus recursos humanos y de capital, sino también se han sacrificado los propios recursos naturales de varias comarcas, degenerando irreversiblemente; esto ha sido posible debido a la marginación de los campesinos y trabajadores del control de su propio medio, con ayuntamientos y leyes antidemocráticos. Estos procesos están ya siendo cuestionados por los afectados, que se organizan en la defensa de sus intereses, presentando un nuevo frente de lucha (centrales nucleares, planes turísticos...); en este frente participan todos los habitantes del medio rural.

Otro frente es el creado en torno a la defensa de la calidad de la vida en las poblaciones rurales, al extenderse la conciencia de tener los mismos derechos que los demás ciudadanos y disfrute de los servicios desarrollados por el capitalismo en las áreas urbanas. Así, en los últimos años, se han repetido las reivindicaciones por unos servicios educativos adecuados, higiénicos, sanitarios, instalaciones para el ocio, para la vida social y cultural de los pueblos. Estas reivindicaciones, en la actualidad, se suelen hacer desde las mismas organizaciones que las referentes al ámbito productivo o laboral.

A la par que estos conflictos productivos (de los pequeños agricultores frente a las industrias de transformación, a los monopolios y a la política agraria de la Administración) o en defensa de la calidad de vida o frente a los abusos del poder político o económico, se han desarrollado un número importante de conflictos laborales, generalmente en torno a la contratación colectiva o al problema del paro, que con carácter cíclico mantiene sin trabajo y sin ingresos seis meses al año a una buena parte de los trabajadores agrícolas del campo español (en especial en Andalucía, Extremadura, La Mancha y Levante). Las luchas de los obreros del campo son muy antiguas; las primeras tuvieron lugar en los años de la posguerra y, en realidad, se





acercan más a las luchas mantenidas por el resto del proletariado.

Las luchas mantenidas, iniciadas en su mayor parte de forma espontánea, han provocado el nacimiento de diversas organizaciones de campesinos y trabajadores del campo para defender sus intereses, caracterizadas por su funcionamiento democrático y por la adaptación de sus formas de organización y actividades a las condiciones de cada comarca. Este proceso lleva en sí mismo la necesidad de que las organizaciones que nazcan sean de carácter unitario, aunando las diversas ideologías de sus miembros en una misma práctica sindical. Esta práctica, en la experiencia de las distintas luchas, muestra que el funcionamiento de estas organizaciones exige la legalidad, y de hecho actúan como si la tuviesen. La inmediatez de los problemas planteados y su gravedad hace que al desencadenarse la respuesta colectiva ésta se produzca a la luz pública, definiendo claramente los intereses en oposición, los grupos que representan y los interlocutores que dichos grupos generan a la búsqueda de alternativas válidas.

En esta línea de transparencia de sus mecanismos, que caracteriza a las movilizaciones campesinas aparece este libro, para ser instrumento de trabajo en manos de dichas organizaciones.

### A. SANCHEZ

C.A.U.: Publicación del Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos técnicos de Cataluña. Número 35, «Técnicos Profesionales». Número 36, «Colegios y Sindicatos».

Los números 35 y 36 de la revista C.A.U., correspondientes a los meses de enero-febrero y marzo-abril, respectivamente, aparecen dedicados al nuevo papel social-sindical-profesional que los técnicos y profesionales han adquirido en el sistema capitalista en general —y más concretamente en el español—, y a las consecuencias organizativa que de ella se derivan: sindicación de estas capas, nuevo papel de los colegios profesionales, etc. En el tema nos parece importante de comentar, porque, aunque lleva ya años en debate, cobra, en estos días, una actualidad máxima, con motivo del proceso de desmantelamiento del sindicato fascista y de la aparición pública del nuevo sindicalismo de clase.

1. En este debate, se parte de la aceptación generalizada del análisis que han hecho tanto los partidos políticos como las centrales sindicales y los sectores sociales de técnicos y profesionales, sobre el proceso de salarización o proletarización de estas capas. Los antiguos trabajadores de unas profesiones liberales reducidas o elitistas, trabajan ahora concentrados en grandes empresas, alejados de los centros de decisión, realizando, en general, tareas por debajo de su preparación, y sin ninguno de los privilegios económicos ni sociales de que antes gozaban. Eso ha llevado a gran cantidad de ellos a un replanteamiento de su papel social, al tiempo que se iniciaba, a nivel masivo, un proceso reivindicativo paralelo al de la clase obrera y cada vez de forma más importante integrado en él.

Proceso que queda perfectamente recogido en el primer número de C.A.U., aunque se echa de menos la presencia de algunos sectores tan característicos como la enseñanza y la sanidad.

2. Este análisis de partida nos lleva, casi de inmediato, a un segundo punto de acuerdo: Como sector asalariado, con contradicciones objetivas con el sistema capitalista y con una lucha reivindicativa que es ya cotidiana, técnicos y profesionales deben dotarse de una organización de clase que permita la defensa de sus intereses y su participación como sector social en la gestión de la sociedad, es decir, de un Sindicato. Sindicato de clase e integrado en la Central Única de todos los trabajadores, a conseguir, aunque se mantenga igual que en el movimiento, cierta especificidad organizativa. La constitución de sindicatos autónomos de técnicos y profesionales supondrían un paso grave para el movimiento obrero español.

3. Sin embargo, la constatación de esta necesidad de sindicación nos lleva al planteamiento de un nuevo problema, en el que el debate no está avanzado y en el que el acuerdo no es general: ¿Qué hacemos con lo que hasta ahora ha constituido el marco organizativo de técnicos y profesionales, es decir, los colegios profesionales? ¿Qué relación deben mantener, de permanecer, con los Sindicatos?

Frente a estas interrogantes, hay dos posturas que, por simplistas, nos parecen peligrosas para el movimiento de profesionales: a) La primera, consideraría que los colegios, son organismos de carácter corporativo para defender privilegios de los profesionales, y que, por tanto, hay que trabajar fuera y al margen de ellos, denunciándolos como instrumentos de la burguesía. b) La segunda, aún admitiendo que los colegios han sufrido cambios importantes y que han cumplido un papel de plataforma para-sindical y proyección ciudadana, considerarían finalizado aquél con la creación de Sindicatos de clase legales en los que se integraran los antiguos colegiados.

Aunque por razones distintas, ambas posturas nos parecen incorrectas: Para todos está claro el carácter corporativo de origen de los colegios profesionales y su no validez como alternativa organizativa. Pero también es una evidencia



que los colegios profesionales han sufrido cambios importantes: la llegada de promociones de licenciados jóvenes, el triunfo de candidaturas democráticas, los han convertido en plataformas de lucha reivindicativa y sincial, en centros de elaboración de alternativas sociales, en plataformas de proyección ciudadana. La lucha desarrollada en el interior de los colegios ha sido una faceta más de la lucha general de clases y de la conquista de libertades públicas y sindicales. Rechazar, pues, la participación de esta lucha es menospreciar un instrumento importante de las capas profesionales, y limitar la proyección pública de nuestros análisis y alternativas.

La segunda postura no pone en duda ninguno de estos puntos, pero si piensa que la creación de los nuevos sindicatos va a sustituir el papel de los colegios, haciéndolos inútiles. Ante esto, habría que tener en cuenta algunos aspectos:

1. El proceso de organización sindical no va a ser, en nuestro país, ni breve ni fácil. Tras cuarenta años de clandestinidad y falta de participación sindical, el esfuerzo mayor va a tener que ir dirigido a fomentar la sindicación a las centrales existentes, a poner en marcha esas centrales y a la consecución de la unidad en una Central Unica. Y, aunque se intente superar el marco estrictamente reivindicativo, hay una serie de tareas, especialmente de cara a los profesionales, que los sindicatos no van a poder asumir de forma inmediata: formación técnico-profesional, reciclaje, investigación sociológica y científica en las áreas correspondientes, asesoramiento ciudadano, control profesional... Así pues, si bien está claro que los colegios deben perder todo su carácter sindical y que de ninguna manera deben aumentarlo, sí es necesario que sigan asumiendo las tareas anteriores y que intensifiquen su responsabilidad en este aspecto, en estrecha colaboración con el sindicato.

2. Si bien la conciencia sindical y de asalariado está enormemente extendida entre los profesionales, quedan aún reductos importantes de corporativismo. De cara a esos reductos, los colegios podrían servir

de puente y de vía de llegada de planteamientos más progresistas, lo cual justificaría también su permanencia.

Estas son, básicamente, las opiniones sustentadas por los colaboradores del número monográfico de C.A.U., duchos en general en la lucha colegial. Sí a la sindicación de técnicos y profesionales. Pero sí también a la coexistencia de sindicatos y colegios con amplia discusión de las tareas que a cada uno corresponde. Y, en cualquier caso, que sea la profundización en la democracia sindical y ciudadana la que marque la vía más correcta a seguir.

M.P.

---

CEU, *Movimientos urbanos en España*, Madrid, Edicusa, 1976. Colección «Los Suplementos», número 77, 42 pp.

---

Las siglas C.E.U. corresponden a Centre d'Estudis d'Urbanisme, que publica ahora un trabajo elaborado por alguno de sus miembros —María José Olivé, M. J. Campo, Jordi Borja, L. Brau, J. A. Dols, J. L. Huertas, M. Teixidor, X. Valls y A. Bosch—, *Movimientos urbanos en España*.

Entre la ya abundante bibliografía sobre el tema, este trabajo del C.E.U. aparece como un breve —pero interesante y complejo— resumen de lo que son y han supuesto política, económica y socialmente los movimientos urbanos en España durante el período 1969-1974. Los autores piensan que estas fechas establecen un límite, pues en 1975 se abre un nuevo período: los movimientos urbanos se han convertido en «movimientos ciudadanos», verdaderos interlocutores ante la Administración; en segundo lugar, la combinación de la crisis

política del sistema con los movimientos ciudadanos ha convertido a la «vida política municipal» en un «eje importante y peculiar del proceso de cambio democrático que está viviendo el país».

Tras la introducción, el trabajo se compone de tres partes nítidamente distinguidas: «Sobre el proceso de urbanización en España», «Algunos ejemplos tipo del área de Barcelona» y «Análisis y consideraciones en torno a los movimientos sociales urbanos». La primera puede leerse como un esbozo del marco teórico; la segunda es una aportación concreta, que conduce directamente a la tercera, conclusión y resumen en torno a la trascendencia política y social del movimiento urbano.

En la primera parte, los autores abordan el análisis de las razones del desarrollo del movimiento urbano así como su carácter específico y su relación con la crisis del modelo político. Aspecto importante es el estudio de las contradicciones habidas en el período 1969-1974. En este punto es posible advertir el papel desequilibrador de los movimientos urbanos: su auge introduce un factor de desequilibrio e inestabilidad en el sistema político que le afecta profundamente. Ahora bien, en mi opinión, hubiera sido bueno abordar aquí la incidencia de los movimientos urbanos sobre los sectores dominantes del sistema, sobre el llamado bloque dominante. Pienso que sólo semejante análisis permitirá situar el movimiento en sus verdaderas coordenadas, poniendo de manifiesto cómo lo que el capitalismo avanzado de los países europeos occidentales puede, al menos en principio, resolver, las necesidades sociales específicamente urbanas, no puede ser atendido por el capitalismo español, dadas sus contradicciones inherentes.

Aún más, me atreveré a decir que los movimientos urbanos, al poner en primer plano la incapacidad del sistema para satisfacer las necesidades sociales más perentorias —vivienda, escuela, servicios municipales, etc.—, se han convertido en uno de los factores más importantes de presión, revelando no sólo una incapacidad coyuntural, sino una incapacidad connatural: aten-





der a esas necesidades sociales (en éste y otros órdenes) supondría una transformación política en la que el cambio de Gobierno no es suficiente; sólo la hegemonía de las clases populares, es decir, la ruptura, abriría el camino a esa satisfacción.

En este sentido, creo que el aparato teórico de los autores puede ser desarrollado, precisando mucho más cuál es la situación de los diversos sectores del bloque dominante ante el movimiento urbano. La apelación a nociones como «capitalismo avanzado» (que unas veces se utiliza como *momento* de una formación social y en otras como *sector* o *capa* de esa formación), de gran capital, de pequeño capital, etc., no aclaran mucho la cuestión, como se aprecia al desarrollar la primera de las contradicciones, los conflictos intercapitalistas (p. 13). El origen de ese capital es tan interesante como su tamaño. Las concretas relaciones de dependencia entre la grande y la pequeña empresa, la relación de los intereses con el marco urbano, etcétera..., son otras tantas cuestiones que están por analizar y que inciden profundamente en la «eficacia política» de los movimientos urbanos, asunto que los autores estudian en la tercera parte.

Tres puntos principales pueden destacarse en este aspecto: a) «Los movimientos urbanos constituyen uno de los ejes a partir de los cuales los *sectores populares se organizan* y combaten colectivamente por sus intereses»; b) «Los movimientos urbanos *constituyen la acción de que converjan intereses sociales distintos*, de que se forjen 'alianzas de clase' y de que se planteen alternativas sociales y políticas», y c) «Los movimientos urbanos *se convierten en un factor importante de crisis de ciertas formas políticas*». En estos temas, sin embargo, quizá por lo anteriormente señalado, los autores se muestran excesivamente empíricos y eclécticos, sin entrar para nada en la crítica de asuntos que, como el señalado en b), resultan extraordinariamente polémicos cuando no un puro galimatías si se exponen en los términos en que aquí se hace.

Para terminar, los autores fijan «los elementos para un programa

general y relaciones de los movimientos urbanos con la Administración», elaborado a partir de reivindicaciones y programas habidos en los últimos tiempos, que por su interés reproduzco:

«Los movimientos urbanos de los últimos años han ido precisando programas generales que poseen muchos elementos comunes. Los principales son éstos:

— Derecho de una *vivienda digna* que no cueste cantidad mensual superior al 10 por 100 del salario del cabeza de familia. Derecho a una vivienda inmediata en la misma zona o barrio en caso de expropiación por remodelación y obra pública.

— Programa de *equipamiento* para cada zona o barrio según los déficits existentes. Reivindicación de un centro equipado y estructurante de toda el área. Exigencia de equipamientos de talla media en cada zona y no de grandes equipamientos lejanos (por ejemplo, en el caso de hospitales, institutos, etcétera). Mantenimiento del carácter de servicio público y social de los equipamientos y oposición, por tanto, a la política de estratificar la oferta 'rentabilizar' su funcionamiento.

— Mantenimiento de las tramas urbanas tradicionales por su valor cultural y por la riqueza de su *vida social urbana* y reivindicación de que las nuevas unidades residenciales posibiliten la vida colectiva y el intercambio (centros y lugares públicos y de reunión, comunicaciones suficientes). Oposición a las obras públicas que destruyen la trama y aíslan unas zonas de otras.

— Prioridad a los programas de *remodelación* sobre la realización de grandes polígonos aislados. Exigencia de que tanto unas realizaciones como las otras sean debidas a la *iniciativa pública* o que haya un control público y permitan la intervención de la población.

— Reconocimiento del derecho de las asociaciones a estudiar y controlar los *presupuestos y proyectos* que afectan a su zona o barrio y a controlar su posterior ejecución. Libertad para constituir *asociaciones* de vecinos y autonomía en su funcionamiento.

— Democratización de la Administración Local. Elección de todos

los cargos públicos, en especial de alcaldes y concejales. Libertad de asociación, reunión y propaganda para poder ejercer estos derechos políticos.»

**Mariano POZAS**

Leviatán, *Antología*. Selección y prólogo de Paul Preston, Madrid, Turner, 1976, 351 pp.

Uno de los tópicos habitualmente consagrados es el de la penuria teórica del socialismo español. El propio Luis Araquistain deja constancia de este fenómeno cuando afirma, en uno de los textos que constituyen la presente *Antología*, que lo poco que hay de marxismo en «lengua española» se encuentra en los fundadores del socialismo en nuestro país; después no ha habido desarrollo alguno. También es otro de los tópicos que la revista *Leviatán* es una excepción a la situación general.

El primer número de *Leviatán* apareció en mayo de 1934. Dirigida por Luis Araquistain, se convirtió en la revista teórica del ala izquierda del P.S.O.E., si bien en ella participaron, a título de colaboradores intelectuales de muy diversa filiación política, Joaquín Maurín, Andréu Nin, Juan de Andrade, Luis Fersen (Luis Fernández Sendón), etcétera, a la vez que se tradujeron textos de O. Bauer, Trotsky, W. Reich, etc. Sin embargo, los textos más interesantes son los de Luis Araquistain —que después de la guerra civil habría de adoptar posiciones políticas bien diferentes—, que constituyen la mayor parte de esta *Antología*.

Se recogen dos tipos de textos de Araquistain: los correspondientes a la sección *Glosas del mes* y artículos diversos. *Glosas del mes* es una sección que, a modo de editorial, analiza los acontecimientos políticos más relevantes. Los artículos, de longitud muy variada, abordan temas diversos, pero pre-



ferentemente la función y el papel del socialismo, así como las aportaciones teóricas a partir de acontecimientos concretos: la lucha parlamentaria, Octubre, el Frente Popular, el lerrouxismo, etc. La diferencia entre *Glosas del mes* y artículos es más de tono que de contenido: aquéllas se mueven a nivel de reflexiones y sugerencias; éstos se plantean como textos más estructurados y argumentados.

A lo largo de la *Antología* hay una serie de temas que aparecen constantemente y que, por ello mismo, revelan las limitaciones y el alcance de Araquistain y el sector del P.S.O.E. que él representaba (único a propósito del que puede hablarse de aportación teórica, pues Besteiro, como el propio Araquistain señala, bien poco tiene que decir en la perspectiva marxista). Entre todos esos temas me parece justo señalar algunos relevantes: la crítica de la Segunda Internacional y del parlamentarismo como línea política, el análisis del fascismo y la crítica de la política española del momento. Estas tres cuestiones, que yo he separado, están íntimamente unidas y articuladas en los textos de Araquistain.

La crítica de la Segunda Internacional, en la que Araquistain no se encuentra solo, gira especialmente en torno al abandono del sentido revolucionario del socialismo y la estricta elección de una vía parlamentaria y electoralista. Araquistain se mueve aquí sobre varios supuestos. En primer término, sobre una concepción, a mi juicio un tanto confusa, de lo que es el sentido revolucionario del marxismo, pues al estudiar el pensamiento y la actuación de Kautsky —uno de sus más destacados demonios— y de la socialdemocracia, plantea el asunto en términos de «temperamento» —lo que resulta, cuando menos, extraordinariamente vago—, o de «moralidad», cuando menciona textualmente que «el socialismo debe estar en todo momento en pie de guerra moral, dispuesto a materializarla en cualquier coyuntura favorable» (p. 24). Obviamente, esta afirmación se mueve en niveles muy diversos: puede entenderse, por un lado, como el tan manido rearme moral de la clase obrera; por otro,

como un presentimiento de la cuestión que Gramsci había convertido en aquellos años en crucial para el desarrollo teórico y político: el problema de la hegemonía del proletariado.

La ambigüedad de Araquistain en este punto parece conectar con un cierto tufo de orteguismo que impregnó el pensamiento español de la época. Los mismos términos empleados aluden a esa cuestión. Sin embargo, Araquistain —y con él el ala izquierda del P.S.O.E.— trataba de llevar a cabo los primeros análisis de clase del socialismo español, distanciándose claramente de los presupuestos de Fernando de los Ríos o de Besteiro. Sus explicaciones de la caída de la dictadura del general Primo de Rivera son, en este sentido, aportaciones fundamentales, aunque totalmente discutibles.

Igualmente discutibles son sus afirmaciones sobre el parlamentarismo y el fascismo —los temas que con más relieve se abordan en la *Antología* y sobre los que el marxismo español de la época no dijo mucho que no fuera repetir lo que fuera se había escrito—, en las que hay una fuerte tendencia izquierdista a simplificar, sustituyendo la realidad por un esquema. Respecto del parlamentarismo, tiene planteamientos iniciales de gran radicalidad (que luego matizará convenientemente), como cuando escribe que es la vía al fascismo y describe a éste como la dictadura sin máscara del capitalismo (p. 70), aunque luego, más adelante, plantee la base y proliferación del fascismo sobre el auge de la pequeña propiedad agraria (p. 324) o, en ocasiones, como simple expresión de lo que hoy denominaríamos autoritarismo. Ello le conduce a enfocar la realidad política de la Segunda República como un problema de opciones: o república fascista o república social. Sistema de opciones que se traduce también en estudios concretos: por octubre o contra octubre.

En general, cabe decir que los textos antologizados recogen lo más interesante del desarrollo teórico del socialismo y marxismo españoles de la época (aunque se introduzcan también artículos de muy desigual valor), poniendo de mani-

fiesto la dificultad para llevar a cabo verdaderos análisis de clase y no simples estudios de coyuntura política (que sustituyen, sin decirlo, a aquéllos), propicios al izquierdismo. Pero revelan también que en el momento presente podemos remontarnos ya a una tradición que empieza a ser importante en la trayectoria del marxismo peninsular, quizá no todo lo desarrollada que fuera necesario, pero desde luego nada despreciable. La necesidad de profundizar en los conceptos necesarios para un análisis de clase —que se echan de menos en Araquistain, aunque se presientan en algunos momentos— se complementa con esa preocupación tan palpable en los autores de *Leviatán* por la *praxis* histórica, su afán por no enmascararla, por no suplantarla, incluso cuando la perplejidad es la única actitud que pueden mantener ante ella.

## V. BOZAL

	Francia F.F.	Bélg.-Lux. F.B.	Alemania D.M.	Suiza. F.S.	Holanda. Flor.	Inglaterra. Libra.	Suecia. K.S.
Un ejemplar .....	10	75	5	5	5	1	10
Seis números .....	50	400	25	25	25	5	50

